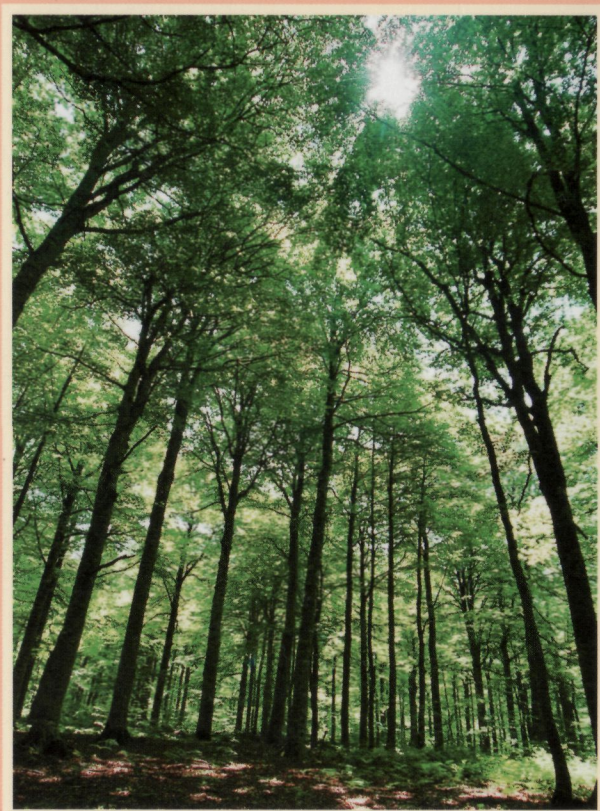


Patxi Loidi



Creer como adultos

Verbo Divino

Patxi Loidi

CREER COMO ADULTOS



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra) España
2005

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
Internet: <http://www.verbodivino.es>
E-mail: evd@verbodivino.es

Foto de la tapa: Diego Echeverría.

© Patxi Loidi, 2005. © Editorial Verbo Divino, 2005. Es propiedad. *Printed in Spain*. Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra).

Depósito legal: NA 756-2005

ISBN 84-8169-667-6

Presentación

Vivimos tiempos en los que la religiosidad mueve el corazón. Habría que desear, como algunos verdaderos místicos y maestros espirituales dicen, que ocurra una *transformación* fundamental en nuestro cristianismo. Una religión sin experiencia es un ritual seco, una conceptualización disecada o una carga moral insoportable. El cristianismo es vida o no es nada. Sin experiencia interior, el cristianismo y cualquier fe es, todo lo más, una mera ideología. El cristianismo del futuro, y de siempre, deberá estar marcado por la *sabiduría* que conoce y degusta algo del misterio de Dios.

Ahora bien, en medio de esta época de la interioridad hay mucha superficialidad y muchos olvidos. Crece la sensación como criterio de espiritualidad. La emotividad se eleva a detector de la presencia de lo divino. La “experiencia”, reducida a sentimiento, se esgrime como el discriminador de lo santo. Se olvida que la verdadera espiritualidad lleva consigo una fuerte carga de introspección y de reflexión. La auténtica espiritualidad está cargada de la actitud de la sospecha; al final, va conduciendo hacia la crítica y la visión distanciada de la inadecuación radical que hay entre nuestras imágenes de Dios y la realidad a la que apuntan.

La vida del Espíritu en nosotros, la espiritualidad, si es verdaderamente cristiana, lleva el clamor del mundo con ella. No se aparta de la realidad rota, sino, al ejemplo de Jesús, se sumerge plenamente en ella. Para esto hace falta escuchar esta realidad, estar atentos a ella y abrir los ojos. La espiritualidad cristiana, como tantas veces se ha dicho, es de los “ojos abiertos”. Es espiritualidad de la compasión solidaria, de la fe y la

justicia. Pero hemos de reconocer que no son buenos tiempos para la justicia, ni dentro del mundo religioso ni fuera.

Estamos ante la necesidad de un giro radical en el cristianismo. Hace falta que la experiencia de la fe se radicalice en sus tres dimensiones: del conocimiento, del corazón y de la práctica o praxis. Necesitamos que la fe nos agarre el intelecto, conmueva el corazón y mueva las manos en un hacer transformador de este mundo globalizado, lleno de clamores de exclusión social, de desigualdades insostenibles y de injusticias y muerte hechas espectáculo cínico.

Para esta tarea, a la que somos convocados por los signos de los tiempos y la interpelación de la fe, este libro de Patxi Loidi responde con frescura y vitalidad. Fruto del acompañamiento, desde hace muchos años, de grupos de fe, estos capítulos nacieron del impulso de alimentar la cabeza, el corazón y las manos de los creyentes. Llevan la marca del deseo, hecho tarea pedagógica, de un cristianismo adulto y profundo, que tiene experiencia de Dios y trabaja por la justicia, además de ser ilustrado y crítico.

Para esta tarea a la que nos convoca el Espíritu de Jesús, en una y otra parte del Atlántico, serán muy valiosos estos materiales. Tienen claridad y cercanía, aliento espiritual e impulso solidario, información adecuada y crítica.

El espíritu del Concilio Vaticano II atraviesa de parte a parte esta obra, como a su autor, gran impulsor de comunidades de fe (Grupos de Fe y Justicia, Fe y Acción Solidaria) tanto en España como en Latinoamérica. El lector encontrará, sin duda, este aliento conciliar, junto con el talante espiritual, la pasión pastoral y hasta el aliento poético que animan sus escritos. La lectura y el estudio de estas páginas le pondrán en contacto con uno de los mejores autores espirituales y pastorales de nuestro momento.

Este libro puede servir tanto para la formación personal y hasta la lectura espiritual como para lo que fue concebido originariamente: el trabajo y la formación de grupos de fe. En cualquiera de estos usos, el libro resultará muy beneficioso, por lo que no puedo por menos de alegrarme de su publicación.

José María Mardones

Madrid, 28 de noviembre de 2004,
primer domingo de Adviento

Prólogo

Este libro es fruto de la actividad apostólica en la formación de grupos de laicos. Es, pues, un libro que ha nacido de la acción, en un espacio de tiempo de varios años. Las experiencias tenidas con estos temas han sido positivas. La necesidad de dar buena formación a los laicos –como pide el Concilio Vaticano II– obligaba a preparar materiales que, siendo sencillos en su redacción, fueran al mismo tiempo sólidos. Y es que estamos asistiendo en este momento a la proliferación de grupos de laicos de mucho sentimiento y poca formación; con esquemas mentales que podemos calificar de preilustrados, como que la Ilustración no ha pasado nunca por su cabeza. Por ello podríamos afirmar que los temas de este libro van un poco contra la corriente.

Cuando uno viene a la América hispana, llega con la idea de ver un catolicismo dinámico y comprometido, como el que se sugiere frecuentemente desde Europa. Desgraciadamente, la realidad no coincide con esa visión optimista, porque muchos de los movimientos y grupos son endogámicos, es decir, intraeclesiales, dedicados enteramente a tareas eclesiales y, como mucho, a algunas obras de misericordia. Quizás al clero le viene muy bien este tipo de grupos, que además suelen ser muy obedientes y extremadamente respetuosos con los sacerdotes. Las palabras de Pablo VI sobre la formación del laicado o no han sido nunca bien conocidas o han sido olvidadas con rapidez. “Los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial –ésa es la función

específica de los pastores–, sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas, en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc. Cuantos más seglares haya impregnados del Evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús, sin perder o sacrificar nada de su coeficiente humano; al contrario, manifestando una dimensión trascendente frecuentemente desconocida” (*Evangelii nuntiandi*, 70, 1975). Se diría que para muchos cristianos, seglares y no seglares, este texto es de otro planeta.

Además de la endogamia, habría que mencionar, en el déficit de la formación de los laicos, el desconocimiento *cordial* de la autonomía de las realidades terrenas (Vaticano II, *Iglesia y Mundo*, 36). Y digo *cordial* en el sentido más inocente de esta palabra, sin el menor tinte de ironía, para expresar que, aun en el caso de que lo hayan entendido con la mente y así lo afirman, su corazón les sigue diciendo –y sus palabras lo delatan–: “Dios es quien me ha dado este empleo”, “Dios ha querido que mi padre tenga cáncer y él tendrá sus designios misericordiosos”, “Dios me ha dado esta casa”, etc. Algunos casos de gente culta son verdaderamente asombrosos, como el del señor que me decía que llevaba meses pidiendo a Dios y, sin embargo, su empresa iba cada vez peor, etc. Me haría interminable si me pusiera a contar casos. Con ello la fe infantil está a la orden del día, lo cual, unido a la endogamia antes comentada, infantiliza todavía más a muchos cristianos. Lo malo es que los consejos de determinados hermanos sacerdotes tienen el mismo trasfondo de fe preilustrada, y nada digamos de los laicos metidos a consejeros espirituales, que se dan también en no pocos grupos.

Y como los *cristianos evangélicos* –que proliferan por todas partes al socaire de la falta de formación y de la rigidez de nuestras celebraciones– tienen tantos *milagros*, nuestros católicos no quieren ser menos y tienen también abundancia de milagros; y viven pendientes de ellos, como los apóstoles que se quedaron mirando al cielo en la ascensión, hasta que tuvieron que bajar ángeles para decirles que miraran a la tierra; y saben más de apariciones que de la Biblia; y se interesan sobre todo por los carismas raros –como el don de sanación, el de la predicación y el de lenguas–, a pesar de lo que dice Pablo en 1 Cor 12,31 y 13. ¿Y el carisma específico de los laicos que decía Pablo VI? ¡Ah!

Esta pintura del laicado puede parecer exagerada, pero, desgraciadamente, no lo es en absoluto, al menos por estas tierras. Y no es que yo crea que se van a arreglar las cosas con libros como éste. Pero creo que son una modesta aportación para la adultez en la fe. Claro: con tal de superar una inercia que apoya las deficiencias antes citadas. Y es que a nuestra gente le gusta poco estudiar los temas; prefieren oír charlas, tener reuniones de grupo y cantar canciones. ¿Se pueden superar esas dificultades? Por supuesto que sí, en la medida en que se les inculque la necesidad de la formación, avalada por el mismo Evangelio –por ejemplo, en la parábola de los talentos– y se les den cuestionarios adecuados para el estudio personal y los diálogos grupales.

Los dos primeros capítulos del libro tratan de mostrar lo que es un cristiano, centrando su contenido en la fe y en sus consecuencias en la vida práctica. Insisten sobre todo en la fe cálida y en las dimensiones comunitaria, celebrativa y social de la misma

Los capítulos tercero y cuarto ofrecen una cristología muy básica, con sentido crítico sobre determinadas imágenes de Jesús –sobre todo el docetismo larvado o al menos el monofisismo oculto que está anidado en las cabezas de la mayoría de la gente– y con una visión salvadora y paradójica de los misterios de Cristo y de los títulos cristológicos. Cabe destacar las sencillas páginas sobre los rasgos falsos y verdaderos de Jesús, la reflexión sobre los milagros y la centralidad del Reino de Dios como *eje y motor* de Jesús, en su vida y acción.

Los capítulos quinto y sexto están destinados a una mejor comprensión de los evangelios por medio del conocimiento del país y la religión de Jesús. De una forma sencilla y básica, se exponen las tres regiones principales, las clases y grupos sociales, la ocupación romana y la religión en la que se educó Jesús, con sus creencias fundamentales, su legislación solidaria, su esperanza mesiánica y el clima ambiental en el que se crió.

Los capítulos séptimo y octavo están destinados a dar mayor solidez a los dos primeros. El séptimo, basándose en una antigua frase latina de origen agustiniano, explica las tres dimensiones de la fe –conocimiento, experiencia y acción– más el carácter eclesial de la misma. El octavo marca nuevamente la centralidad de Jesús en la fe y en la vida cristiana.

El capítulo noveno es una síntesis de las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la formación de un laicado adulto, reconocido y respetado por la autoridad religiosa, que viva su fe en el corazón del mundo y se empeñe en su transformación, desde las plataformas civiles de ese mismo mundo, con la fuerza del Espíritu.

Cada capítulo tiene al final varios textos bíblicos que pueden apoyar la espiritualidad y la oración. Del conjunto de los capítulos se desprende una espiritualidad laical adulta, asentada sobre dos puntos centrales: *Abba* y el Reino de Dios, o sea, la experiencia filial gratuita de Dios como padre y madre y el compromiso de proseguir la obra y la causa de Jesús con la acción religiosa y social, que son las dos dimensiones de la misión del cristiano. O como dice el mismo Pablo VI, con la *evangelización* rectamente entendida, que trabaja tanto en dar a conocer a Jesús como en transformar la sociedad con criterios evangélicos. Vale la pena recordar otro texto suyo. “Entre evangelización y promoción humana existen efectivamente lazos muy fuertes. No se puede dissociar el plan de la creación del plan de la redención, que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir. Y ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre?”. Y, citándose a sí mismo, añade: “No es posible aceptar que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si

esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad” (*Evangelii nuntiandi*, 31, extractos; discurso del 27-IX-74, en la apertura de la III Asamblea General del Sínodo de los Obispos).


Patxi Loidi


Antiguo Cuscatlán (El Salvador),
21 de noviembre de 2004,
fiesta de Cristo Rey

¿Qué es un cristiano?

EL SÍMBOLO DEL PEZ

Preguntando a los antiguos

Estamos en una ciudad del Imperio romano en el siglo III de nuestra era. Una señora joven ha llegado a una carnicería y acaba de hacer con la mano un garabato como éste: . Otra de las presentes capta inmediatamente el garabato y se acerca a ella a la salida: las dos se ponen a hablar en voz baja. ¿Qué está ocurriendo? Por aquella región arrecia una persecución contra los cristianos. La primera mujer es nueva en la zona: ha tenido que trasladarse de domicilio con su familia, quizás a un lugar donde nadie les conociera, para evitar posibles acusaciones. En el nuevo lugar de residencia no conoce a ningún cristiano. Hablar de ello con una persona cualquiera hubiera resultado peligroso. Por eso ha hecho el citado garabato, que le ha permitido entrar en contacto con otra mujer cristiana y evitar el peligro.

¿Qué garabato era ése? Observándolo mejor, se puede ver que representa la silueta de un pez: . Había una curiosa coincidencia: las cinco letras de la palabra "pez" en idioma griego forman las siglas de las palabras, *Jesús, Cristo, de Dios hijo, Salvador*. En aquella época, el griego se había convertido en el idioma corriente del Imperio romano: era el idioma internacional. La silueta del pez sirvió a aquellos cristianos, en tiempos de persecución, para identificarse clandestinamente como tales ante otros presuntos cristianos.

Lo esencial

Esta historia nos ilustra sobre lo que consideraban esencial los creyentes de hace dieciséis y diecisiete siglos. Para aquellos hombres y mujeres, lo esencial del cristianismo era la persona y la vida de un judío llamado Jesús que había vivido en Palestina a comienzos de nuestra era. Aquel hombre lo era todo para ellos, y lo expresaban con los títulos citados: Cristo, Hijo de Dios, Salvador.

Podríamos hacer una consulta más lejana todavía y preguntar a los primerísimos cristianos, que iniciaron esta religión después de haber convivido con Jesús. Estos creyentes nos han legado una serie de escritos breves, que son testimonio plural de su fe. A esos escritos los llamamos Nuevo Testamento o Nueva Alianza, como eco de la primera alianza de Dios con la humanidad a través del pueblo judío. Entre ellos destacan cuatro, que llamamos “evangelios” o libros de la “Buena Noticia”. Los cristianos actuales conocen poco o casi nada esos libros; los usan escasamente en sus casas y, por supuesto, apenas saben interpretarlos. Sin embargo, contienen la revelación de lo esencial del cristianismo, redactada según múltiples experiencias. Si dejamos de lado los variados consejos éticos, nacidos de las distintas circunstancias de aquellos creyentes, nos encontramos con que todos ellos, de distintas maneras y en diferentes estilos, nos hablan de ese mismo hombre llamado Jesús.

Se trata de dos épocas bastante distantes y, sin embargo, las dos nos dan idéntica respuesta: lo esencial del cristianismo es un tal Jesús de Nazaret que vivió en Palestina al comienzo del siglo primero y que murió ajusticiado en una cruz, bajo el poder de las autoridades romanas de ocupación, con la connivencia de las autoridades religiosas judías. Aquel hombre lo era todo para ellos, a pesar de que los demás ciudadanos lo ridiculizaban y despreciaban, porque la cruz era la mayor infamia que podía caer sobre un hombre.

¿Qué es un cristiano? ¿Quién es cristiano? Es el seguidor de aquel Jesús, al que luego le dieron el sobrenombre de Cristo, traducción griega de la palabra hebrea “mesías”. De ese título ha nacido la palabra “cristiano”.

Un posible test

Si hoy en día, un domingo cualquiera, nos pusiéramos a la puerta de un templo y lanzáramos la misma pregunta a unos cuantos de los que salieran de misa, quizás algunos darían la misma respuesta, pero es más que probable que bastantes otros no acertaran con la contestación correcta. ¿Qué es un cristiano? ¿Quién es cristiano? Queriendo ser concisos, bastarían estas cinco palabras: “El que cree en Jesucristo”. Pero más de una persona nos diría otras cosas, como “el que ama al prójimo”, “el que no hace mal a nadie”, “el que va a misa los domingos”, “el que cree en Dios”, etc.

Un buen cristiano tendrá normalmente estas cuatro características y varias otras más, pero ninguna de ellas da en la diana de lo nuclear del cristianismo. ¿Ni siquiera el creer en Dios? Tampoco, porque hay diversas visiones e imágenes de Dios. El cristiano cree en el Dios de Jesucristo. Es decir, Jesús nos ha enseñado quién es y cómo es el verdadero Dios. Por eso no basta referirse a la fe en Dios, sino que hemos de hablar de la fe en Jesús. Cristiano es el que cree en Jesucristo.

DE LA ADMIRACIÓN A LA FE

¿Y qué es la fe?

La respuesta anterior puede resultar decepcionante para ciertos jóvenes que están acostumbrados a oír la palabra “fe” como algo etéreo, inconcreto y poco exigente. Precisamente suelen ser los jóvenes más generosos los que se quedan insatisfechos con respuestas de éstas, quizás porque resultan poco significativas para ellos y para muchas personas de hoy. El joven quiere algo más concreto, más relevante y hasta más exigente. Los pastores y catequistas que sueñan con atraer más a los jóvenes a base de rebajar las exigencias del cristianismo, ordinariamente suelen equivocarse, porque a nadie le gusta comprar acciones devaluadas.

Pero ¡cuidado!: que la fe no es una moneda devaluada. Quizás esté devaluada la palabra “fe”, y por eso resulte poco

significante y hasta irrelevante. Se ha usado esta palabra con tanta prodigalidad y descuido que resulta comprensible su progresiva devaluación. Pero, aunque la palabra "fe" pueda estar devaluada, el contenido de la misma sigue teniendo una alta cotización. ¿Qué es la fe? ¿Qué contiene esta palabra? Vamos a aproximarnos a ese contenido poco a poco, como dando rodeos, para delimitarla bien y captar su enorme riqueza.

Admiradores y simpatizantes

Un hombre muy rico llamado Nicodemo solicitó una entrevista nocturna con Jesús. Tenía motivos para verle de noche, porque era del grupo de los fariseos, que estaban bastante encontrados con aquél. Los signos de Dios que veía en él le llamaban poderosamente la atención. No se declaraba partidario de Jesús, primero, porque no veía las cosas con claridad y, segundo, porque tenía miedo a la gente de su grupo. Admiraba a Jesús y sentía simpatía hacia él. ¿Tenía fe? Pues no. La tuvo después de la muerte de Jesús, cuando dio el paso público de preocuparse de su enterramiento y conseguir un sepulcro nuevo.

La admiración y la simpatía son como los primeros peldaños de la fe, pero no son propiamente fe. Los simpatizantes van a escuchar el mitin o el sermón de la persona admirada, pero no son todavía partidarios ni seguidores. Sin embargo, ese primer peldaño es absolutamente necesario para dar el salto a la fe en Jesús, porque ésta va siempre impregnada de simpatía y admiración. Por ahí se empieza.

Por extraño que pueda parecernos, todos, todos los entendidos aseguran que los apóstoles no tuvieron fe hasta después de la muerte de Jesús. Durante la vida de éste, tuvieron solamente admiración, una admiración creciente que iba gestando ocultamente la eclosión final de la fe. Pero propiamente no la alcanzaron hasta después de los dramáticos sucesos del Calvario, cuando, tras fuertes crisis, tuvieron la experiencia del Resucitado, dieron un salto cualitativo y se convirtieron en seguidores de Jesús y propagadores de su mensaje. En resumen: la admiración no es fe, aunque es un ingrediente necesario de la fe.

Partidarios

Alguien ha dicho que Gandhi fue un personaje absolutamente extraordinario, de ésos de los que aparece uno cada doscientos años. Gandhi despertó admiración en los mismos británicos, pero el pueblo británico no pensó en hacerse partidario suyo, salvo excepciones aisladas. Sin embargo, logró partidarios en un número creciente de compatriotas, que se sumaron a sus ideas y le acompañaron en sus acciones de protesta. Mérito suyo fue el hecho de haber movilizado tan gran número de personas. El movimiento que dio lugar a la independencia y a la creación del Estado indio fue obra de todo su grupo de partidarios.

Un partidario es mucho más que un simpatizante o un admirador. Le diferencian dos puntos decisivos: primero, las ideas; segundo, la acción. El partidario hace suyas las ideas del partido o grupo, al menos en lo fundamental; después, las apoya y trabaja por ellas. El grado de afiliación suele determinar la intensidad del trabajo. Pero alguna colaboración y apoyo explícito al programa del partido se da siempre en los que son partidarios.

La fe cristiana supone que se ha subido un peldaño más que el de la admiración y que uno se ha convertido en partidario de Jesús. ¿Cuál es la forma de realizarse plenamente y ser feliz de verdad, dentro de las limitaciones de la vida? El creyente es partidario de las ideas que expone Jesús sobre el particular y, consecuentemente con ello, trata de llevarlas a la práctica.

Resumen hasta ahora

Hay en todos los grupos cierto número de partidarios que lo son bastante a ciegas, unas veces por emotividad o miedo, otras por tradición familiar o costumbre. Pero no suele ocurrir tal cosa en los partidarios reflexivos. El partidario consciente de Jesús lo es por convicción personal, y no por convencionalismo o porque se lo hayan dicho otras personas: esto último solamente debe ocurrir en los comienzos.

¿Qué es, pues, un cristiano? ¿Quién es cristiano? Es aquel que, además de admirador, se ha convertido en partidario de Jesús. Por supuesto, en los asuntos científicos, técnicos y filo-

solicos, el creyente se guía como todos los demás, por lo que dicen los entendidos y los hombres de ciencia: por ejemplo, no pregunta a Jesús sobre el modo de curar una enfermedad. Pero en todo aquello que concierne al sentido de la vida y del mundo, el creyente es partidario de las ideas fundamentales de Jesús. Esto compromete bastante más que la simple admiración. ¿Qué pensamos de las desigualdades sociales? “Yo soy partidario de Jesús”, dirá el creyente. Y, aunque sabe que el Evangelio no puede decirle mucho sobre las causas y soluciones técnicas, sabe también que Jesús le dirá qué postura debe adoptar ante un hecho tan grave, y seguirá ese camino aunque tenga que ir contra corriente.

Seguidores

Es realmente grande la vinculación que comporta el hecho de ser partidario. Pero esta noción no da todavía cuenta cabal de lo que supone la fe. Los creyentes cristianos eran unos partidarios muy personales, que establecían con Jesús relaciones estrechas. Pedro era partidario de Jesús, pero era además un gran amigo suyo. María Magdalena era partidaria de Jesús, pero mantenía además con él una relación afectuosa, que algunos han llegado a confundir con el enamoramiento. Pero no se trataba tampoco de un grupo cerrado de amigos que cultivaba intensamente el afecto y la ayuda mutua. Era otro tipo de amistad y unión, que podríamos expresar con la siguiente contraposición:

- *Los partidarios de un grupo o partido se vinculan a unas ideas y un programa.*
- *En cambio, el creyente se vincula ante todo a la persona misma de Jesús, a su vida y a su testimonio.*

CABEZA, CORAZÓN, VOLUNTAD

Fe en la persona de Jesús

La fe cristiana no consiste solamente en creer en un mensaje, sino en creer en una persona. Primero creo en la persona; después, creo en sus ideas o mensaje.

Esta relación tan estrecha se expresa mejor con las palabras “seguimiento” y “seguidor”. El creyente es partidario de Jesús porque primeramente se ha hecho seguidor suyo. El seguidor es infinitamente más que un partidario. Se parece a un discípulo, pero es todavía más que éste. Dicho brevemente:

- *El partidario se adhiere a un programa.*
- *El discípulo, a las enseñanzas de su maestro.*
- *El seguidor, a la persona misma del maestro.*

- *El partidario toma ideas y programas.*
- *El discípulo aprende lecciones.*
- *El seguidor cristiano aprende actitudes, valores y comportamientos de la propia vida del maestro.*

Ser cristiano es ser seguidor de Jesús.

Antes que las enseñanzas

Éste es el motivo por el que, en el cristianismo, lo primero no son las enseñanzas de Jesús, sino su persona. De tal manera que hasta las enseñanzas brotan de la persona de Jesús, de su experiencia vital y de su testimonio. Las enseñanzas de Jesús no se pueden desligar de su persona. Jesús no es un maestro de ideas, sino un maestro de vida.

¿Cuál es, pues, el mensaje cristiano? Es la persona de Jesús, su vida, su compromiso, su testimonio. ¿Y qué es un cristiano?, volvemos a preguntar otra vez. ¿Quién es cristiano? El seguidor afectuoso de Jesús que se vincula a su persona y decide *seguir* sus pasos. Dicho brevemente: la fe culmina en el seguimiento.

Fe fría y fe caliente

Con la noción de seguimiento hemos dicho lo principal para entender lo que es la fe. No haría falta añadir mucho más. Pero quizás pueda ayudarnos a comprenderlo todo mejor la contraposición entre fe fría y fe caliente.

- Fe fría es la que está en la cabeza. Fe caliente es la que baja al corazón y a la vida.
- Fe fría es la que se vincula a unas ideas y a un programa. Fe caliente es la que se vincula a una Persona.
- Fe fría es la que vive de enseñanzas, verdades y preceptos. Fe caliente es la que vive del seguimiento de Jesús porque uno se ha hecho amigo y seguidor suyo.

La genuina fe cristiana ha sido siempre una fe caliente, que no olvida la cabeza, las ideas y las enseñanzas, pero que centra toda su atención en la persona de Jesús, con admiración, entusiasmo y seguimiento. Hemos de reconocer que muchos, muchísimos cristianos, tienen una fe fría. No sienten una vinculación personal a Jesús, sino que se limitan a aceptar ciertas normas de conducta, con más o menos reservas, y a cumplir algunos actos de culto. Muchos cristianos están bastante lejos de la genuina fe cristiana. La auténtica fe es fe caliente, y a ella queremos caminar con apasionamiento.

Cabeza, corazón, voluntad

Esto de la fe fría y la fe caliente nos lleva a explicar mejor la complejidad de la fe y su carácter totalizante, puesto que abraza a la persona entera. Pero antes de entrar en esta explicación, resumamos cuanto hemos dicho hasta ahora, para poder seguir el hilo con mas claridad.

- Cristiano es el hombre o mujer de fe.
- La fe incluye la admiración, el ser partidario, el seguimiento.
- En el seguimiento están contenidos los otros dos niveles.
- Por eso, el seguimiento supone una fe caliente.
- Todo ello va referido a Jesús, porque el centro de la fe es Él.

La conclusión que se deriva de estos datos es que la fe cristiana penetra en la totalidad de la persona, en sus ideas, sus sentimientos y su acción. Por eso hablamos de la fe de la mente, la fe del corazón y la fe de la voluntad.

Tres componentes que forman unidad

Fe de la cabeza, del corazón y de la voluntad. Pero no se trata de una suma de tres realidades distintas, sino de una síntesis, en la que cada factor, si se vive correctamente, incluye los otros dos. Veámoslo.

- Fe de la mente o *asentimiento mental*. Consiste en asentir o reconocer con la mente que Jesús es realmente el sentido del ser humano y de la sociedad; el camino, la verdad y la vida; el enviado de Dios, el Hijo de Dios. La fe de la mente se nutre más bien de formación y estudio.
- Fe del corazón o *confianza*. Consiste en que, a la vez que lo aceptamos como sentido, camino, verdad, etc., confiamos en él, sentimos cercanía hacia él y lo queremos. La fe del corazón se alimenta sobre todo de oración y celebraciones.
- Fe de la voluntad o *seguimiento*. Es la decisión de la voluntad por la cual me comprometo a seguir los pasos de Jesús. Es decir, hago mío su proyecto de vida, su línea de actuación, sus normas de conducta. La fe de la voluntad se cultiva sobre todo con obras evangélicas.

En la fe cristiana, los tres aspectos están entrelazados y compenetrados. Lo que no resulta fácil es determinar por cuál de ellos entra la fe en cada persona concreta. Depende de los temperamentos y las circunstancias. Hemos de buscar una síntesis armoniosa del asentimiento, la confianza y el seguimiento.

EL CENTRO DE LA FE

Volviendo ahora a lo del pez

Primer dato. Si volvemos ahora a la anécdota del pez, nos encontramos con que aquellas siglas contenían todo lo que vamos explicando. Primeramente, resulta que aquella formulación está centrada, de manera exclusiva, en la persona de

Jesús. Aquella mujer que hacía en la tienda el garabato del pez, aquel hombre que en los baños repetía disimuladamente el mismo gesto por si su interlocutor lo captaba, eran admiradores, partidarios y seguidores de Jesús, con una fe caliente.

Segundo dato, no menos importante. Esa antigua formulación no hablaba sólo al corazón, sino también a la cabeza. No expresaban una fe de fanáticos, sino un calor mezclado de racionalidad. Las expresiones “Cristo” (Mesías) e “Hijo de Dios” hablan preferentemente a la cabeza y nos dicen que aquel hombre llamado Jesús es el enviado de Dios, es la verdad, el camino y la vida.

Tercer dato. Pero el último título, el de Salvador, da calor y fuego a los otros dos, con lo cual convierte la fe de la cabeza y las obras en fe del corazón. Porque resulta que quien llama a Jesús conscientemente “salvador” piensa en su propia persona y dice prácticamente “mi Salvador”. He aquí el tercer dato encerrado en el dibujo del pez, la fe cálida y entrañable de aquellos primeros cristianos.

Jesús me ha salvado

“¿De qué le ha salvado Jesús a usted?”, podríamos preguntar a aquella mujer. Y quizás nos diría: “Yo estaba metida en una vida desarreglada, que me destruía y destruía a mi familia, y Jesús me ha sacado de ese pozo”.

“¿Y a usted?”, preguntamos al hombre. “Yo no andaba tan desarreglado, pero llevaba una vida completamente vacía, sin otro contenido que el ir tirando y pasarlo bien.” “Yo, diría un tercero, estaba sumido en la oscuridad más absoluta y no sabía ni para qué vivía.” “Yo estaba metido en el infierno de la injusticia, en el robo legalizado, la opresión de mis esclavos y la utilización de mis esclavas.” “Yo –diría un joven– no había caído tan bajo, pero, por mi familia y mis circunstancias, mi vida se encaminaba hacia cualquiera de esas falsas salidas: me bastaba dejarme llevar por la corriente. Jesús me ha salvado de lo que podía haber sido. Ahora voy contra corriente y soy feliz.”

Hoy en día, lo mismo

Podrían haber respondido muchas cosas más, como responden actualmente los creyentes calientes en Jesús, que son admiradores, partidarios y seguidores suyos. Podrían responder sobre su propia persona y sobre la persona del prójimo.

“¿En qué has cambiado desde que estás en una pequeña comunidad?”, preguntaba un catequista a un hombre de cincuenta años, casado y con hijos. Y el hombre respondió, muy sincero: “Mira, yo no he hecho nunca grandes barbaridades, no soy rico, no he extorsionado a nadie, me he dedicado exclusivamente a mi familia. Pero desde que he conocido a Jesús, para mí las personas son distintas... Antes eran también personas, pero eran casi como cosas. Ahora son muy distintas, muy distintas –repetía–. No sé cómo explicártelo. Uno de mis hijos no pisa la iglesia, pero nos dice a mi mujer y a mí que sigamos, que nos ve muy cambiados...” El hombre no acertaba a explicar lo que le ocurría, pero lo sentía.

Mi Salvador

Cuando decimos con la boca “Jesús, salvador”, como una fórmula aprendida de memoria, nos quedamos completamente fríos porque esa palabra no procede de la experiencia. Cuando pronuncio ese título como un hecho de experiencia, entonces no hace falta que nadie me diga lo que es fe caliente, porque la llevo dentro. Entonces Jesús no es el Salvador, sino *mi* Salvador. En el testimonio de este hombre hay una frase muy significativa: “Desde que he conocido a Jesús”. Como diciendo: Antes no le conocía de una forma personal, sino genérica; no era alguien cercano a mí. Era... el Mesías, el Hijo de Dios, alguien más o menos lejano. Lo conocía con la cabeza. Ahora, cuando lo siento cercano, es cuando lo he conocido y experimento que me ha salvado... a mí; es *mi* Salvador.

Ésta es la fe cálida, que me hace amigo de Jesús, amigo alegre, capaz de afrontar la vida y la muerte, como supo hacer él. Jesús es mi amor, ése a quien *yo sigo* amorosamente porque *ha llamado* a mi puerta y me ha salvado: es *mi* Salvador. Cuando no existe esta fe cálida, el cristianismo se degrada porque se reduce a una serie de normas más o menos enojosas o a un

conjunto de ideas (fe ideológica, fe de la cabeza), un consuelo fácil para estómagos vacíos y, también, una justificación espiritual para estómagos llenos e insolidarios.

El cuerpo y la vid

Cualquier creyente encuentra siempre dificultades para exponer satisfactoriamente su fe, porque carecemos de referencias humanas capaces de explicarla suficientemente. Es especialmente difícil explicar la misteriosa vinculación que une al creyente de fe personal con Jesús. El Nuevo Testamento echa mano de las comparaciones para hacer más comprensible esa experiencia.

San Pablo habla del cuerpo humano, cuyos miembros están perfectamente unidos entre sí, se necesitan unos a otros, se ayudan y están vitalizados y regidos permanentemente desde la cabeza. Y concluye: Jesús es como la cabeza, y los cristianos, como los miembros del cuerpo. Cada miembro está unido a la cabeza y de ella recibe la vitalidad, pero está igualmente unido a los otros miembros, los necesita, los ayuda y también los daña.

San Juan trae la comparación de la vid: dice que los cristianos somos como los sarmientos o ramas de Jesús, que es la vid. Ambas comparaciones ayudan a imaginar un poco este misterio de la estrecha vinculación del creyente con Jesús.

¿Qué es un cristiano?

Es un admirador, un partidario, un seguidor de Jesús; es uno que ha "conocido" personalmente a Jesús y ha sido salvado por él, como los enfermos, marginados y mal vistos del evangelio; es alguien que tiene una fe caliente y por ella se ha vinculado vitalmente a Jesús, como un sarmiento a la vid. Hay que hacer la prueba para saber lo que es esto.

Hay que experimentarlo personalmente. Y es más fácil vivirlo que explicarlo bien. Un antiguo himno gregoriano dice: "*Expertus potest dicere*" ("solamente quien lo ha experimentado puede comunicar lo que es esto"). Quien tiene una experiencia de éstas cambia de actitud ante sí mismo, ante las personas y

ante el mundo, y empieza a transformarse aun antes de haber recibido norma alguna. No hay ley para quien tiene esta experiencia, porque vive del encuentro vivo con Jesús y de su seguimiento. No hay que darle órdenes y normas para orar y hacer celebraciones, porque las desea más que nadie.

TEXTOS BÍBLICOS

Jn 15,1-16

- a) La comparación de la vid y los sarmientos sirve para expresar la estrecha unión que hay entre Jesús y el cristiano. Somos uno (v. 1-6).
- b) Pero hemos de mantener esa unión. Separados de Jesús, no damos fruto; unidos a él, damos mucho fruto. El Padre es quien nos cultiva y, para que demos más fruto, nos poda (4-6).
- c) Esta unión tan estrecha tiene tres consecuencias fenomenales:
 - Primera, la confianza, porque el Padre oirá nuestras oraciones (7 y 16).
 - Segunda, el amor, el que Jesús nos tiene y el que debemos tenernos unos a otros. Hemos de mantenernos fieles a ese amor. El amor de Jesús hacia nosotros es el mismo que tiene el Padre hacia él. Es algo impresionante (9).
 - Tercera, la alegría. Jesús nos da su propia alegría, que es inmensa, total (11).
- d) Todo esto no es mérito nuestro, sino pura gracia de Jesús. No le hemos elegido nosotros a él. Antes nos ha elegido y querido él a nosotros. Es otra confianza impresionante (16).
- e) Estos dones nos obligan a nosotros a dar el mayor fruto posible. La preocupación por el fruto que hemos de dar para el Reino de Dios aparece repetidamente en este pasaje. Veámoslo.

- Versículo 2: El sarmiento que no dé fruto será cortado.
- Versículo 5: El que está unido a Jesús da fruto abundante.
- Versículo 8: El padre es glorificado cuando damos mucho fruto.
- Versículo 16: Jesús me ha elegido para que dé un fruto grande y duradero.

Pero no entenderá bien este pasaje quien vea todas estas alusiones al fruto como una exigencia. Antes que ninguna exigencia, está el don que nos hace Jesús: la unión con él, su amor y alegría, la confianza en el Padre, que escucha nuestra oración. El fruto es la consecuencia de ese don y un verdadero premio para nosotros.

Lc 5,27-32

Se trata de un pasaje doble: la llamada a Leví y la comida con pecadores marginados. La primera parte es un esquema vocacional de llamada y seguimiento que se puede aplicar también a todos los cristianos. Contiene dos puntos principales. El primero es la palabra "sígueme" (27), llamada clara y firme de Jesús. El segundo es la reacción positiva de Leví: "Dejándolo todo, se levantó y le siguió" (28). Por supuesto, el hecho está muy esquematizado, pero eso mismo le da mayor fuerza, porque así quedan destacadas las dos notas principales.

Más o menos intensamente, todos sentimos la llamada de Jesús. A veces nos resulta poco clara porque no queremos oírlo. La respuesta de Leví es radical. No todos reciben la llamada y gracia para dejarlo materialmente todo como él, sino unos pocos. Pero todos estamos llamados si no a dejarlo todo, sí a dejar muchas cosas y a poner en segundo plano todo lo demás por Jesús y su causa. El seguimiento de Jesús y el proseguimiento de su causa es lo primero, lo principal, lo absoluto.

Nos interesa destacar además que Jesús llama a cualquiera, a todos, sin mirar sus méritos: en este caso, es un recaudador mal visto, socialmente despreciado y marginado. Con este hecho, Jesús rompió una vez más los esquemas de los fariseos y de los judíos piosos (27).

El escándalo fue mayor cuando Jesús acudió a un gran banquete organizado por Leví y sus amigos. Entre los judíos, la comida era un acto de comunión e identificación. Por eso, para los fariseos era inconcebible que Jesús comiera con aquellos pecadores. Y protestan ante los discípulos. Pero es Jesús mismo quien les responde, y sus palabras chocan todavía más con la mentalidad de los que son buenos oficialmente. Son palabras llenas de amor y esperanza. Jesús busca a todos y no se detiene ante los que pasan por pecadores o lo son. Nadie hace méritos suficientes para ser creyente. Esto es pura gracia. Jesús no me ha llamado por mis méritos, sino por su amor hacia mí.

Jn 1,31-51

En este pasaje se mezclan los recuerdos históricos del evangelista con las afirmaciones teológicas. Además, junto con los versículos anteriores y siguientes, está distribuido en siete días, cual nuevo Génesis, para sugerir que con Jesús empieza la nueva creación. Veamos lo que más interesa.

- Ante todo, observemos las *afirmaciones teológicas*. Todo lo que los discípulos descubrieron gradualmente sobre Jesús después de Pascua, aparece concentrado y anticipado en esta página, al comienzo del evangelio.
 - Jesús es el cordero de Dios (v. 36). Subraya esta frase que tiene doble significado.
 - Jesús es nuestra pascua. Los judíos inmolaban un cordero para celebrar la pascua. Jesús ha sido inmolado él mismo en la cruz.
 - Jesús es nuestro salvador. Según la tradición judía, la sangre del cordero pascual les sirvió de señal en Egipto para que sus primogénitos se libraran del exterminio. El evangelista habla de la liberación del pecado social y personal unas líneas antes, en el v. 29: "Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo".
 - Jesús es también Señor o Maestro (38), es decir, el que da la verdadera enseñanza de la vida.

- Mesías (41), o sea, el esperado Líder de la humanidad, ungido por Dios. Jesús es aquél de quien escribió Moisés en la Ley y también los profetas (45).
- La mayor concentración teológica está en el v. 49: *Señor mío y tú eres el Hijo de Dios*, tú eres el Rey de Israel. La fórmula "rey de Israel" equivale a "Mesías". "Hijo de Dios" es un título específicamente cristiano, que los discípulos descubrieron después de pascua.
- "Os aseguro que veréis el cielo abierto", etc., hasta el final (51). Es una alusión al sueño de Jacob, quien vio una escalera que unía el cielo y la tierra. Jesús es esa escalera, o sea, es el mediador entre Dios y los hombres.

b) Junto a esto, aparecen unidos y encadenados *los encuentros de Jesús con cinco discípulos*.

- La referencia más larga es la de Natanael, que posiblemente es el Bartolomé de los evangelios. Nos interesa destacar el elogio del v. 47: un israelita de veras, un hombre sin falsedad. Es una contraposición con Jacob, al que se alude al final, el cual engañó a Esaú. Los discípulos de Jesús, nueva creación, se distinguen por la sinceridad.
- El sobrenombre que da Jesús a Simón, *pedra o Pedro*, aparece también anticipado aquí (42).

Hay varios detalles muy queridos para el evangelista, alusiones a Galilea, Betsaida, pueblo pesquero de Andrés y Simón, y sobre todo el v. 39: "Se quedaron aquel día con él; serían las cuatro de la tarde". Es el recuerdo imborrable de su primer encuentro con Jesús. Uno era Andrés; el otro, el propio evangelista. Éste nos dice también que al principio lo seguían por detrás y que fue Jesús mismo quien les facilitó el encuentro preguntándoles: "¿Qué buscáis?" (38).

Capítulo segundo

La vida de fe

DIMENSIONES DE LA VIDA DE FE

Varias direcciones

¿Cómo se desarrolla la maravillosa experiencia de la fe? El creyente suele llegar a la fe por algún "golpe religioso" o por una catequesis sólida y prolongada. De esta última no se puede prescindir nunca, incluso en el caso de una gracia especial. Ahora bien, esa catequesis suele tener dimensión comunitaria —porque se realiza en grupo—, normalmente va acompañada de oraciones y celebraciones y presenta exigencias prácticas de vida personal y de amor al prójimo, con objeto de seguir las huellas de Jesús.

Cuatro dimensiones principales

Pues bien, en esta enumeración tan sencilla hemos citado cuatro realidades, cuatro ámbitos de vida que pueden estimular, cultivar y materializar esa vida de fe que es la esencia de lo cristiano: comunidad, oración y celebraciones, el prójimo, el compromiso por la justicia.

PRIMERA DIMENSIÓN: FE COMUNITARIA

Personal y comunitaria

La fe cristiana es un asunto personalísimo en el que entran en juego la cabeza, el corazón y las obras. Pero es al mismo

tiempo un asunto comunitario, porque la vinculación con Jesús no se realiza plenamente al margen del grupo de sus seguidores. Lo expresa, de una manera muy viva, la comparación del cuerpo de san Pablo. Al mismo tiempo, y con la misma intensidad con que nos vinculamos a Jesús por la fe caliente, quedamos vinculados con su cuerpo (místico), que es el grupo de sus amigos y seguidores. La fe por libre no es la fe cristiana plena, la fe que quería Jesús.

La comunidad de Jerusalén

Los relatos de las primeras comunidades manifiestan esta experiencia comunitaria de una manera directa y fuerte. Los cristianos de Jerusalén formaban un grupo de relaciones estrechas, de las que se nos relatan estos cuatro rasgos ideales:

- Recibían juntos la catequesis de los apóstoles.
- Se esforzaban en amarse y ayudarse mutuamente, de tal forma que nadie pasaba necesidad: algunos entregaban sus bienes o parte de ellos, para servicio y ayuda de todos.
- Celebraban juntos la eucaristía en las casas.
- Hacían oración en común.

Jesús, centro de la comunidad

Son cuatro rasgos ideales de la vida interna de una comunidad cristiana que están consignados en el Nuevo Testamento para que sirvan de pauta a todas las comunidades cristianas. El mismo Jesús había comenzado antes de esto a poner las bases de las comunidades cristianas con sus propios discípulos. Con él formaban bolsa común y trataban de llevar una vida de amor y servicio, como se ve en varios pasajes de los evangelios. Jesús se hacía el último y el servidor de todos, con gran extrañeza de sus discípulos, que veían en los demás maestros religiosos unos comportamientos totalmente opuestos.

También en este punto comprobamos que su recomendación de hacernos servidores unos de otros, sobre todo si tene-

mos algún cargo o función, le nacían de su experiencia más profunda.

En la citada comunidad que se formó en Jerusalén después de Pascua, Jesús ocupaba el lugar central no sólo por el recuerdo afectuoso, sino porque sabían que continuaba resucitado entre ellos y se sentían todos vinculados personalmente a él por la fe. Su unión mutua era a la vez resultado y expresión de la vida de Jesús entre ellos.

Necesidad de comunidades vivas

De esta forma, la fe cristiana resulta tan comunitaria como personal y debe tener como marco de referencia una comunidad viva. Desgraciadamente, muchos cristianos parecen más bien afiliados a una organización que miembros vivos en una comunidad. De ahí procede el empobrecimiento de su fe y de la vida cristiana.

Muchos cristianos, quizá la mayoría, ven las parroquias como establecimientos de servicios religiosos y no como lo que están llamadas a ser: lugares y ámbitos de fe comunitaria y relaciones fraternas. Habría que ver con sinceridad las causas de esta visión deformada y hacer lo posible por superarlas no tanto con palabras cuanto con hechos. Los cristianos más conscientes están llamados a reunirse en grupos comunitarios vivos que se acerquen, en su espíritu y funcionamiento interno, al ideal esbozado en la comunidad de Jerusalén. Este punto es tan importante que engloba el siguiente e influye decisivamente en el tercero y cuarto.

Para la mayoría de los jóvenes, el mantenimiento y desarrollo de la experiencia viva de fe está ligado a su pertenencia a alguna de estas comunidades fraternales donde se personaliza la vinculación a Jesús. Gran parte de los que se enfrían o abandonan la vida de fe no lo harían si recibieran el aliento de una comunidad viva.

El Concilio Vaticano II ha insistido fuertemente en el sentido comunitario de la fe cristiana y ha impulsado la extensión de pequeñas comunidades en las parroquias y en todas las instancias eclesiales.

SEGUNDA DIMENSIÓN: CELEBRAR Y ORAR

Orar juntos

Lo acabamos de ver en la comunidad de Jerusalén: los cristianos se reunían con frecuencia para celebrar la eucaristía y para hacer oración comunitaria. No insistimos en un punto que es obvio y fundamental. La oración comunitaria cuenta con una presencia especial de Jesús, como nos lo asegura el evangelio. En ella aprendemos cordialmente, no sólo mentalmente, quién es Jesús para cada uno de nosotros y para todo el grupo. En ella sentimos con fuerza a toda la Iglesia orante que sigue como nosotros los pasos de Jesús.

Una catequesis sobre el ser cristiano no puede dejar de mencionar la *oración personal* como un ámbito necesario de vida cristiana. El ser humano necesita silencio y reflexión simplemente para ser más persona y más humano. Las celebraciones comunitarias no alcanzan la deseada densidad en los grupos y comunidades que no practican la oración personal. Basten estos apuntes para mostrar la excepcional importancia de esta cuestión, que tocaremos un poco más extensamente en el último apartado.

Celebraciones: la eucaristía

Las celebraciones sensibilizan y realizan la fuerza dinamizadora del Señor por medio de los signos que lo hacen presente. Esa fuerza se acrecienta en las celebraciones sacramentales, especialmente en la eucaristía.

La eucaristía más pobre del lugar más descuidado cuenta con la garantía total de la presencia y la fuerza de Jesús, prometida por él mismo. Ha sido un acierto pedagógico de la Iglesia, desde los primeros tiempos, el establecimiento de un día semanal como *Día del Señor* –que es lo que significa la palabra “domingo”– para celebrar en él, en todos los lugares del mundo, la eucaristía pascual de recuerdo y actualización de la pascua de Jesús.

Para un cristiano de fe viva, la pregunta sobre la obligatoriedad de la asistencia carece de sentido, porque es para él un momento de encuentro con Jesús, donde recuerda y

aviva su condición de admirador, partidario y seguidor del Maestro. Por eso, aunque se trate de celebraciones poco ambientadas y hasta aburridas, él acude con plena fe y se esfuerza en permanecer unido a ese Jesús que es su camino, verdad y vida.

El marco comunitario

Pero dicho todo esto, no podemos dejar de añadir que una celebración cristiana no puede calificarse como ideal y ni siquiera como buena si no alcanza un clima comunitario mínimamente aceptable. Porque resulta que las celebraciones cristianas, especialmente la eucaristía, son por naturaleza celebraciones comunitarias y eclesiales. De tal forma que la mentalidad de ciertos cristianos que acuden a misa como asistentes particulares a un acto religioso realizado en el altar, no corresponde al espíritu del Evangelio ni a las enseñanzas de la Iglesia.

La eucaristía y todas las celebraciones son experiencias grupales de fe personal y comunitaria. Es deber de todos procurar la realización de celebraciones realmente comunitarias, que faciliten el encuentro vivo con aquel Jesús que se nos hace presente de modo especial en la comunidad de sus hermanos.

TERCERA DIMENSIÓN: EL PRÓJIMO

¿Quién es mi prójimo?

La tercera dimensión importante de la vida cristiana se llama “prójimo”. Con esta palabra, el evangelio no designa únicamente a las personas que están cerca de nosotros, sino que va infinitamente más lejos.

“¿Quién es mi prójimo?”, le preguntó aquel jurista a Jesús. Éste no quiso responder directamente a la pregunta, sino que empezó contando una parábola. Y al final cambió “maliciosamente” la pregunta del jurista y le lanzó a él la siguiente pregunta: “¿Cuál de los personajes de esta historia –sacerdote,

levita, samaritano– te parece que *se hizo* prójimo del hombre caído?”.

En este planteamiento de Jesús hay mucha más miga de lo que se podía esperar. No se trata de saber quién es mi prójimo, sino de que yo *me haga prójimo* de los demás. Es un giro total, que descalifica por completo esa idea cómoda e interesada que llama prójimos a las personas cercanas.

Hacerse prójimo

Siguiendo a Jesús, deberíamos plantearnos la cuestión de una forma muy distinta. En vez de preguntar quién es mi prójimo, hacernos esta otra pregunta: ¿De cuántas personas me he hecho yo prójimo hasta ahora? ¿Y de quiénes, siempre de los mismos? Jesús desarrolló el amor de esta manera y, una vez más, nos enseña lo que él mismo vivió. Según esa enseñanza, toda persona es mi prójimo; o mejor dicho, de toda persona puedo y debo hacerme prójimo, próximo, cercano: el amor cristiano es universal. Y soy yo quien debo dar pasos para *aproximarme*, es decir, *hacerme prójimo*.

La elección de los personajes

No deja de ser intencionada y provocativa la elección de los personajes de la parábola. El samaritano era para los judíos una “especie” irreligiosa, atea y herética. Y no deja de haber una crítica radical contra aquellos sedicentes cristianos que cultivan mucho su experiencia interior pero viven instalados en la desigualdad social y en la insolidaridad. Estas personas están representadas por el sacerdote y el levita, que eran dos hombres religiosos.

La parábola nos dice con gran energía que la experiencia de admirador, partidario y seguidor de Jesús, resulta un cuento vacío cuando no va acompañada de la práctica del amor al prójimo, y más en concreto, al prójimo necesitado. Lo cual significa que el prójimo es la primera y principal presencia de Jesús para nosotros. El que se hace seguidor de Jesús se transforma paulatinamente en lo tocante a las relaciones con el prójimo; sobre todo, el prójimo necesitado y pobre.

La parábola del juicio final

Sabíamos por el Antiguo Testamento que todo ser humano es imagen de Dios, por lo cual merece absoluto respeto. Jesús ha elevado nuestra visión y nos ha dicho que cada persona debe ser para nosotros él mismo. En consecuencia, si nos preguntamos de nuevo qué es un cristiano y quién es cristiano, tendremos que responder lo siguiente: el que, por ser seguidor de Jesús, considera y trata a cada ser humano como al mismo Jesús.

El pasaje evangélico que hace esta tremenda afirmación es la conocida parábola del juicio final, cuando dice repetidamente: lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis; y lo que dejasteis de hacer con ellos, dejasteis de hacerlo conmigo.

CUARTA DIMENSIÓN: LA JUSTICIA

Preferencia de Jesús por los pobres

Si queremos llegar al fondo de esas enseñanzas de Jesús, hemos de ahondar más en la palabra “prójimo”. Las dos parábolas citadas –juicio final y samaritano– nos enseñan que, entre todas las personas a las que podemos “aproximarnos”, hay unas que gozan de una clarísima e indiscutible preferencia: son los marginados, los hambrientos, los mal vistos, los enfermos, los pobres. Y si esto es así, las buenas relaciones y la caridad son imprescindibles, pero pueden ser también insuficientes cuando un sistema social genera injusticias y diferencias exageradas.

Cuando muchas personas en el mundo mueren de hambre, ciertos niveles de vida no se pueden compaginar con el seguimiento de Jesús. Cuando, en nuestro mismo entorno, la desigualdad de posesiones, de formas de vida y de oportunidades reales está a la orden del día, hay que plantearse más en serio lo que significa el seguimiento de Jesús. Ciertas obras asistenciales y caritativas no sólo resultan insuficientes, sino además insultantes, cuando las personas que las hacen llevan un tren de vida alto, viven inmersas en la desigualdad social o

bien generan por otro lado mayores desigualdades con sus formas *legalizadas* de explotar al prójimo.

No basta hablar de amor

Por eso, ante el hecho evidente de la desigualdad establecida, no basta hablar de amor, sino que es preciso hablar de *justicia*. El seguidor convencido de Jesús está llamado a trabajar activamente en el seno de la sociedad civil para establecer leyes más justas, que dificulten la explotación del prójimo y corrijan constantemente las desigualdades que vayan surgiendo. Aquí sí que podemos decir, con toda la fuerza de la fe, la famosa frase: *¡Dios lo quiere!*

Jesús nos invita a gastar nuestras energías en un compromiso social activo y a no descansar hasta lograr que todos los seres humanos tengan una vida digna y todos los niños y jóvenes tengan igualdad de oportunidades. Estamos muy lejos de esta meta. Pero el seguidor de Jesús sabe que él no hacía el bien para sentirse a gusto y satisfecho, sino para tratar de solucionar los problemas. *El amor al prójimo se llama, ante todo, justicia*. No se trata de dejar de lado el amor y preferir la justicia; nada de eso, sino que el amor, si es verdadero, nos lleva al compromiso por la justicia.

Invitación a los jóvenes

Los jóvenes que, después de unos años de catequesis y formación cristiana, se preparan para dar el salto a una fe adulta, son los que mejor entienden este mensaje vivo de Jesús. "Me inspira compasión esta gente", decía él. Y en seguida ponía manos a la obra. El paso de un joven hacia la adultez cristiana ha de consistir en unir lo que nunca debió separarse: la fe caliente y la acción por la justicia; la alabanza y las obras por los pobres; la celebración entusiasta y el compromiso con los necesitados; la caridad y la justicia.

Recordemos la enseñanza de Jesús: no basta decir: Señor, Señor, sino que hay que hacer la voluntad del Padre. Nuestro amor a Dios no es verdadero si no amamos con obras al prójimo, sobre todo a los pobres.

HACIA UNA FE ADULTA

No os sorprendáis si el mundo injusto os odia

Jesús nos repite que, si queremos seguirle, debemos cargar con la cruz. Esta advertencia no es una invitación a buscar la cruz y el sufrimiento –como han hecho algunos santos con las mortificaciones–, sino a comprometernos: el Señor nos dice que, si nos comprometemos de verdad, nos vendrá la cruz, y que llevarla bien es la forma de seguirle. También nos dice que estemos preparados para las dificultades, oposiciones y hasta persecuciones que puede tramar contra nosotros el mundo injusto si somos verdaderos discípulos suyos.

No se trata solamente de experiencias pasadas. Esto ha ocurrido de distintas formas en todas las épocas y lugares. ¿Y no está ocurriendo algo parecido ahora mismo en muchas partes del planeta, al este y al oeste? Tengamos presentes estos avisos de Jesús y estemos preparados para las contradicciones que podamos encontrar en nuestro camino.

Fe adulta

Los avisos de Jesús son una invitación a la fe adulta. Él quiere que seamos tan adultos como para salir al mundo –sin refugiarnos en las iglesias–, comprometernos con los pobres y la justicia y afrontar valientemente sus consecuencias.

Lo más probable es que la mayoría de nosotros no nos veamos nunca en situaciones de persecución sangrienta. Pero tampoco es improbable que el seguimiento de Jesús no nos traiga dificultades de distintas clases. Basta con que seamos honrados en los negocios y el trabajo, para que nos ganemos enemistades, suframos oposiciones y hasta injusticias. Es entonces cuando hemos de mostrar la adultez de nuestra fe y la capacidad de resistencia, por amor a Jesús, con fervor y fe caliente.

Dichosos si sufrís algo por el Evangelio

Este recuerdo de la cruz quiere ser un empujón de aliento para cuando nos lleguen éstas u otras dificultades a causa de

Jesús. Entonces sentiremos internamente la gran satisfacción de parecernos más a él. Recordaremos que nos lo había anunciado y no nos quedaremos desconcertados ni desanimados. Y leeremos en el evangelio, con gran emoción, algo inmensamente alentador, procedente también de la boca de Jesús: “*Dichosos cuando os toque sufrir algo por mi causa*”.

¿Por qué dichosos? Porque eso querrá decir que somos discípulos de Jesús de verdad. Será grande nuestra dicha porque llevaremos las marcas de él y empezaremos a ser hombres y mujeres nuevos, personas resucitadas que llevan dentro el triunfo y la alegría de Jesús. He ahí la fe adulta que él espera de cada uno de nosotros.

Invitación a la fe auténtica

Hemos expuesto cuáles son los rasgos fundamentales de un cristiano. Es preciso motivarse para hacer efectivos esos rasgos en la propia vida. Por esos mundos de Dios hay demasiado bautizado ignorante, indiferente, descomprometido: *ignorante* del contenido del bautismo y de la fe; *indiferente* ante el don y las exigencias del ser cristiano; *descomprometido* respecto del Evangelio, de Jesús y del prójimo.

Esta catequesis se ha escrito para que seamos más conscientes, interesados y comprometidos. Para que nos metamos de cabeza en el grupo de Jesús, como admiradores, partidarios y seguidores. Para que nunca nos quedemos en una vaga creencia que no compromete a nada, como cuando oímos decir: “Sí, algo debe de haber”, sino que adquiramos esa fe adulta y totalizante que abarca la cabeza, el corazón y la voluntad; las ideas, los sentimientos y las obras; el asentimiento, la confianza y el seguimiento.

Leamos, pues, este tema como una invitación amorosa: la llamada de una voz caliente, voz de Alguien que me quiere y me busca. Antes de que yo lo buscara, me estaba buscando Él. ¿Por qué no concentrarme ahora mismo y escuchar esa Voz? Alguien se me ha acercado mientras yo estudiaba este tema. Y me invita a una vida nueva, a una comunidad viva, para que pueda recibir su Palabra, celebrar su amor, ver al prójimo y comprometerte por la justicia y la fe.

Una plegaria

Acabemos este tema con una plegaria que suele ayudar mucho a la fe caliente. Pero primero vamos a completar lo dicho antes sobre la oración, con *tres definiciones* que pueden acompañarnos en nuestros encuentros íntimos con el Señor.

- Orar es estar enchufado a Jesús. Se trata de meterse en un clima de encuentro amoroso con él. La palabra “enchufado” nos sugiere que él nos está cargando las pilas.
- Orar es escuchar. Esta definición se opone a la palabrería y la falta de silencio. Dios quiere hablarme. ¿Por qué no escucharle? Primero le escuchamos y luego le hablamos.
- Orar es amar. Con esta definición centramos la buena oración en su debido lugar y no en que *me salga bien o me resulte gratificante*.

El cristiano que quiere crecer en las cuatro dimensiones de la fe ha de orar con frecuencia. Y puede hacerlo con el máximo provecho siguiendo estas tres definiciones.

He aquí la plegaria.

*¡Te busco Jesús!
¡Quiero ver tu rostro!
¡Quiero ver tu rostro!*

*Saliste a mi encuentro una mañana de primavera.
Me tomaste de la mano
y estuvimos un rato juntos.*

*Te vi un poco, te sentí.
Quiero conocerte más y tenerte más cerca.
No me cierres la puerta.
Abre y déjame entrar.
Te estoy llamando.*

*Ábreme para que te vea
y esté contigo
y cambie todo entero:
mis entrañas y mi corazón,
mis manos y mi cabeza.*

TEXTOS BÍBLICOS

Hch 2,41-47

Este texto es una descripción esquemática e idealizada de la primera comunidad de Jerusalén. Tiene una doble finalidad: señalar los rasgos fundamentales de toda comunidad cristiana y presentar un ejemplo para todas las comunidades posteriores.

La realidad no fue tan idílica, porque aquellos cristianos tuvieron bastantes problemas internos, como toda comunidad viva. El autor hablará más adelante de algunos de ellos.

- a) El v. 41 nos presenta los tres pasos para hacerse cristiano:
 - Aceptar la Palabra de Dios.
 - Bautizarse.
 - Ser agregado a la comunidad cristiana. Se entra a la Iglesia local y a la Iglesia universal.
- b) El v. 42 nos da los cuatro rasgos fundamentales de toda comunidad cristiana hacia adentro.
 - Estar centrada en la Palabra de Dios; por lo tanto, en Jesús. En el texto, la Palabra de Dios aparece en la expresión “escuchar la palabra de los apóstoles”.
 - El amor práctico, que en el texto aparece en la expresión “comunidad de vida”.
 - La eucaristía, que está señalada en la expresión “fracción del pan”.
 - La oración comunitaria, aludida con la palabra “oraciones”.
- c) De estos cuatro puntos, el principal es el amor mutuo práctico, como se ve en los v. 44 y 45 y en otro pasaje paralelo (4,32-35). El autor insiste en este punto por encima de los demás. Se puede subrayar desde “los creyentes vivían todos unidos” hasta “según la necesidad de cada uno”. Pero también repite lo de la oración comunitaria al decirnos que “a diario frecuentaban el templo en grupo” (46). Y nos informa de que la fracción del pan o

eucaristía la hacían en las casas y que iba acompañada de una comida (47).

- d) El resultado final de su testimonio es la fuerza misionera, cuando nos dice que “día tras día el Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando” por la aceptación de la fe (47).

Los rasgos sociológicos que aparecen en este pasaje no son necesarios para una comunidad cristiana; por ejemplo, el juntarse diariamente para orar, el tener todos los bienes en común. En otras comunidades que nos describe el Nuevo Testamento no aparecen esos rasgos. Pero el espíritu que hay debajo de esta descripción es válido y necesario para toda comunidad cristiana. Son especialmente importantes la ayuda mutua real, la comunicación de los bienes –incluso económicos–, la tendencia a la igualación, etc. Se sobreentiende que también debe haber comunicación de bienes hacia el exterior. El valor evangélico de una comunidad cristiana se mide por estos puntos.

Mt 25,31-46

Este pasaje nos da una *enseñanza profética* acerca de lo esencial del Evangelio. Esta enseñanza se nos presenta como un juicio de los pueblos, juicio universal y definitivo, con la intención de situarnos en la hora de la verdad y mostrarnos así cuál es la verdad suprema del Evangelio de Jesús. Se trata de una parábola que resume lo esencial.

Está dirigida sobre todo a los cristianos y a la Iglesia, y tiene un estilo tan directo y una estructura tan simétrica y simple que muchos entendidos ven en todo ello las marcas casi directas de Jesús.

¿Y cuál es el objetivo de esta enseñanza? Atención: no es hablarnos de los que se salvan o no se salvan, sino mostrarnos *quiénes son los verdaderos cristianos y cuál es la verdadera Iglesia*. Dicho de otro modo, el objetivo de esta parábola es darnos el *criterio decisivo* para saber quién es el verdadero cristiano.

- Verdadero cristiano es el que da de comer a los pobres.
- Verdadera Iglesia es la que da de comer a los pobres.

Increíble respuesta. La parábola no menciona la oración, ni la alabanza, ni la comunidad, ni la eucaristía. Ni siquiera cita la fe en Jesucristo. Lo cual no quiere decir que tales puntos no sean importantes. Significa que, puestos a dar la nota más definitiva o puestos a reducir al mínimo fundamental lo que es esencial del verdadero cristiano y de la verdadera Iglesia, resulta que esa nota mínima y fundamental es... *los pobres*.

Aplicada esta parábola al mundo actual, es evidente que se refiere no sólo a las obras de caridad, sino también al compromiso social tendente a construir una sociedad libre, democrática, igualitaria. Porque puede ocurrir –y ha ocurrido muchas veces– que uno haga por un lado muchas obras de caridad y por otro explote a los trabajadores, o posea bienes que suponen mucha desigualdad, o apoye situaciones contrarias a la libertad y a la justicia, o lleve un tren de vida injusto para los pobres. Todo esto es una absoluta falsedad; es contrario a esta página del evangelio. Esas limosnas son una aspirina para la conciencia y un insulto a los pobres y al Evangelio.

Esta página, una de las más grandiosas del evangelio, es una invitación a la verdad, a poner las cosas en su sitio, a poner en primera fila lo primero, sin descuidar lo demás. Y resulta que, según nos dice el mismo Jesús, el punto fundamental, el primero de todos, no es el culto ni la moral ni el cumplimiento del deber, sino los pobres, el compromiso con los pobres, la toma de partido por los pobres y por la justicia social. Y eso no con bellas teorías, sino con hechos prácticos, empezando por la propia vida. Jesús habla de práctica: *Tuve hambre y me disteis de comer; tuve hambre y no me disteis de comer*.

Destaquemos las siguientes frases:

- “Venid, benditos de mi Padre” (v. 34). Esta expresión significa: Dios está con los que dan de comer a los pobres; tienen el favor y la gracia de Dios.
- “Tuve hambre y me disteis de comer” (35). Pobres = Jesús.
- “¿Cuándo te vimos con hambre?” (37). El amor al prójimo, y en concreto a los pobres, vale aunque no se conozca a Jesús, aunque no se piense expresamente en él.

- “Os lo aseguro: cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes o pequeños, lo hicisteis conmigo” (40). Esta frase es de las más llamativas de todo el evangelio. Jesús se identifica con los más pobres. Al amar y ayudar a éstos, se le ama y ayuda a él; diríamos que se tiene fe en él, aun sin saberlo, incluso siendo ateos.
- “Apartaos de mí, malditos” (41). Frase terrible, la máxima condena que aparece en el evangelio.
- “Tuve hambre y no me disteis de comer” (42). Otra vez Jesús se identifica con los más pobres.
- “¿Cuándo te vimos con hambre?” (44). Si llegan a saber que era Jesús, o alguien muy allegado a Jesús, le hubieran ayudado. Eso es lo que critica Jesús tajantemente.
- “Os lo aseguro: cada vez que dejasteis de hacerlo con uno de esos más humildes, dejasteis de hacerlo conmigo” (45). De nuevo Jesús se identifica con los más pobres. El que no los atiende, el que no se compromete con ellos, es prácticamente un ateo, aunque sea muy “practicante”.

Este pasaje nos interpela fuertemente. Interpela a nuestra fe, a la Iglesia, a las obras sociales y religiosas de los cristianos, a los grupos de la Iglesia y a cada uno de nosotros.

Conocer a Jesucristo

FE EN JESUCRISTO

El centro del cristianismo

Si queremos reducir al mínimo la definición de “cristiano” y de “cristianismo”, nos quedamos con estas tres palabras: Creer en Jesucristo. En ellas está contenido el cristianismo entero. Todo lo demás es derivación de ese centro.

Por consiguiente, lo central no es ser bueno, entrar en una comunidad, etc., sino la fe en Jesucristo; ni siquiera está el centro en el amor y la justicia, sino en el amor y la justicia que se derivan de esa fe.

En una comunidad, lo más importante de todo es la fe en Jesucristo. Los programas tienen por objeto lograr la fe en Jesucristo, lo mismo que las reuniones, las guías y los balances. El cambio de actitud y escala de valores no es el cambio a secas, sino un cambio en la línea de Jesús, o sea, dejar la vieja actitud y tomar la actitud y los valores de Jesús. El objetivo de la vida cristiana es la conversión y el compromiso. Pero la conversión consiste en creerle a Jesús y seguirle, y el compromiso, también. Jesús es lo más importante, el centro.

Lo más importante de la vida

Todo el mundo ha oído hablar de la madre Teresa de Calcuta. Pocas personas han recibido tantos premios internacionales como esta monja menuda y flaca. Sus iniciativas han tenido éxito mundial. En una de las recepciones en que le

entregaban uno de esos premios, un periodista le preguntó en medio de un racimo de micrófonos: "¿Cuál es la obra más importante de su vida?". La madre Teresa contestó sin vacilar: "Lo más importante de mi vida es haber conocido a Jesús".

¡Impresionante contestación en una persona que ha tenido tantos éxitos! Para ella, todo lo demás es secundario al lado de esto. También para nosotros lo más importante será haber conocido a Jesús. ¿Lo es hoy en día? Ahora mismo, ¿lo más importante de mi vida es haber conocido a Jesús? ¿Qué es lo más importante, de hecho: los compañeros, la comunidad, las reuniones, o bien el haberse encontrado con Jesús y haberle conocido?

Desde hoy, sea nuestra consigna conocer a Jesús y creer en él; nuestro mayor empeño, conocer a Jesús y creer en él; nuestra realización y alegría, conocer a Jesús y creer en él.

Dos formas de conocer a Jesús

Hay dos formas de conocer a Jesús. La primera es el conocimiento intelectual: estudio de los evangelios, la historia, la teología. La segunda es la fe vivida. Nosotros creemos que el verdadero conocimiento de Jesús es el segundo.

El primero sin el segundo, además de ser puramente intelectual, no nos introduce en el alma de Jesús. Por eso un creyente de poca cultura puede conocer mejor a Jesús que un gran teólogo de escasa o nula fe. Pero es conveniente unir el conocimiento de la fe y el conocimiento intelectual. Un cristiano debe combinar ambos tipos de conocimiento.

Objetivo de esta catequesis

Esta catequesis quiere dar una información seria sobre la persona de Jesús; quiere mostrar quién es, cómo vivió, cuál es su misterio profundo; quiere desarrollar al mismo tiempo admiración, cordialidad, amistad con Jesús. Y quiere provocar, además, el deseo de ser como Jesús y actuar como él.

Dicho en cinco pasos, nuestro objetivo es conocerle, amarle, seguirle, proseguir su causa y darlo a conocer a todos los que podamos.

Actitudes para trabajar sobre esta catequesis

Señalamos tres principales.

a) *Afición o ganas.* Hace falta tener afición a Jesús, mucha afición. Hacen falta muchas ganas de conocerle, quererle, seguirle. Hemos de trabajar sobre esta catequesis, desde ahora mismo, con afición y ganas.

b) *Asombro y admiración.* Jesús fue y es un hombre cargado de profundidad y significado. Los que andaban con él estaban asombrados y se preguntaban: "¿Pero quién es este hombre?". No acertaban a meterle en ningún encajillado ni en ningún marco.

Después de Pascua, cuando llegaron a tener verdadera fe, empezaron a comprenderle algo más, y entonces le aplicaron innumerables títulos, más de cien, para intentar definirlo. De ellos hicieron fortuna unos pocos, como profeta, mesías, señor, enviado, hijo de Dios... Pero esos títulos tampoco nos aclaran todo el misterio de Jesús. Por eso, el asombro y la admiración es una actitud permanente; también para nosotros.

c) *La búsqueda.* La afición y el asombro nos incitan a la búsqueda de Jesús. Caminos para buscarle y encontrarle son la comunidad eclesial, los evangelios, los sacramentos, la oración, el compromiso con los pobres, etc.

En conclusión, para sacar todo el provecho de esta catequesis, hemos de combinar el deseo de Jesús con la admiración y la búsqueda.

RASGOS DE JESÚS

Rasgos falsos y verdaderos

Es muy difícil tener una imagen exacta y completa de Jesús, porque es un pozo sin fondo, un misterio. Pero hemos de intentar corregir las inexactitudes y falsedades, acercarnos a la verdad. Es cierto que se han extendido varias ideas inexactas de Jesús; a veces, más que inexactas, falsas.

En los apartados siguientes observaremos seis campos importantes de la persona y vida de Jesús, con objeto de corregir las inexactitudes y conseguir un retrato más cercano a la realidad.

Sobre el amor universal de Jesús

El amor universal de Jesús es un hecho real. Amó a todos, pobres y ricos; fariseos, saduceos y pueblo; amigos y enemigos. Pero este dato necesita algunas matizaciones, porque, si nos quedamos en esa afirmación general, resulta falso.

Explicación falsa

Amó a todos por igual y de la misma manera, por lo cual no hizo distinciones y se mantuvo neutral ante los problemas de su tiempo.

Explicación verdadera

Amó a todos, pero no de la misma manera, por lo cual hizo distinciones, y no fue neutral ante las diferencias entre ricos y pobres y otros problemas. Por lo tanto, amor universal, sí; amor a todos, sí. Pero un mismo amor se concretaba en exigencias distintas para cada persona o grupo social, según sus necesidades. En concreto, *a los ricos* les criticaba con dureza su situación de desigualdad e injusticia, y les exigía un cambio personal y social. Es decir, les dirigía críticas y exigencias precisamente porque los amaba, como único medio de lograr su cambio, su conversión, su realización personal. Y *a los pobres* no les predicaba la resignación, sino la lucha por conquistar la justicia, la solidaridad, la paz, con amor y por amor. Hoy en día, entre los pecados y crímenes sociales, exigiría perdón, pero con aclaración de los hechos, reconocimiento de los culpables, justicia, al menos básica, y cambio de las estructuras injustas.

En conclusión, amor universal, sí; neutral, no.

Sobre la dulzura y la misericordia de Jesús

Están fuera de duda la bondad, la misericordia, la cercanía y la dulzura de Jesús. Es un dato atestiguado a todo lo largo de los evangelios. Pero también este dato necesita matizaciones para no incurrir en una falsa imagen de Jesús.

Explicación falsa

Jesús fue bondadoso, misericordioso y dulce, por lo cual evitó los enfrentamientos y los conflictos.

Explicación verdadera

Realmente, Jesús fue bondadoso y misericordioso, cercano y afectuoso. Pero eso no le impidió enfrentarse con las situaciones difíciles, precisamente por amor. Su amor era tan grande, tan encendido, que no le permitía tapar los males con capas de falsa dulzura, sino todo lo contrario. Le llevaba a enfrentarse con los problemas y con las personas injustas, por lo cual llevó una vida de altísima conflictividad que le condujo en poco tiempo a la muerte en cruz, entre la gente indeseable y baja, por obra del poder civil y religioso.

En conclusión, amabilidad, sí; dulzura, sí, pero, sobre todo, amor. Y un amor sincero, verdadero, que le hizo altamente conflictivo. El dulce Jesús fue muy conflictivo.

Sobre la sabiduría y el poder de Jesús

Los evangelios aluden con frecuencia a la sabiduría y el poder de Jesús. Nos hablan de la admiración de la gente, que le oye hablar con autoridad y le ve realizar acciones extraordinarias. ¿En qué consiste esa sabiduría y autoridad?

Explicaciones falsas

- a) Jesús lo sabía todo. Conocía a las personas por dentro; leía los pensamientos; conocía el futuro al detalle; tenía conocimientos científicos y filosóficos totales de lo presente, de lo pasado y de lo futuro.
- b) Jesús lo podía todo. Podía curar enfermedades, transformar la tierra, mover los hilos de la historia, cambiar la marcha del universo.
- c) En consecuencia, no necesitaba pensar, buscar, esforzarse, luchar. Si lo hacía, era solamente por darnos ejemplo. Fue a la muerte porque él quiso.

Explicaciones verdaderas

- a) Tengamos en cuenta que la *sabiduría* es distinta del saber y de la ciencia. Jesús tuvo sabiduría moral y espiritual sobre el valor del ser humano, el sentido de la vida y de la sociedad, el mundo y Dios. Pero no tuvo saber y ciencia sobre el universo, la técnica, la medicina, la filosofía, la física, la matemática y la historia. No conocía el futuro ni leía los pensamientos, lo que no significa que no tuviera perspicacia para conocer a las personas. Fue tributario de las ideas de su época, como otras personas de entonces, y se equivocó algunas veces.
- b) Jesús tenía también un gran poder espiritual para convencer por dentro a las personas, respetando su libertad, y moverlas a conversión. Los creyentes creemos además que ese poder procedía de la autoridad recibida de Dios para orientar a los seres humanos por el camino de la verdad. Pero no tenía poderes mágicos sobre las enfermedades, las riquezas de la tierra y la historia humana.
- c) En consecuencia, Jesús tuvo que pensar, buscar, esforzarse y luchar, como todos los seres humanos. No tuvo *ventajas* sobre los demás hombres y mujeres a la hora de actuar. El esfuerzo y sacrificio que hacía no eran por darnos ejemplo, sino por necesidad. Y de esta forma nos dio el único ejemplo verdadero que es posible.

Tampoco fue a la muerte porque quiso ir sin más, sino porque lo llevaron a la fuerza. Aunque la aceptó plenamente cuando vio que su compromiso con el Reino de Dios le conducía a ella y que, por tanto, ésa era la voluntad de Dios.

A algunas personas estas afirmaciones les plantean un problema grave porque les parece que con ellas se niega que Jesús fuera Dios. Ésta es otra cuestión que trataremos luego. Quizás tengan que cambiar su idea de Dios.

Sobre los milagros de Jesús

Los evangelios nos relatan varios prodigios. Hoy se discute mucho sobre su realidad histórica y su carácter milagroso.

Pero mucha gente ha sacado de ahí la idea de que Jesús era una especie de mago al que le salían milagros de las manos como palabras de la boca.

¿Qué hay de ello?

Explicación falsa

La idea de un Jesús milagrero es falsa. Acabamos de afirmar que eso de que lo sabía todo y lo podía todo no es cierto. No se pasaba el rato realizando hechos portentosos y mágicos.

El número de milagros que traen los evangelios es relativamente pequeño en comparación con otros libros de aquel tiempo, incluso libros de autores serios.

Cuatro hechos ciertos

Parece ser que Jesús tuvo poderes especiales, cuya naturaleza desconocemos. Algunos suponen que podrían ser poderes parapsicológicos que aún hoy la ciencia no ha desvelado. Sobre ello no podemos afirmar nada, porque no lo sabemos.

También es cierto que Jesús fue poco amigo de portentos y hechos prodigiosos. Se quejó más de una vez de ciertas personas que necesitaban milagros para creer, consciente de que la fe no viene de los prodigios.

Es igualmente cierto que los hechos extraordinarios de los evangelios no se parecen en nada a esos portentos grandiosos que dejan a la gente tan asombrada como pasiva, sino que son hechos sencillos y dinamizadores que tienen un sentido salvador y liberador y que provocan en la gente un movimiento de conversión y compromiso. Jesús no hizo milagros con el Sol y otros elementos de la naturaleza ni nada parecido.

Finalmente, es cierto que Jesús y su movimiento inicial fueron discutidos y hasta negados, entre otras razones, por su poca espectacularidad, en contra de las expectativas de la apocalíptica judía acerca del Mesías. Ésta es una de las polémicas fundamentales del evangelio de san Mateo.

La cuestión de fondo: el concepto bíblico de milagro

El concepto bíblico de milagro es muy diferente del nuestro. En aquel tiempo, no llamaban milagro a los hechos inexplicables, sino a los hechos salvadores en los que ellos veían la intervención de Dios. Éste es el factor fundamental de un hecho para que la Biblia lo considere milagro: atribución de un hecho a la intervención de Dios.

La cuestión de si un hecho supera o no a las fuerzas de la naturaleza en el contenido o en los medios es un problema moderno que los hombres y mujeres de aquel tiempo ni siquiera se planteaban.

Los fariseos de los evangelios no negaban el peso de los hechos y dichos de Jesús, porque estaban a la vista de todos; negaban su *carácter divino*, es decir, no los atribuían a Dios, sino que los atribuían al *diablo* y a la *magia* (Mt 12,24). Lo cual muestra que los prodigios no dan fe, sino que ésta precede o acompaña al prodigio o a cualquier otro hecho salvador, para ver y descubrir en él un *milagro*, es decir, una *acción de Dios*.

Para los milagros del evangelio, los cristianos seguimos teniendo el mismo concepto de milagro que la Biblia, por lo cual lo que está en juego no es el carácter inexplicable de aquellos hechos –cosa que nadie se cuestionaba entonces–, sino el saber si la *autoridad* de Jesús procedía de Dios, es decir, si en él, en sus hechos y palabras, actuaba Dios.

Esto es cuestión de fe, y la fe es un don de Dios, aunque pueden preparar el camino a la misma ciertos datos comprobados, como la fuerza interna de los evangelios, las consecuencias del movimiento de Jesús, a pesar de la cruz, etc. Para san Pablo, la gran prueba de Dios era el hecho y el anuncio de algo tan absurdo y escandaloso como es un Mesías crucificado y la fuerza que esto tenía en los oyentes, contra todo pronóstico. Éste era para él el gran signo de Dios que mostraba la verdad del Evangelio y de Jesús.

Sobre el crecimiento de Jesús

A nadie se le ocurriría poner en duda que Jesús creció físicamente. Pero ¿mentalmente? Los que piensan que lo sabía

todo y que desde niño conocía todas las realidades y pensamientos no pueden aceptar que hubiera un crecimiento intelectual y espiritual de Jesús. ¿Qué podemos decir sobre esto?

Explicación falsa

La imagen de un Jesús que prácticamente nunca fue niño, que actuaba desde niño como una persona mayor, es falsa. Es completamente falsa la idea de que no tuvo que crecer en conocimientos, carácter, sensatez, decisión por el Reino de Dios y hasta en experiencia religiosa.

Explicación verdadera

El evangelio afirma que Jesús “iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres” (Lc 2,52). Jesús fue niño, adolescente, joven y adulto, como cualquiera de nosotros, con la psicología propia de cada edad. El pasaje de su extravío en el templo de Jerusalén cuando tenía doce años es un relato *predominantemente teológico*, que pretende mostrar el núcleo de la personalidad de Jesús: su dedicación exclusiva a la causa del Reino de Dios.

Sobre el carácter y la personalidad de Jesús

No hay duda de que Jesús se entregó apasionadamente al Reino de Dios porque lo sentía como la tarea de su vida y la misión recibida del Padre. Esto da una gran seriedad a su vida. Pero ¿era también serio en su forma de ser y tratar a las personas?

Explicación falsa

Jesús era serio, lejano y no se reía.

Explicación verdadera

El evangelio nos dice que era cercano y cariñoso en sumo grado. Era, además, muy alegre. No era austero por principio; la dureza de su vida provenía de su misión más que de su afán de perfeccionismo y austeridad. Le gustaban las fiestas, hasta el punto de que los puritanos le acusaban de comilón y bebe-

dor (Lc 7,34). Él contestaba que estaban alegres porque celebraban la fiesta de las bodas de una vida nueva y que él era el novio (Lc 5,33-39).

EL EJE Y MOTOR DE JESÚS

Pregunta sobre el centro de Jesús

Todos los seres humanos tenemos un punto central que unifica los demás elementos de la personalidad y la pone en movimiento. Es algo así como *el eje y motor* de la persona. El punto central de uno puede ser el arte; el de otro, la política; el de otro, la ciencia; otros tienen la filosofía, la economía, la acción empresarial, la educación, la música, el sentido ético, la familia, la caridad, el mar, el deporte, etc.

¿Cuál fue el centro de la personalidad de Jesús, su eje y motor? Hay quien dice que fue la religión. Pero no lo parece, puesto que Jesús no fue un hombre especialmente ligado al templo o al culto, aunque acudía al templo regularmente y lo veneraba, como todo judío piadoso. Otros, que saben distinguir entre religión y Dios, dirían que el centro de Jesús era Dios, el Padre. Sin duda, éstos aciertan más. Pero, a juzgar por los evangelios, el eje y motor de Jesús no era tampoco Dios a secas, sino el Reino de Dios, y más en concreto aún, *el Reino de Dios en este mundo*.

El Reino de Dios

Ciertamente, Jesús sentía a Dios tan cercano que parecía que lo veía y lo palpaba directamente, sin mediaciones. Vivía con Dios y en Dios, y como expresión de esa cercanía nos ha llegado su palabra textual *Abba*, palabra infantil del lenguaje arameo que habría que traducir por “papá” o “papaíto”.

Para cualquier judío religioso, que sentía tan profundo respeto hacia Dios, semejante familiaridad con el Ser Supremo y Absoluto resultaba incomprensible, de forma que quedaron espantados. Su asombro subió hasta cien grados cuando le oyeron decir que también ellos podían dirigirse a Dios con

idéntica familiaridad. Aquello fue la gran revelación de todos los tiempos, que nos ha sido dada también a nosotros. Actualmente estamos tan acostumbrados a llamarle “padre” a Dios que nos hemos olvidado del tremendo salto que dio Jesús a la historia humana y del susto de los apóstoles. Un reflejo de aquel impacto ha quedado en la celebración eucarística cuando, antes del padrenuestro, el sacerdote dice: “Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, *nos atrevemos* a decir: Padre nuestro”, etc.

Así pues, la experiencia de Dios que tenía Jesús era única. Pero su preocupación máxima, el eje y motor de su vida era el Reino de Dios, es decir, que ese su Dios cercano reinara en el mundo efectivamente, y no sólo como una proclamación lanzada en los actos de fe o culto, sino por una nueva organización social. El eje y motor de la personalidad de Jesús fue el Reinado de Dios.

¿Qué significa, en el lenguaje de Jesús, “Reino de Dios”?

La locución “Reino de Dios” viene del Antiguo Testamento. Por lo tanto, a él hay que acudir para entender lo que quería decir Jesús. Podemos resumir el contenido de esa fórmula en dos puntos:

- a) que Dios sea reconocido como único Dios;
- b) y que, en consecuencia, la sociedad (y la vida personal de cada uno) se organice conforme a la voluntad de Dios, que radica en la libertad, la solidaridad y la justicia, para la plena realización de los seres humanos. Brevemente diríamos: Reino de Dios es como decir fe y justicia juntas.

No una sociedad teocrática

Esta síntesis no debe materializarse en la unión y mezcla de la sociedad civil y la Iglesia. El Reinado de Dios no consiste en una sociedad teocrática donde los jefes religiosos sean también los jefes políticos, y viceversa –judaísmo antiguo, islamismo de muchos países actuales–, sino en una sociedad civil,

laica, independiente de instancias religiosas, pero organizada conforme a los postulados de una sociedad humanista, que para nosotros son los del evangelio, a saber: valor absoluto de la persona, igualdad teórica y práctica de todos los seres humanos, solidaridad y justicia en la organización y las estructuras sociales.

El Evangelio no llega más allá de estos principios, que son también metas. Los medios quedan en manos de la sociedad civil –de todos los ciudadanos, creyentes y no creyentes–. En su plasmación solidaria o democrática comienzan los primeros pasos de esa sociedad que Dios quiere.

En el centro, los pobres

El Evangelio añadirá que, para realizar ese tipo de sociedad, hay que colocar en primerísimo plano a los pobres; no sólo a los pobres mal llamados “evangélicos” (caridad asistencial), sino a los pobres sociales y políticos (cambio estructural de la sociedad). Decir Reino de Dios equivale a colocar en primer plano a los pobres y al cambio social.

En resumen, Reino de Dios significa una sociedad justa y comunicación de la fe a todos los ciudadanos, sin que esto último signifique ni mezcla ni confusión de lo político y de lo religioso.

Pasión por el Reinado de Dios

La preocupación por el Reinado efectivo de Dios la vivió Jesús tan intensamente que aquello era una verdadera *pasión*. Jesús fue un *apasionado* del Reinado de Dios. De tal forma que en su vida no hubo sitio material para nada más. Dejó familia, dinero, tranquilidad y todo lo demás por dedicarse exclusivamente al Reinado de Dios. La no neutralidad, la toma de partido abierta en favor de los pobres, la alta conflictividad de su vida, su muerte en cruz entre malhechores, fueron consecuencia de su pasión absoluta y única por el Reinado de Dios en el mundo.

Esta pasión volcánica es la que configura toda la personalidad de Jesús. Constituye su conciencia personal. La conciencia de Jesús es una conciencia misionera, conciencia de enviado

para el Reinado de Dios. Y fue tan coherente con ella que se entregó a esa tarea con toda su alma, con verdadera pasión.

Un hombre apasionado. Un hombre de una pieza. Una vida para el Reinado de Dios. Una vida para los pobres y, a través de ellos, para todos. Un ser amoroso cien por cien. Una persona alegre, “porque estamos de bodas”. Éste fue Jesús. Su eje y motor: el Reinado de Dios.

TEXTOS BÍBLICOS

Lc 8,22-25

Lo que más nos interesa de este pasaje es la pregunta que se hacen los discípulos: “¿Quién será éste?”. La admiración y el interrogante fueron constantes entre los acompañantes cercanos de Jesús y toda la gente que le seguía. Las razones de tal actitud están en su autoridad: autoridad de su persona, que está por encima del ambiente, las circunstancias y los intereses; autoridad de sus signos, que ponen de manifiesto su señorío. Este pasaje, como otros muchos, destaca esa autoridad y la consiguiente interrogación, mezcla de admiración y miedo. También a nosotros nos interesa desarrollar permanentemente ante Jesús la admiración, el deseo y la búsqueda.

El relato puede tener su origen en uno de los muchos viajes o excursiones de Jesús y los primeros discípulos por el lago de Genesaret, llamado también mar de Galilea. Era un lago muy propenso a fuertes huracanes por las montañas que lo flanqueaban al norte, con las consiguientes tormentas aparatosas. Cualquiera de las tempestades que soportaron airoosamente, con palabras de autoridad de Jesús, pudo formar la tradición que dio lugar al pasaje actual. Se trata de un relato muy simbólico, puesto que, para los israelitas, el mar era el asiento de los espíritus malignos. Como decíamos antes, la autoridad de Jesús aparecía no sólo en sus enseñanzas, sino también en sus signos mesiánicos, que eran sobre todo signos de poder sobre el mal, sea la enfermedad, sean los demonios.

La forma en que el pasaje nos presenta a Jesús, increpando a la tempestad, es un modo de resaltar su autoridad. Subra-

yamos también esas palabras: “Increpó al viento y al oleaje; se apaciguaron y vino la calma” (v. 24). Pero no sólo estas palabras, sino todo el pasaje es una revelación de la autoridad de Jesús, proclamada desde la fe pascual. Por eso mismo es también una invitación a la fe y la confianza. Si vamos en la barca de Jesús, no podemos hundirnos. De ahí esa especie de queja o crítica de Jesús, que también podemos subrayar: “¿Dónde está vuestra fe?” (v. 25).

Observamos dos cosas más:

- a) La palabra “dormido” (23), que tiene significado simbólico; a menudo, parece que Jesús no nos ayuda, que se habrá dormido, pero está presente y activo.
- b) La plegaria de los apóstoles: “Maestro, Maestro, que nos hundimos” (24), una plegaria que debo hacer intensamente en las tentaciones.

En resumen, victoria sobre el mal, autoridad de Jesús, asombro, interrogación y confianza plena.

Mt 4,1-11

Este pasaje tiene una importancia excepcional. Hay teólogos que lo consideran el más importante de los evangelios. Sin embargo, ¿no parece una página mítica que actualmente carece de fuerza? Ése es únicamente el *ropaje literario*. Bajo esas escenas tan imaginativas se nos da un *resumen* de la vida de Jesús y de sus características principales. La base del relato puede estar en un retiro de oración y ayuno que quizá Jesús realizó al comienzo de su vida pública en alguna zona desértica de Judea donde había unas mínimas condiciones para vivir. Pero el relato se refiere a *toda* la vida de Jesús y refleja tentaciones bien *reales*, no puras imaginaciones calenturientas.

Las tres escenas representan tres grandes capítulos de tentaciones.

- Tentación del *pan*, de los bienes materiales y de la riqueza, que se le presenta en dos direcciones: a) utilizar el poder religioso para resolver necesidades materiales; b) sacar bienes materiales del poder religioso y de la misión apostólica.

- Tentación del *prestigio* y de la *gloria*, en la escena del alero del templo. Es la invitación a utilizar a Dios y a la religión para obtener prestigio por medio de prodigios llamativos, con el fin de embaucar a la gente y realizar la misión apostólica con facilidad.
- Tentación del *poder*, la de los reinos del mundo. Es la propuesta de utilizar a Dios y a la religión para conseguir poder y dominio sobre el mundo. Ésta, que es la peor tentación, estaba presente en las anteriores, pero aparece ahora abierta y descaradamente: postrarse ante el dinero, la gloria o el poder, cuando *sólo* hay que postrarse ante Dios. Jesús se muestra más tajante si cabe.

La *colocación* de este pasaje tiene una gran importancia para comprender su significado. Está puesto *después del bautismo*, en el que Jesús recibe el Espíritu y es consagrado Hijo predilecto de Dios, y *antes de la vida pública*. De esta forma, esta página viene a ser una síntesis anticipada de toda la vida de Jesús y el contrapunto del brillante relato del bautismo, pues nos muestra que realizó su filiación igual que los demás seres humanos, es decir, en lucha contra las tentaciones, en sumisión a la voluntad de Dios, sin ventajas ni privilegios.

¿Pasó Jesús por estas tentaciones? Sobre este particular, el pasaje nos quiere decir lo siguiente.

- Jesús fue tentado como cualquiera de nosotros. Padeció tensiones ante las diversas vías de realizar su misión más cómodas, fáciles y brillantes que la que correspondía a la voluntad de Dios. Recibió ofertas tentadoras, que parecían buenas pero no iban con el querer de Dios. El encontronazo que tuvo con Pedro (Mc 8,32-33) es un caso claro de esto último. Posiblemente, las sugerencias principales fueron dos: reservarse en la entrega y el compromiso y optar por un mesianismo más brillante (lo de hacerle rey, etc.).
- Jesús no gozó de ventajas y privilegios, sino que tuvo que bajar a luchar en la arena, como cualquiera de nosotros. No tuvo medios materiales, poderes especiales ni prodigios extraordinarios; su mesianismo no fue

espectacular, como esperaban los judíos. Esto se ve a todo lo largo de los evangelios, aunque a veces aparezca envuelto en prodigios. Tuvo que buscar, decidir, arriesgarse y luchar como cualquiera de nosotros. No tuvo garantías y seguridades. No sabía con claridad su camino. Y muchos le dieron la espalda.

- Fue Hijo de Dios en su condición humana, débil y pequeña, en tentación, prueba y sin ventajas.
- Todo esto, tan llamativo, lo afirma claramente el pasaje. El uso en condicional del título de Hijo de Dios (“si eres...”) tiene un claro significado afirmativo (“ya que eres”), que sugiere honores, ventajas y privilegios. Pero el pasaje nos muestra que no fue así, sino todo lo contrario: menos ventajas que nosotros y más dificultades. La culminación de sus pruebas fue la pasión y muerte en cruz, como los indeseables de baja condición. El texto paralelo del evangelio de Lucas alude a ello cuando dice, al final del relato, que “el diablo se marchó hasta su momento” (ver Lc 4,13). Su momento fue el de la pasión y muerte de Jesús. En ese momento, venció el demonio, aparentemente.

En este pasaje encontramos *tres grandes enseñanzas* para nosotros:

- Nos dice cuáles son *los caminos de Dios* para extender el Evangelio y construir su Reino: no los de la facilidad, sino los de Jesús.
- Nos muestra *las grandes tentaciones de la Iglesia y de los cristianos*, especialmente de las jerarquías y de cuantos tienen peso en la Iglesia o en la sociedad: la riqueza, la gloria, el poder. Las tres tienen en común la utilización de Dios en provecho propio y la cobertura religiosa para conseguir otros objetivos, personales o políticos.
- Nos enseña, por el comportamiento de Jesús, *cómo hemos de enfrentarnos a las tentaciones* y vencerlas: en primer lugar, debemos hacerlo *con la fuerza de Dios* y de su Palabra. Jesús responde a cada tentación con la Palabra de Dios. No se trata de tener en cada caso una frase de la Biblia en la boca, sino de recurrir a Dios y a

su Palabra. Y, en segundo lugar, hemos de enfrentarnos a ellas *desde el primer instante*, con energía, sin parlamentar con el enemigo. Tal es la firmeza que vemos en Jesús.

Fijarse en estas palabras: “desierto” (1); “si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes” (3); “no sólo de pan vive el hombre” (4); “el alero del templo” (5); “si eres Hijo de Dios, tírate abajo” (6); “no tentarás al Señor, tu Dios” (7); “le mostró todos los reinos del mundo” (8); “te daré todo esto si te postras y me rindes adoración” (9); “vete, Satanás” (10); “al Señor, tu Dios, rendirás homenaje y a él sólo” (10).

Verdadero hombre, verdadero Dios

HJO DE DIOS

¿Jesús era Dios? Dos soluciones fáciles, pero incorrectas

Este capítulo es continuación del anterior. Al estudiarlo, nos hemos dado cuenta de que Jesús es una persona muy profunda, imposible de clasificar. Muchas veces nos preguntamos asombrados: “Pero ¿quién era aquel hombre? ¿Era Dios?”. El mismo asombro experimentaban los primeros cristianos, y ellos también se preguntaban: “¿Quién será éste?” (Lc 8,25). Igual que nosotros, ellos tenían necesidad de dar respuesta a esa decisiva pregunta. Y, conducidos por el Espíritu Santo, evitaron dos soluciones que son fáciles, pero incorrectas.

Primera solución fácil

Decir que Jesús era Dios y que su humanidad –cuerpo, psicología, carácter, etc.– era solamente apariencia. Según esta teoría, Jesús era Dios revestido de carne humana. Las falsas explicaciones sobre la sabiduría y el poder de Jesús, que hemos criticado en el capítulo anterior, pertenecen en mayor o menor grado a esta primera solución.

Es realmente llamativo que la primera herejía o error importante acerca de Jesús no consistiera en negar su divinidad, sino en negar su humanidad plena. Quizás porque así es más fácil evadirse de las exigencias que nos plantea el compromiso de Jesús y refugiarse en una religión espiritualista. Los datos de los evangelios, sobre todo la cruz, contradicen completamente estas ideas.

La Iglesia condenó esta herejía. Pero muchos cristianos mantienen más o menos inconscientemente la imagen de un Jesús deshumanizado, en quien lo humano apenas existe o al menos queda reducido a un factor de segunda categoría. De esta forma, falsean la imagen de Jesús y lo hacen incapaz de servirnos de modelo, cosa que logran también ciertos movimientos orientalistas, astrales y esotéricos, al transformarlo en un extraterrestre. Pero, además de esto, le arrebatan a Jesús su función de revelador de Dios, puesto que le aplican la idea de Dios que ellos tenían formada de antemano.

Segunda solución fácil

Decir que Jesús era solamente hombre o bien un ser intermedio entre Dios y el hombre, como hacen los testigos de Jehová. La Iglesia condenó también esta segunda solución, porque no explica el misterio que vemos en Jesús, sobre todo su estrechísima relación con Dios, que es un dato fundamental de los evangelios.

Es cierto que en los evangelios hay ciertas expresiones que dan pie para pensar en un ser inferior a Dios. Pero hay otras que nos revelan la unión total entre Dios y Jesús como hijo y como revelación total de Dios. Un Jesús intermedio pierde al mismo tiempo la divinidad y la humanidad. Un Jesús sólo hombre, aunque sea extraordinario, incluso Mesías y enviado de Dios, no da la explicación del Jesús que sale en el evangelio y el Nuevo Testamento, por ejemplo en Mt 11,25-27; en Jn 1,1-18; 3,16; 5,19ss; 6,67-68; 10,30; 14,8-11,23; 17,5, etc.; en Pablo, Flp 2,6-11; Col 1,15-20, etc.

La solución difícil

Los cristianos de los primeros siglos, después de largos diálogos y discusiones, no siempre suaves, unieron ambos extremos –“verdadero hombre, verdadero Dios”– con la denominación de *Hijo de Dios*. La palabra “hijo”, lo mismo que “padre”, es analógica o semejante, o sea, sólo una expresión aproximativa, y a la vez lejana, de su realidad, puesto que no se trata de una filiación física, como decían de sus héroes las mitologías paganas. Esta denominación triunfó entre otras muchas que se le fueron

dando a Jesús porque expresa mejor que ninguna otra el significado profundo de su persona. ¿Qué es lo que afirmamos con este título?

- a) Afirmamos que el hombre Jesús de Nazaret es la *imagen* perfecta de Dios, su *enviado* definitivo y su *palabra*.
- b) Afirmamos, por lo tanto, que en la persona de Jesús, no sólo en sus palabras, sus hechos y su misión, sino *en su persona*, se nos ha hecho presente por completo el mismo Dios: su rostro, su proyecto sobre el mundo, su voluntad y sus caminos. Para expresar esta presencia utilizamos varias palabras significativas, como revelación y encarnación.

- *Revelación*: quien ve a Jesús, ve a Dios.

- *Encarnación*: en Jesús, la Palabra o Verbo de Dios se ha hecho carne.

Éstos y otros conceptos encuentran su síntesis más perfecta en la denominación *Hijo de Dios*, que los abarca a todos.

- c) Afirmamos, pues, que hay una vinculación *estrecha* y *única* entre Dios y Jesús. De forma que, por un lado, no podemos conocer a Dios sin Jesús, pero, por otro, desde ese Dios así conocido, conocemos también a Jesús de otra manera, no sólo como hombre, sino como Hijo de Dios. “Quién es el Hijo, lo sabe sólo el Padre; quién es el Padre, lo sabe sólo el Hijo y Aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10,22). Jesús es el Hijo de Dios, que procede del mismo Dios y es igual a él.

Un gran misterio salvador

Sin embargo, no podemos identificar al Hijo de Dios con Dios Padre, porque el Nuevo Testamento los distingue, como veíamos en la cita anterior. Por eso no llamamos a Jesús Dios, sino Hijo de Dios. El Padre no es el Hijo ni el Hijo es el Padre.

Esto nos introduce en un misterio mucho más profundo todavía, que es el de la Trinidad. Dios, siendo uno, es a la vez comunitario. Pero no pensemos en la Trinidad como un miste-

rio abstracto, alejado de nuestra historia, que sólo sirve como objeto de especulación para los teólogos. Pensemos en la Trinidad con referencia a nuestra salvación.

Nosotros hemos conocido el misterio de la Trinidad desde la salvación que ha traído Jesús al mundo, y especialmente desde la cruz. La vida de Jesús, su acción y sus palabras, especialmente su cruz, nos han desvelado quién es Dios, cómo es Dios, cómo ama Dios al mundo, y nos han revelado al que hoy llamamos Hijo de Dios, palabra viva de Dios para nosotros, que procede del Padre y es igual al Padre, uno con Él, en una relación de amor absoluto, junto con el Espíritu Santo.

Podemos también formularlo con la frase siguiente: *Dios se nos revela por medio de su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo*. Es decir, el Espíritu Santo que viene a nuestro interior nos revela que Jesús es el Hijo de Dios y, a través de éste, conocemos al Padre.

Este conocimiento no es sólo intelectual, sino vital, porque nos hace seguidores de Jesús y nos vincula con él como *los sarmientos con la vid* (Jn 15,1). Nos vincula también, por lo tanto, con Dios Padre y con el Espíritu Santo. Por eso somos hijos de Dios con y en Jesús. Ahí está la raíz del *nuevo nacimiento*, esa criatura nueva y luminosa que estamos llamados a ser cada uno de nosotros.

En resumen, *Hijo de Dios* significa imagen, enviado, Palabra de Dios, y, por lo tanto, revelación y encarnación de Dios para nuestra salvación. Desde esta salvación de nuestros pecados que experimentamos con Jesús, nos volvemos a Dios-Padre, Dios-origen y Dios-Amor, unido a Jesús como Padre e Hijo, e infinitivamente más, porque estas palabras son puramente analógicas, en las cuales la semejanza es siempre muy inferior a la desemejanza o diferencia. Esto nos adentra en el gran misterio de la Trinidad, que no es un misterio teórico, sino salvador, sobre todo desde la cruz.

Hijo de Dios crucificado

Realmente hemos ascendido muy arriba y hemos descendido muy abajo, a la altura y al abismo de Dios. La denominación *Hijo de Dios* nos ha conducido al interior del misterio

trinitario. Pero debemos volver a nuestra tierra para caer en la cuenta de que ese título, inmenso y sorprendente para un hombre, se da a un *crucificado*, es decir, a un hombre que fue ajusticiado con la pena que se aplicaba solamente a los esclavos y a la gente baja, y que murió entre dos malhechores. ¿Cómo se explica esto? ¿Qué nos dice la palabra “crucificado” al lado de la denominación gloriosa de *Hijo de Dios*?

a) La palabra “crucificado”, puesta aquí, nos recuerda que la filiación divina de Jesús no le saca fuera de la humanidad; que esa filiación no se realiza ni fuera ni debajo ni encima de su condición de hombre, sino en lo humano mismo.

Un crucificado no es ningún extraterrestre ni superhombre, sino un hombre real, que bebió el cáliz de la condición humana hasta la última gota. Por lo tanto, no hay oposición entre lo humano y lo divino de Jesús. No vale preguntar: ¿Hombre o Dios? La afirmación de su humanidad no va en detrimento de su filiación divina, ni viceversa. Al contrario, para ser realmente Hijo de Dios, ha de ser verdaderamente humano; si disminuimos lo humano de Jesús, disminuimos también lo divino.

b) Esa palabra nos recuerda, en segundo lugar, que la humanidad del Hijo de Dios no es una humanidad cualquiera, sino una humanidad *maltratada*, derrotada y difamada. Es la humanidad más pobre que podamos imaginar; una humanidad que recoge lo más dolorido, lo más despreciado, lo más bajo de lo humano. Con ello penetramos –más allá del misterio– en la ilógica de Dios.

c) El *Hijo de Dios crucificado* nos revela que Dios no sólo es un profundísimo misterio, sino que además es *ilógico*, es decir, no encaja con nuestra lógica. La crucifixión del Hijo de Dios no cabe en nuestros esquemas mentales. Entraría en nuestra lógica un Hijo de Dios honesto, amoroso, comprometido, sacrificado al máximo, dispuesto a todo, pero vencedor ya en esta vida, sin esperar a la resurrección. Entraría también en nuestra lógica un Hijo de Dios que, además de esas características, fuera amigo y compañero de gente culta, adornado con la consideración social e influyente. Pero un Hijo de Dios

crucificado, derrotado y humillado no cabe en nuestra cabeza.

Los discípulos de Jesús tampoco lo entendían, como se ve en los anuncios de la pasión puestos en boca de Jesús a lo largo de los evangelios. En uno de ellos, dice el evangelista: "Ellos no entendieron nada de aquello: aquel lenguaje seguía siendo un enigma para ellos y no comprendían lo que les quería decir" (Lc 18,34).

Dos datos

Dos pequeños datos nos ayudan a captar la ilógica y la vergüenza que podía producir en aquella época la simple idea de un líder crucificado.

Primer dato

Lo conocemos por uno de los capítulos anteriores. Es un dibujo nada artístico, pero muy significativo, encontrado entre los restos arqueológicos del cristianismo antiguo. Podría ser el dibujo de algún escolar. Aparece una cruz y, colgado de ella, un burro crucificado o un hombre con cabeza de burro. Al pie del dibujo figura esta leyenda: "Anaxameno adora a su Dios".

Segundo dato

Casi cien años antes de la muerte de Jesús, el gran orador romano Cicerón afirmaba que la cruz ni siquiera debía nombrarse entre ciudadanos romanos, por ser la más cruel y la más vergonzosa de las penas de muerte. ¿A quién se le podía ocurrir la idea de un *Hijo de Dios crucificado*? ¿Quién podía tener la extraña idea de montar una nueva religión sobre esa imagen?

El mayor escándalo

Con lo anterior, vemos que el escándalo mayor del cristianismo no está en que un tal Jesús de Nazaret sea venerado como Hijo de Dios, sino en que *el Hijo de Dios sea un crucificado*. Los dos datos anteriores nos lo muestran. Cualquier hombre moderno experimenta el mismo choque, si lo piensa

un poco. Un famoso maestro del budismo-zen ha dicho: "Cada vez que veo la imagen de Cristo crucificado, no puedo por menos de pensar en el abismo que media entre el cristianismo y el budismo".

La cruz es lo más indigesto, lo más escandaloso del cristianismo. Lo mismo que los discípulos y primeros cristianos, Pablo experimentó también el escándalo; primero el suyo propio, luego el de la gente a la que anunciaba el Evangelio. Y lo plasmó en sus cartas de mil maneras; por ejemplo, en estas dos frases impresionantes: "Jesús se hizo por nosotros un maldito" (Gal 3,13); anunciar a un Hijo de Dios crucificado es "un escándalo para los judíos, una locura para los paganos" (1 Cor 1,23). Pero ahí mismo encontraba el mayor motivo de fe, porque semejante Evangelio no puede ser obra humana ni, mucho menos, extenderse como se ha extendido.

De pronto, el título de Hijo de Dios se nos ha vuelto tan humano, tan cercano, tan poco glorioso, que nos deja totalmente desconcertados. ¡Humano hasta lo doloroso, lo humillante y lo ilógico! ¡Humano hasta lo incomprensible! En esa cruz han tenido cabida todos los dolores y desgracias humanas, todas las luchas y todas las esperanzas, desde los esclavos hasta los oprimidos, los marginados y los revolucionarios. Quizás sea ésa la razón de su fuerza. La ilógica de Dios se revela como más sabia y potente que la lógica humana. "*Nos obligas, Jesús, a cambiar todos nuestros esquemas.*" Pero ahí mismo, precisamente en ese abismo profundo, se nos revela también lo más grande y específico de Dios, la revelación trinitaria, de donde parte y adonde llega nuestra salvación, que es la que nos ha enseñado todo este misterio.

CUATRO CONCLUSIONES

Los títulos mesiánicos quedan completamente transformados

¿Por qué no entendían los discípulos la idea de un *Mesías crucificado*? Porque son dos palabras opuestas para el sentido común, que nunca pueden ir juntas. Las juntó Jesús con su vida, y eso ha trastocado nuestra lógica religiosa. Todos los

títulos de Jesús han quedado completamente modificados por la cruz.

- ¿Profeta? Sí, pero un profeta que grita desde la cruz.
- ¿Enviado de Dios? Sí, pero un embajador de Dios que carece de ventajas, y no tiene otras credenciales que la de operar como cualquier mortal, sin poderes especiales, con sólo la fuerza de su amor.
- ¿Mesías? Sí, pero no un guerrero triunfador, sino el Mesías de los pobres y de la cruz, que triunfa por el amor y el compromiso.
- ¿Señor? Sí, pero un señor que se pone él mismo el delantal para servir; que lava los pies y se hace el esclavo de todos.
- ¿Hijo de Dios? Sí, pero un Hijo de Dios crucificado que aprendió su oficio subiendo a la cruz y haciendo fraternidad con los pequeños, con los inútiles y los indignos, para salvarnos así a todos; y desde esa salvación crucificada y resucitada, nos reveló al Padre y al Espíritu.
- Entre esos pequeños hemos de incluir a las mujeres, que eran personas de segundo orden en aquel tiempo –mucho más bajas que hoy en día– y que, sin embargo, fueron las únicas que estuvieron presentes en la crucifixión y las primeras testigos de la resurrección. También en esto Jesús transformó las cosas.

De esta forma, lo que eran títulos de nobleza de una sociedad conservadora –como profeta, mesías, señor, hijo de Dios– se convirtieron en *títulos provocativos* contra los poderes y las clases dominantes de todos los tiempos y en *títulos evocadores* de un Dios distinto y de una sociedad nueva.

Dios es distinto de lo que creíamos

En la cruz han muerto, junto con nuestros esquemas religiosos, todos los dioses falsos: los que tenían los paganos y los que tenemos los cristianos; los que afirmamos los creyentes y los que niegan los ateos. No sólo han quedado muertos los dioses más bastos (el dios *Dinero*, el dios *Explotación*, el dios *Poder*, el dios *Fama*, el dios *Prestigio Social* y otros semejantes), sino otros

dioses más refinados, como el dios *Indiferente* y *Lejano* de los filósofos; el dios *Lógico*, afirmado o negado por la razón; el dios de la *Ley*, que llevó a Jesús a la cruz; el dios *Conservador* de los grupos dominantes; el dios puramente *Religioso* y puramente *Divino* de esos mismos grupos y de todas las gentes interesadas; el dios *Presentable* de las personas sensatas... En la cruz se han roto nuestros esquemas y nuestros dioses.

¿Y quién ha aparecido? Ha aparecido Aquél que baja a la *arena del mundo* a sufrir con los que no tienen salida y a luchar con los que buscan una salida para todos. Ha aparecido Aquél a quien Jesús llamaba *Abba*, “papá”: el Dios *Cercano*; el Dios que sólo sabe amar y que ama *gratis*; el Dios *Desconcertante*, que ama y acoge a todos; el Dios *Escandaloso*, que, para sacar adelante a todos, toma partido, escandalosamente, a favor de los de abajo, los pobres, los pecadores y los desgraciados; el Dios que juzga a cada uno según su grado de amor; el Dios, en fin, que nos muestra que todos somos pecadores, y más que pecadores, idólatras, porque adoramos a los dioses explotadores del Dinero y el Poder y a los dioses sensatos de la razón, la lógica, la conservación, la sola religión y la sociedad bien establecida.

La cruz nos obliga a matar a todos los dioses para buscar al único Dios que nos saca de la esclavitud y la ceguera de los falsos creyentes y de los ateos. Jesús, desde la cruz, es el único que puede ponernos en contacto con Él. Desde la cruz nos invita a entablar con su Padre relaciones de amistad, amistad sin reservas, amistad de todos los días y todas las horas, incluso las horas negras del pecado. Y más que relaciones de amistad, relaciones de hijos adultos, como las de él, que ha subido a la cruz para hacernos también a nosotros hijos de Dios. Realmente, Dios es distinto de lo que habíamos pensado.

El ser humano también es distinto de lo que creíamos

Nos habíamos propuesto conocer a Jesús, pero él nos obsequia con un regalo inesperado: nos revela el verdadero rostro de Dios: “Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y *Aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar*”. Pero aún nos hace otro gran regalo: nos revela al ser humano; nos muestra el valor de cada hombre y de cada mujer.

Sí, la medida y la talla de cada ser humano la da Jesús, y no la filosofía, ni la ciencia, ni la psicología de la autorrealización. Si uno de nosotros, llamado Jesús de Nazaret, es el Hijo de Dios, todos y cada uno de los seres humanos estamos destinados a llegar a ser hijos de Dios porque hemos recibido la capacidad de “reproducir los rasgos de Jesús” y hacernos “sus hermanos” (Rom 8,29). He aquí la gran revelación acerca del ser humano.

No somos, pues, ese ser rastrero que aparece muchas veces en nosotros; ese amasijo de envidia, soberbia y pasiones incontroladas. Somos semilla de hijos de Dios. Y lo somos comunitariamente, porque Jesús vino a formar, con todos los seres humanos, la comunidad de sus hermanos, la comunidad de los hijos de Dios (Jn 11,52). Ésta es nuestra medida, personal y comunitaria. Por eso cada ser humano, incluso el más pobre, deteriorado o degradado, es alguien *único, insustituible e inmanipulable*, y tiene todos los derechos del más considerado de los humanos. Más aún, en esos seres más pobres, deteriorados y degradados se manifiesta de forma especialísima el rostro del Hijo de Dios crucificado, y por ellos se medirá nuestra autenticidad cristiana, como dice la parábola del juicio final (Mt 25,31-46).

Ahora se aclaran muchas cosas. No hay oposición entre lo divino y lo humano. No se abaja a Dios por ensalzar al ser humano, sino todo lo contrario. La gloria de Dios está en que el ser humano viva, y viva plenamente. El culto de Dios consiste en dar culto al Hijo de Dios y a todos los hijos de Dios. El servicio a Dios se realiza en el servicio a los hijos de Dios. El amor a Dios es falso cuando no pasa por el amor a los hijos de Dios. El verdadero cristianismo consiste en comprometerse por el Reinado de Dios, que es el bien del ser humano. Sí, es verdad: el Hijo de Dios crucificado nos revela nuestra medida. El ser humano, todo ser humano, es mucho más de lo que creíamos: tiene valor infinito.

Para acabar, volvamos al centro

El *eje y motor* de Jesús está en la pasión por el Reinado de Dios, como veíamos en el capítulo anterior. Y esto es así porque, al ser el Hijo de Dios, es también el mayor de una multitud de

hermanos, formada por toda la humanidad. El eje y motor del cristiano debe ser también, en unión con Jesús, el Reinado de Dios, por encima de otros aspectos que no deben despreciarse, pero que deben colocarse en su debido lugar.

El Reinado de Dios está ligado fundamentalmente a los pobres, marginados, descreídos y pecadores, por varias razones: porque así lo vivió Jesús; porque, en la cruz, Jesús quedó reducido a uno de ellos; porque ellos nos muestran los puntos oscuros del Reinado de Dios y sus vías de realización. Los pobres no son, pues, un punto más del Evangelio, sino el punto central, por estar totalmente ligados a Jesús. En consecuencia, el eje y motor del cristiano deben ser *Jesús y los pobres*, Jesús y el Reinado de Dios en el mundo, Jesús y la justicia solidaria para todos.

Jesús *aprendió* el oficio de Hijo de Dios en el compromiso, en la oposición y en la cruz. La cruz nos revela la profundidad de la filiación divina de Jesús: *Hijo de Dios crucificado*. También nosotros, que estamos llamados a hacernos hijos de Dios con Jesús, aprenderemos y realizaremos la medida de nuestra vocación, en el seguimiento de Jesús crucificado y resucitado, especialmente a través del compromiso total con el Reinado de Dios.

TEXTOS BÍBLICOS

Lc 15,1-7

Este pasaje consta de dos partes: una introducción (v. 1-2) y la parábola (v. 3-7).

La introducción. Vale para las tres parábolas del capítulo y tiene una gran importancia porque nos aclara el significado profundo de las mismas. Para entender el hilo de la argumentación, conviene fijarse en el v. 3. Resulta que Jesús anda rodeado de gente mala (publicanos y pecadores). Los *buenos* (fariseos y letrados) le critican por ello. Su argumento es muy sencillo, como se ve en otras partes del evangelio: Si éste fuera un profeta de Dios, no andaría con esa gente (ver Lc 7,39). Y aquí viene el v. 3: “Entonces, les propuso Jesús esta parábola” y las dos siguientes que hablan de la misericordia de Dios. En resumen: estas tres parábolas están puestas aquí para *justificar*

el extraño comportamiento de Jesús, que se hace cercano a los más indeseables. Y su justificación consiste en mostrar que Dios es cercano y misericordioso con esa gente y que, por eso mismo, lo es también él. Es, pues, una introducción muy importante.

La parábola. Recarga deliberadamente algunos puntos para llamar la atención. Uno de ellos es el de las cien ovejas. El oficio de pastor estaba considerado una profesión deshonrosa, profesión de *pecador*. Pues bien, en la parábola ese pastor es dueño de cien ovejas, cantidad importante para aquel tiempo. Otro punto llamativo es el de abandonar las noventa y nueve ovejas, cosa contraria a la costumbre si no quedaba al cuidado de ellas otro pastor de la misma dehesa. Al poner estos dos datos llamativos, uno exagerado y el otro contrario a la costumbre, la parábola pretende acentuar el interés de Dios y de Jesús por los perdidos y los pecadores.

El *centro* de la parábola es el perdón, la rehabilitación y la alegría de Dios (v. 7). Dios no es lejano y justiciero, sino cercano y amigo de los pecadores y mal vistos. Los ama incondicionalmente y busca para ellos vida y dicha plenas. Jesús, también: es el Mesías del perdón, del amor, de la salvación y de la alegría. Es el Mesías de los pecadores, los mal vistos y los pobres. Su amor es universal, pero no neutral; para alcanzar a todos, opta por los mal vistos, los pecadores y los pobres. La figura del pastor que lleva sobre sus hombros la oveja perdida es la viva imagen de Jesús.

Se pueden destacar las siguientes palabras: “Recaudadores y descreídos solían acercarse en masa para escucharlo” (10); “entonces les propuso esta parábola” (3); “¿no deja las noventa y nueve?” (4); “se la carga en los hombros” (5); “reúne a los amigos (6); “dadme la enhorabuena” (6); “lo mismo pasa en el cielo” (7); “da más alegría un pecador que se convierte” (7).

Lc 13,10-17

El compromiso de Jesús con los pobres, pecadores, dolientes y marginados aparece a lo largo de todo el evangelio. Elegimos como ejemplo un relato entre otros muchos. Este pasaje contiene además dos enseñanzas importantes: la condena del legalismo y la primacía del amor sobre la ley.

El compromiso de Jesús

Está en las circunstancias del hecho: curación en sábado y en la sinagoga. Su conducta resulta una provocación, como se ve por la fulminante reacción del jefe de la sinagoga; reacción lógica, si pensamos que a Jesús le bastaba haber esperado al día siguiente. El evangelista no se detiene en el aspecto prodigioso de la curación. El problema del milagro, tal como nos lo planteamos hoy en día, no existía en aquel momento. Simplemente, una curación realizada de esta forma era para ellos un signo de Dios. Pero los hechos maravillosos no dan automáticamente fe, como se ve en la reacción del jefe de la sinagoga. Hace falta, simultáneamente, *verlos con fe*.

La enfermedad de la mujer se atribuye a un espíritu o demonio, según la creencia de la época. Nosotros no podemos verificar tampoco ese punto. Pero sí podemos ver, en esta actuación de Jesús, no sólo la ayuda a un necesitado, sino, además, la lucha contra el mal y la lucha contra el legalismo. Con estos datos, el compromiso de Jesús aparece en toda su dimensión. Su doble acción –aplicarle las manos y decirle palabras liberadoras– nos sugiere abiertamente la liberación del pecado y de la opresión social. Este comportamiento le acarreó gravísimas consecuencias.

La condena del legalismo

Este punto queda perfectamente claro en la argumentación de Jesús. Si en sábado se puede desatar a un animal para llevarlo a abreviar, ¿con cuánta más razón se puede desatar de sus cadenas a una persona! La palabra “hipócritas” remacha desde el principio toda la argumentación. En otro lugar Jesús dirá que la ley está al servicio del ser humano, y no viceversa (ver Mc 2,27-28). El legalismo queda condenado sin paliativos. La fuerza de la argumentación de Jesús queda subrayada por la frase final: sus adversarios se abochornaban, la gente se alegraba (v. 17).

Pero en esta argumentación merece destacarse otro dato: todo el lenguaje es de *liberación*. “Satanás la ató”, “había que soltarla de su cadena” (v. 16). El gesto liberador de la curación queda confirmado por la argumentación final. Jesús vino a traer la liberación del pecado y de la opresión. La fe en Jesús

es más que una religión: es un movimiento mesiánico de liberación plena –pecado y opresión–, en el que el sábado queda supeditado al servicio liberador del ser humano.

La primacía del amor

Aparece en el compromiso de Jesús y en su argumentación. La referencia a la persona humana que antes destacábamos acentúa también la primacía del amor, sobre todo cuando la persona es doliente y oprimida, como en este caso.

Lc 8,19-21

En este pasaje, el evangelista ha querido subrayar la necesidad de realizar la Palabra de Dios y no quedarse en el mero conocimiento de la misma. Esta intención se ve claramente en dos datos: primero, escuchar el mensaje de Dios y ponerlo por obra; segundo, la colocación del pasaje después de la parábola del sembrador, que nos dice que “la semilla es el mensaje de Dios” (v. 11).

Así pues, el pasaje tiene una orientación clara que podemos resumir en la frase siguiente: No basta escuchar la Palabra de Dios. Es preciso ponerla en práctica. Los que tal hacen son los verdaderos parientes de Jesús.

Pero este pequeño pasaje encierra mucha riqueza y sugiere otros datos y enseñanzas de gran interés.

- Nos manifiesta las dificultades de Jesús con sus parientes, que no le entendían. Lucas suaviza este punto; Marcos lo pone más duro.
- Muestra la fe de María, que se sostuvo y creció en oscuridad hasta el Calvario y la Pascua. Es de suponer que le dolieran las palabras de Jesús, que, además, no parece hacerle caso.
- Desvela también el misterio personal de Jesús, que sólo se casó con la voluntad de Dios y con la Iglesia que nacía en sus primeros discípulos. El celibato de Jesús es expresión de su entrega radical al Reinado de Dios.
- También vemos en este pasaje el amor universalista de Jesús, que supera los lazos de parentesco y patria.

A nosotros nos interesa destacar especialmente su entrega radical al Reinado de Dios. En efecto, este breve pasaje deja claramente al descubierto que el eje y motor de Jesús era la voluntad de Dios, el Reinado de Dios. Ni los lazos de sangre cuentan para él. En los otros dos sinópticos, ante el anuncio de que su madre y parientes le buscan, reacciona casi con ira: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” (Mc 3,33). Él vive únicamente para llevar adelante el proyecto de Dios. No le interesa nada más que el Reinado de Dios. Por eso sus verdaderos parientes son los que están igualmente orientados a la voluntad de Dios. Incluso María será dichosa no por ser su madre, sino por su fe y por poner en práctica la Palabra de Dios (Lc 1,45; 11-27-28).

Vemos, pues, que el único absoluto de Jesús era Dios y su voluntad; que el Reinado de Dios era el *eje y motor* de su vida, y que era un apasionado de ese Reinado y, por tanto, de los pobres.

El país de Jesús

DESEOS DE JESÚS

El entusiasmo de Fernando

Fernando es un muchacho de diecinueve años que acaba de recibir el sacramento de la confirmación hace unos meses. Ha venido a mi grupo de posconfirmación con otros amigos y amigas para ver lo que hacemos. Porque está empeñado en seguir a toda costa en un grupo de vida cristiana. El último año de preparación a la confirmación le ocurrió una cosa muy extraña: se encontró con él. "Sí, con él, con Jesús. Yo lo sentía como si lo estuviera viendo, era una cosa rara. Pero es verdad."

Nos quedamos asombrados. Habían venido a que les contáramos nuestra experiencia, pero ahora eran ellos los que nos comunicaban la suya. Y lo hacían muy bien. Los nuestros habían narrado sus actividades y reuniones. Ellos tuvieron poco que contar de eso. Pero cuando el catequista del grupo receptor les preguntó cómo experimentaban la fe y qué era lo que más les impulsaba a continuar, hablaron con sinceridad juvenil y dijeron cosas bastante personales. Nos dieron más de lo que les dimos nosotros.

Fernando fue el que más interesó al grupo receptor. Hablaba de Jesús casi como un enamorado. Nos decía que por la calle iba hablando con Jesús y hasta cantándole canciones espontáneas internamente. "No sé lo que pensará la gente que me cruza en las aceras, porque voy bastante abstraído." Le sentía a Jesús tan cerca que muchas veces estaba emocionado. Desde que tuvo aquel encuentro, le gustaba mucho andar solo.

El catequista hizo de *partera* con breves intervenciones de ayuda para que Fernando y sus compañeros nos comunicaran su interior. Aquello les valió también a ellos para aclararse. Uno del grupo receptor le preguntó si leía mucho los evangelios y si oraba con ellos. Arqueó las cejas y levantó los hombros como quien no tiene mucho que decir sobre el particular: "Conozco poco los evangelios. Quizás no nos han enseñado a sacarles gusto. Suelo hablar a Jesús de lo que me sale".

Otro, un poco mayor, le preguntó maliciosamente si tenía novia. La pregunta no parecía venir a cuento. Fernando esbozó una sonrisa y dijo: "Hubo algo antes, ya sabes, cuando empiezas. En este momento no hay nada. ¿Por qué me preguntas esto?".

La malicia de esta pregunta estaba en sugerir si aquella relación tan emotiva con Jesús no estaría sustituyendo a otra afectividad y si no se iría al carajo cuando ésta surgiera. Al irse los visitantes, comentamos aquel encuentro que nos había resultado más profundo de lo esperado. Habíamos recibido una lección de chicos y chicas más jóvenes que nosotros. El educador había captado la pregunta maliciosa y opinó que lo de Fernando no le parecía ni sustitutorio ni vacío. Pero él y todos estuvieron de acuerdo en que aquella experiencia no sólo era reciente, sino también poco sólida y que necesitaba, además del poso que da el tiempo, una base más firme en los evangelios, la catequesis y las lecturas, así como en la confrontación con la vida, la comunidad y la eclesialidad. Parecía una experiencia auténtica, pero necesitaba apoyo y formación. Lo cual no fue óbice para que el grupo de posconfirmación reconociera una diferencia notable, que le obligaba a replantearnos su futuro. Uno de los jóvenes la resumió así: "Nosotros estamos más centrados en el grupo, en la comunidad, y somos casi cuadrilla. Ellos, sobre todo Fernando, están más centrados en Jesús. Si nuestro grupo se rompe o alguno se descuelga, ¿qué pasa con su fe?".

Deseos de Jesús

Son muchos los que piensan que los comienzos han de ir por el conocimiento mutuo y el sentimiento grupal. A veces hay educadores que dedican a esta tarea muchos meses, hasta un

año. Pero estaba en lo cierto el joven de la última intervención: tarde o temprano, y mejor temprano que tarde, se ha de acentuar el encuentro con Jesús y la fe en él. El grupo de posconfirmación descubrió aquel día algo muy importante. Es realmente triste ver a grupos relativamente adultos insistir una y otra vez, tras uno o dos años de recorrido, en que lo principal es conocerse y formar el grupo. Uno se pregunta si lo que buscan determinadas personas en los grupos cristianos es solucionar la soledad de este mundo tan masivo como individualista. No es extraño que, tras varios años de vida grupal, se encuentren con que no les queda mucho más que un buen recuerdo.

Volvamos una vez más al centro de nuestra fe. Volvamos a Jesús. Esta catequesis insiste en el conocimiento de Jesús para que el encuentro en la fe no sea únicamente afectivo o ético y tenga un poco de solidez intelectual. Estudiaremos brevemente el país de Jesús para poder entender mejor los evangelios, que son la base principal del conocimiento de Jesús.

Para eso hace falta tener deseos de conocer a Jesús, y más todavía *deseos de Jesús*. "Quiero tener a Jesús. Quiero poseerle y ser poseído por él. No me contento con menos que con él. Todo lo demás me parece poco." He aquí la disposición ideal para realizar esta catequesis. Es el deseo de Jesús el que desarrolla las ganas de conocerle y motiva el esfuerzo consiguiente. El salmo 62 puede ser bueno para este momento. Si ninguna catequesis es un estudio seco, sino una especie de celebración sacramental, afectuosa y sentida, con más razón las referentes a Jesús. "*Mi alma tiene sed de ti*", dice el citado salmo. Ésta podría ser la oración que acompañe al estudio de esta catequesis: "*Mi alma tiene sed de ti. Cuando me despierto por la noche, te recuerdo. Mi ser entero se aprieta contra ti*".

TRES REGIONES PRINCIPALES

Mirando al mapa

Tomemos un mapa grande de la cuenca del Mediterráneo y fijémonos en un pequeño país llamado Palestina. Ahora, ya situados en el Mediterráneo, tomemos el mapa de la última página de este tema y observemos la distribución del país en

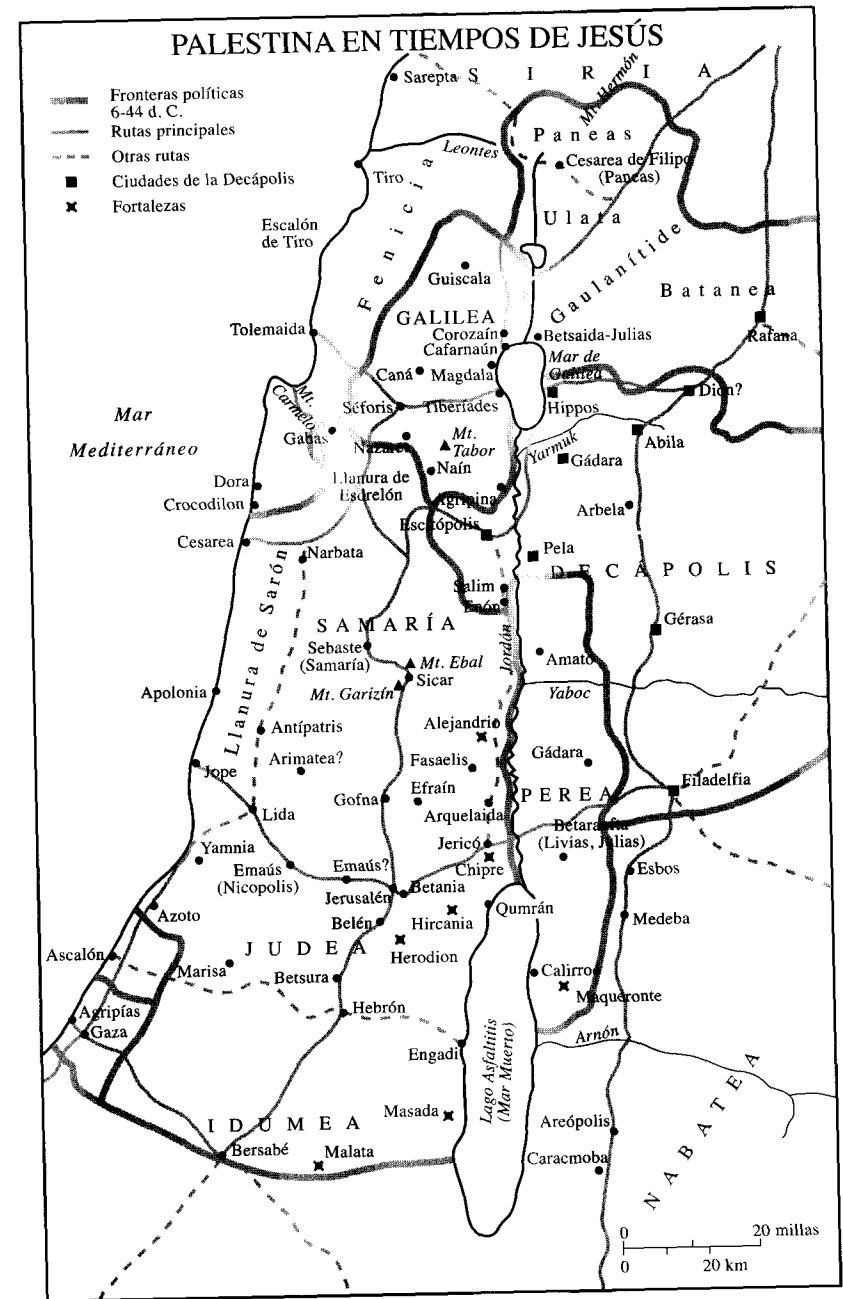
tiempos de Jesús. Encontraremos varias regiones citadas en el Nuevo Testamento, pero sólo tres de ellas puede decirse que son judías: de norte a sur, Galilea, Samaría, Judea. Al oeste tenemos el mar Mediterráneo; en medio, el río Jordán, que baja desde el monte Hermón hasta un lago cerrado, llamado mar Muerto, que está más bajo que el nivel del mar; a la derecha, unas regiones escasamente habitadas, porque el desierto va ganando terreno por falta de agua.

Samaría

Samaría está en el centro, entre Judea y Galilea. Un judío de Judea no hubiera llamado judío a un samaritano, y un judío de Galilea, tampoco. Había un contencioso sobre el origen realmente judío de los samaritanos. Quizás eran una mezcla. Pero lo más determinante era que tenían un templo propio en el monte Garizín (buscarlo en el mapa). Los demás judíos no se hablaban con los samaritanos y entre ambos grupos se negaban mutuamente el saludo en un país y una época donde la ceremoniosidad de los mismos los hacía interminables. Un galileo que viajara a Jerusalén estaba dispuesto a cambiar de ruta para no pisar este territorio *impuro* o pisarlo por la periferia. Veamos ahora Jn 4,5-9: la mujer reacciona con algo más que extrañeza ante las palabras de Jesús. ¿Comprendemos ahora la ruptura que suponía el hecho de que Jesús pasara por una ciudad samaritana y dirigiera la palabra a un habitante de Samaría que, además, era mujer? “Samaritano” era uno de los peores insultos que podían lanzarse los judíos entre sí. Lo podemos comprobar en Jn 8,48, donde le dirigen a Jesús ese insulto junto con el de “endemoniado”, dos acusaciones de parecida categoría.

Judea

Judea era árida y montañosa, y sólo tenía viñas, olivares y algo de ganadería. Era la zona más judía, por el templo, la tradición y la conciencia de sus habitantes. Muchas de las ciudades y pueblos citados en el Nuevo Testamento están en esta región; podemos verlas en el mapa: Jerusalén, Belén, Betania, Emaús, Jericó, etc. Jerusalén tenía unos 100.000 habitantes y vivía totalmente en torno al templo. Estaba poblada



por comerciantes, artesanos, funcionarios, y en ella residían también los grandes propietarios de tierras y la clase alta de laicos y sacerdotes.

Galilea

Galilea era una región más risueña y fértil que Judea. Además de los cereales, tenía importancia la pesca, que era el modo de vida de las ciudades costeras del lago de Genesaret. La mayor parte de los discípulos de Jesús eran de aquí, galileos y pescadores. Busquemos en el mapa este lago y, al norte del mismo, tres de esas ciudades: Cafarnaún, Corozáin, Betsaida. En ellas inició probablemente Jesús su actividad pública. En ellas, que eran bastante ricas en proporción al resto, experimentó Jesús la negativa de la gente mejor situada. La gran revelación que recibió de que el Reino de Dios pasa por los pobres nace del rechazo que sufrió en esas ciudades y de la acogida que le dieron en las ciudades pobres. Podemos comprobar este dato en Lc 10,13-21: cuando Jesús hace esa oración en voz alta, está refiriéndose a esas tres ciudades citadas en los versículos 13 y 15. En cambio, Tiro y Sidón, citadas en el v. 14, eran ciudades paganas, y por eso dice el texto que serán tratadas con más benevolencia en el juicio de Dios que las ciudades judías que no le escucharon.

En Galilea había bastantes extranjeros y la población estaba algo más mezclada con paganos que en Judea. Podemos ver en Mt 4,15 una cita en la que el profeta Isaías llama a esta región "Galilea de los gentiles o paganos". El acento de su lenguaje los delataba, como le ocurrió a Pedro cuando sus negaciones. Por éstos y por otros detalles, y sobre todo porque el templo estaba en Jerusalén, los habitantes de Judea miraban a los galileos con superioridad, sin dejar por eso de considerarlos judíos.

CLASES SOCIALES

Situación general: una pobreza de hambre

La situación general de Palestina en tiempos de Jesús era de una gran pobreza. La agricultura no era fuerte, y la otra fuente de dinero, el comercio religioso, no era precisamente un

medio de crear riqueza, aunque sí una forma de conseguir ganancias para los que administraban el templo.

Primer grupo: la clase alta

Estaba formada por los propietarios y la nobleza, que controlaba la economía del templo. La nobleza laica la componían los que el Nuevo Testamento llama "ancianos" o "senadores" (la Biblia Latinoamericana traduce "notables"), que tuvieron un peso decisivo en la condena de Jesús; la nobleza clerical la formaban esos que el evangelio denomina genéricamente "sumos sacerdotes" o "jefes de los sacerdotes". El pasaje de Marcos que indica la inflexión de Jesús hacia el pesimismo sobre su futuro si seguía su línea de compromiso (8,27-9,1), menciona en primer lugar a esos notables laicos entre sus opositores, después a los sumos sacerdotes y, finalmente, a los letrados o maestros de la ley. Y no cita a los fariseos, aunque entre ellos había quienes pertenecían a alguno de esos tres grupos.

Esta clase social era minoritaria.

Segundo grupo: suficiencia ajustada

El segundo estrato social, formado por los que tenían una situación de suficiencia modesta y ajustada, estaba compuesto por los que practicaban un oficio y poseían el correspondiente medio de trabajo: artesanos, pescadores, pastores, etc. Algunos discípulos de Jesús pertenecían a esta clase social, pues tenían barcas y redes (ver Mt 4,18-22). También la familia de Jesús podía estar en este grupo, pues su padre y él mismo son citados como carpinteros o artesanos. Parece ser que, poco antes de su nacimiento, había unos 18.000 trabajadores de estos en las grandes obras de restauración del templo emprendidas por Herodes, con sueldos aceptables para aquella situación.

Esta clase social era bastante más numerosa que la primera, pero mucho menos que la tercera y cuarta.

Tercer grupo: sin oficio

Esta clase social la formaban los trabajadores carentes de oficio, que se alquilaban cada día allí donde les dieran trabajo.

La parábola de los jornaleros de la viña hace referencia a este grupo de personas (ver Mt 20,1ss), que vivían en una pésima situación.

Cuarto grupo: los mendigos

Los mendigos –cuarto grupo social– eran muy numerosos. Vivían de lo que se les daba y muchos de ellos eran itinerantes. A ellos se sumaban los enfermos, para quienes no había asistencia pública. Ciertas enfermedades, como la lepra, obligaban a la marginación social.

Esta clase social y la anterior eran mayoritarias en el país, lo que significa que la mayor parte de la población era pobre y más que pobre.

Un grupo aparte: los esclavos

Los esclavos eran pocos en Israel. Su situación no era homogénea y no constituían propiamente una clase social. Los de familias pudientes podían gozar incluso de ciertas ventajas, aunque con falta de libertad. En general, la esclavitud en Palestina era más benigna que la de los romanos. Se caía en la esclavitud por endeudamientos progresivos, aunque existían esclavos de nacimiento.

Otro grupo aparte: los recaudadores

Estaban separados de la población. Era un grupo marginado, pero no de pobres. Se dedicaban a pagar las deudas de particulares y entes públicos a los propietarios o a los romanos, para luego cobrarlas a los deudores con grandes cargas. Lo hacían incluso a la fuerza, ya que contaban con poderes para ello. La existencia de recaudadores subalternos agravaba la capacidad opresora de este sistema, pues tenían que ganar para los jefes y para sí mismos. Los recaudadores eran odiados y marginados socialmente como colaboracionistas de los romanos y pecadores públicos. Jesús hizo distinción entre el sistema y las personas concretas y acogió a los que buscaban la rehabilitación. A causa de ello, fue muy criticado por las personas religiosas, que no concebían que un supuesto profeta

acogiera a gente pecadora, y menos aún comiera con ellos. También aquí Jesús rompió moldes y abrió puertas cerradas a cal y canto.

Un caso llamativo fue el de Zaqueo, que era jefe de recaudadores. Busquémoslo en Lc 19,1-10 y comprobemos cómo toda la gente hablaba mal de Jesús al ver que se dirigía a casa de ese hombre. Más sonado todavía debió de ser el caso de Leví o Mateo, al que Jesús eligió como discípulo directo o apóstol. La gente buena no pudo soportar que, además de haberle elegido, Jesús acudiera a un banquete organizado por él y sus amigos. Podemos verlo en Mc 2,13-17. Fue un formidable escándalo social que nos dice mucho sobre la actuación y la personalidad de Jesús

Conclusión

Puede decirse que la situación general de pobreza fue decisiva para la vocación de Jesús y su compromiso con el Reino de Dios. La compasión de la que hablan los evangelios debía de ser en él un estado permanente (ver Mc 6,34).

OCUPACIÓN ROMANA Y AUTONOMÍA JUDÍA

Dominación romana

En tiempos de Jesús, Palestina, tanto las provincias judías como las que no lo eran, estaba ocupada por los romanos. En el evangelio aparecen muchas referencias a ellos. A pesar de la aversión que provocaban los funcionarios y militares del Imperio, Jesús no dejó de acoger a las personas individuales y de ofrecerles su ayuda. Por ejemplo, el capitán cuya fe tanto alabó Jesús era romano (Mt 8,5-13).

El evangelio de Lucas, al comienzo de la actividad pública de Jesús, coloca un exordio solemne, como los buenos escritores de la época, y cita los nombres de los gobernadores de las regiones de Palestina. Podemos buscarlo en 3,1 y comprobar las regiones y los personajes. Se puede ver que en Judea, donde estaba Jerusalén, los romanos habían puesto como gobernador

a un hombre de ellos, un romano, Poncio Pilato, mientras que Galilea estaba gobernada por un reyezuelo de la región, probablemente originario de Idumea, hijo del cruel Herodes el Grande, llamado como su padre, que, por supuesto, dependía de los romanos.

La dominación romana era fuerte, pero era también pragmática, de forma que, con tal de mantener su dominio, los romanos no se entrometían en la organización interna de los judíos. Les bastaba mantener el control por medio de guarniciones militares, con un gobernador o reyezuelo, y cobrar los tributos, que percibían globalmente de cada provincia, donde los dirigentes debían recuperarlos luego de cada ciudadano. Podía haber unos tres mil soldados para una población de un millón y medio de habitantes.

La lucha contra los romanos: los zelotas

Frente a la ocupación romana, los judíos se dividían en dos grandes grupos: *los colaboracionistas* y *los antirromanos*. De éstos últimos había una minoría de *resistentes activos*, que pretendían liberar al país de la dominación extranjera. Actuaban mediante acciones puntuales semejantes –dentro de la distancia histórica y social– a las guerrillas de nuestro tiempo. Solían unir la causa nacionalista con la reforma social y religiosa del país, empezando por la clase alta de laicos y sacerdotes, que había perdido el espíritu religioso y estaba corrompida. Recibían el nombre de *zelotas* o celosos de la gloria de Dios.

La idea más extendida es que, en tiempos de Jesús, había una resistencia *armada*, pero algunos estudiosos niegan esta característica a los zelotas de esa época y la trasladan a la segunda mitad del siglo, en la que provocaron una revuelta general que fue reprimida violentamente por los romanos y acabó con la destrucción de Jerusalén y de su templo en el año 70.

El hecho es que Jesús tuvo entre sus discípulos más cercanos a un resistente zelota, como podemos comprobar en la lista de los apóstoles del evangelio de Lucas (6,12-16). Realmente, aquél debió de ser un grupo plural e incluso más que plural, con

un zelota, un recaudador, dos hermanos a quienes llamaba “Boanerges” –hijos del trueno– porque eran muy radicales... Jesús no eligió precisamente un grupo de amigos.

Nacionalistas

La mayoría de la población era nacionalista y estaba con los zelotas. Otra cosa es que actuaran o no. Como pasa ordinariamente en estas situaciones, veían con buenos ojos a los activistas, les apoyaban, pero se mantenían a la expectativa. Quizás en ellos influía también la idea de que la liberación vendría por una intervención directa de Dios.

Colaboracionistas

En el campo opuesto estaban los colaboracionistas, que aprovechaban la situación para enriquecerse y ascender socialmente. Entre ellos hay que contar a los saduceos, grupo de la aristocracia sacerdotal y laical, y a los herodianos, partidarios y cortesanos de Herodes. Justificaban su postura con el argumento de que el respeto y la sumisión al poder romano era la mejor forma de asegurar la paz y la libertad para la religión y las instituciones judías.

Gobierno judío

El pragmatismo al que antes aludíamos les llevaba a los romanos a tolerar la existencia de una autoridad judía sometida a su control y que les venía bien para solucionar determinados conflictos. El gobierno judío estaba formado por un grupo de setenta y dos personas que constituían el Gran Consejo. Dentro de él había tres subgrupos:

- a) *Los sumos sacerdotes*, miembros del alto clero pertenecientes al grupo social de los saduceos.
- b) *Los ancianos o senadores o notables*, igualmente miembros de la aristocracia y de los saduceos, pero laicos.
- c) *Los escribas, letrados o maestros de la ley*, una especie de teólogos judíos, la mayoría de ellos fariseos.

Al frente del Consejo estaba el sumo sacerdote primado; los siguientes en importancia eran el jefe y el tesorero del templo. Los romanos controlaban el cargo de sumo sacerdote primado: lo nombraban y lo deponían a su gusto.

GRUPOS SOCIALES

Una sociedad plural

El judaísmo del tiempo de Jesús era una realidad muy plural. Dentro de una común aceptación de la tradición y la Ley, había entre ellos posiciones variadas, que se traducían en una notable diversidad de grupos sociales. Los principales eran los siguientes: zelotas, herodianos, samaritanos, saduceos, fariseos, esenios, judíos de la Diáspora.

Los zelotas, los herodianos y los samaritanos ya han sido descritos en los apartados anteriores. Vamos a completar la información de los grupos sociales con la identificación de los otros cuatro grupos.

Saduceos

Eran el grupo social de la aristocracia sacerdotal laica y constituyeron la clase dominante del judaísmo hasta el año 70, en que se produjo la destrucción de Jerusalén y del templo. Entonces, los saduceos huyeron y tomaron el liderazgo los fariseos.

Los saduceos detentaban el control de templo y de las instituciones judías y eran además los dueños de gran parte de la tierra. Sus intereses los hacían no sólo conservadores, sino colaboracionistas de los romanos. Eran, pues, los dueños de la economía y los aprovechados de la situación política, y por todo ello poco religiosos, aunque controlaban la mayor parte del Gran Consejo.

De los libros de la Biblia sólo reconocían los cinco primeros –el Pentateuco, atribuido a Moisés–, pues las esperanzas mesiánicas de los profetas o cualquier otra idea religiosa que pudiera perturbar su situación no les interesaba en absoluto,

y mucho menos la utopía de una nueva sociedad. El pueblo les tenía mucha antipatía. Anteriormente ya hemos señalado su peso decisivo en la eliminación de Jesús.

Los fariseos

Eran un grupo fundamentalmente religioso, que se proponía el cumplimiento estricto de la ley y la renovación del judaísmo desde el legalismo riguroso. En su afán de cumplir escrupulosamente las más mínimas prescripciones, habían creado una larga reglamentación que debía servir para proteger el perfecto cumplimiento de la normativa bíblica: como si, para no transgredir nunca las indicaciones de los semáforos, pusiéramos cien metros antes, cada veinticinco metros, otros semáforos y normas de circulación. Aquello era poner normas sobre normas. Con la agravante de que esa normativa añadida iba confundándose con la Ley de Dios, porque le daban la misma importancia que a ésta.

Los fariseos aparecían como muy religiosos, y esto les daba un gran ascendiente sobre el pueblo. Pero su legalismo les condujo a convertirse en vigilantes y jueces de sus leyes y de la ley, y acabaron por vaciar el espíritu de ésta. Incurrieron en la autosuficiencia religiosa; se hacían venerar y saludar por la gente.

Los evangelios critican severamente esta actitud. En Mt 23 podemos ver una recopilación de esas críticas. Pero posiblemente los evangelios, sobre todo el de Mateo, exageran los defectos de los fariseos, así como su oposición a Jesús, como si hubieran sido sus mayores enemigos. Ya sabemos que lo fueron los saduceos, aunque Jesús sostuviera con los fariseos una fuerte polémica. Conviene tener en cuenta que los evangelios se escribieron a finales del siglo I, cuando, tras la destrucción del templo de Jerusalén por los romanos, los saduceos desaparecieron y los fariseos alcanzaron la hegemonía del judaísmo en la nueva y desastrosa situación. Por eso puede afirmarse que, en general, esos ataques tan fuertes de los evangelios contra los fariseos reflejan la oposición entre los cristianos y ellos, que eran los nuevos líderes del judaísmo. O sea, como los evangelios se escribieron pensando en el provecho de la generación presente y no para relatar el pasado, los gravísimos conflictos que hubo después del año 70 entre los cristianos y los fariseos

–que acabaron expulsando del judaísmo a los primeros– quedaron reflejados en los evangelios, puestos en boca de Jesús

Maestros de la ley

Llamados también letrados y escribas, no constituían propiamente un grupo social diferenciado. Eran como si dijéramos los teólogos del judaísmo. La mayoría de ellos eran fariseos. Velaban por el cumplimiento estricto de la ley y por su correcta interpretación. Solían tener discípulos que aprendían con ellos.

Los esenios

Eran sacerdotes descontentos con la relajación del judaísmo. Se retiraron a las cercanías del desierto y vivían juntos en residencias comunitarias: algo así como monjes judíos, con sus normas de ingreso, de convivencia y de espiritualidad. Tenían una visión dualista del mundo –separación clara de los buenos y los malos–, a diferencia de la parábola de la cizaña, que nos muestra a los buenos y a los malos completamente mezclados; más aún, al bien y el mal en el interior de cada persona, en mayor o menor medida (busquemos esa parábola en Mt 13,24-30.36-43).

Los esenios esperaban la llegada repentina del Reinado de Dios por la acción directa del mismo Dios, que vendría a purificar la tierra con fuego. Esto era una acentuación de las ideas apocalípticas, bastante extendidas en el judaísmo de aquel tiempo, que el evangelio critica repetidamente (en la misma parábola de la cizaña y en otras partes).

Los judíos de la Diáspora

La palabra “diáspora” significa “dispersión”. Los judíos de la Diáspora vivían fuera de Palestina, dispersos en muchos lugares del Imperio romano. Se establecían ordinariamente en colonias o barriadas particulares de ellos, dentro de las grandes ciudades. En Alejandría (Egipto) estaba probablemente el mayor poblado judío, más grande que Jerusalén. Había también un barrio judío en Roma, Corinto, Filipos, Tesalónica y otras muchas ciudades. Mantenían su religión, realizaban

visitas a Jerusalén en las grandes solemnidades y, como todo judío, pagaban el diezmo (décima parte de la cosecha o beneficios) al templo, pero estaban inmersos en la cultura y el idioma del Imperio romano, que era el griego popularizado.

Por su monoteísmo, su elevada moral, su gran cultura media y hasta su situación económica, ordinariamente buena, gozaban de prestigio en el Imperio y habían logrado un reconocimiento oficial de las autoridades romanas, que les eximían del culto al emperador y del servicio militar a cambio de tributo. La población judía de la Diáspora era mayor que la de Palestina. Según algunos expertos, podían ser más de tres millones, uno de cada siete habitantes entre los veinticinco o treinta millones de habitantes que tenía el Imperio romano.

Este grupo fue decisivo para la extensión del cristianismo porque, antes de la ruptura definitiva entre los cristianos y los judíos, las comunidades judías servían de base a los misioneros cristianos, como vemos en el caso de Pablo. Por otra parte, como eran más abiertos que los ortodoxos judíos de Palestina, hacían de puente para la adaptación del cristianismo a la cultura grecorromana. En Jerusalén, la primera comunidad cristiana estaba formada por judíos de Palestina y judíos de la Diáspora que habían vuelto a vivir a esa ciudad. Y fueron precisamente los de la Diáspora quienes iniciaron la extensión del cristianismo entre los paganos de las poblaciones cercanas. Podemos buscar Hch 6,1-7, que hace referencia a una fricción entre los “helenistas” y los “hebreos” (los helenistas eran los de la Diáspora y los hebreos los de Jerusalén). El v. 5 da los nombres de los siete que fueron elegidos diáconos. Y resulta que los siete nombres son griegos, es decir, helenistas, procedentes de la Diáspora, que hablaban el idioma griego.

La religión en el país de Jesús

LA RELIGIÓN QUE RECIBIÓ JESÚS

Importancia

No hace falta insistir en la originalidad y la importancia de la religión judía, reconocida por todo el mundo. De su tronco han nacido dos de las grandes religiones del mundo, el cristianismo y el islamismo, con elementos de ruptura que suponen una creación prácticamente nueva. El cristianismo es la creación más “moderna” y nueva de las tres. El islam prescinde por completo de los libros anteriores, tanto los del Nuevo como los del Antiguo Testamento. Los cristianos tenemos en común con los judíos la gran mayoría de los libros del Antiguo Testamento y los usamos constantemente en las celebraciones y oraciones litúrgicas, junto con el Nuevo Testamento.

Primer punto: Dios

La religión judía, que apela a la tradición de Abrahán, nació sobre todo con la experiencia de la liberación de Egipto, liderada por Moisés hacia el año 1250 antes de Jesús. Hasta que obtuvieron el reconocimiento del Imperio romano tanto para Palestina como para la Diáspora, sufrieron diversas persecuciones religiosas, sobre todo en los dos últimos siglos, lo cual les hizo amar más su religión y mantenerse fieramente fieles al monoteísmo en un espacio geográfico politeísta en el que eran los únicos que creían en un solo Dios, y un Dios trascendente, irrepresentable en imágenes. Éste es el *primer y principal punto de su credo*, que, siguiendo la primera página del

Génesis –el cuento teológico sobre el origen del mundo– podríamos expresar así:

- a) Sólo hay un Dios.
- b) Sólo se puede adorar a Dios.
- c) El mundo no es Dios, aunque es bueno, por ser hechura de Dios.
- d) Ningún ser humano es Dios, aunque el ser humano es básicamente bueno como criatura de Dios.

En estas afirmaciones resumidas hay una potente fuerza humanizante, de grandes repercusiones para la libertad y la justicia. Porque sólo Dios es absoluto, y todo lo demás es relativo.

Dios, fuerza liberadora

Una importante nota complementaria de este primer punto es que ese Dios único no es sólo trascendencia y serenidad, sino además una fuerza de liberación personal y social cargada de amor. La fe en Dios no sólo se rebela contra cualquier idolatría, sino también contra toda tiranía, por lo cual moviliza a los creyentes en favor de la libertad y la justicia. Busquemos Ex 3,1-12, donde encontramos la experiencia de Moisés sobre el Dios liberador, además de trascendente, origen de la religión judía y de su pascua. Así, el Dios trascendente es al mismo tiempo un Dios lleno de ternura, que dice a Moisés: “He visto la opresión de mi pueblo; he oído sus quejas; he observado su dolor... Y he bajado a liberarlos”(Ex 3,7-10).

Segundo punto: el pueblo de Dios

Israel se sabe y se siente “el pueblo de Dios”, el pueblo que Dios se ha escogido para sí mismo en el mundo, un pueblo con el que ha hecho una alianza para siempre. Su fe es, pues, ante todo social y comunitaria y poco a poco se irá haciendo además personal.

He aquí un texto, entre muchos, muy significativo. Yahvé llamó a Moisés desde el monte y le dijo:

Habla así a la Casa de Jacob, diles a los hijos de Israel: "Os he llevado en alas de águila y os he traído a mí. Si escucháis mi

voz y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino sacerdotal y una nación santa". Fue, pues, Moisés, convocó a las autoridades del pueblo y les expuso lo que le había mandado el Señor. Y el pueblo respondió a una: "Haremos cuanto dice el Señor" (Ex 19,3-8).

Tercer punto: legislación solidaria

Por ser el pueblo de Dios, tendrán una legislación solidaria, con unas leyes que tendían a la utopía igualitaria. Una norma fundamental, que une la fe en Dios con el buen comportamiento con el prójimo, dice: “Que nadie haga daño a nadie; respeta a tu Dios” (Lv 25,17). Es significativo que el respeto a Dios consista en no hacer daño a nadie. A continuación transcribimos unos pocos de los muchos textos de esa legislación solidaria que nacía del hecho de ser el pueblo de Dios:

- *Haz el cómputo de siete semanas de años. Declararéis santo el año cincuenta y proclamaréis manumisión para todos los habitantes. Celebraréis jubileo: cada uno recobrará su propiedad y cada cual regresará a su familia.*
- *Cuando realicéis operaciones de compraventa, no os perjudiquéis unos a otros. Lo que compres a uno de tu pueblo se tasaré según el número de años transcurridos desde el jubileo. Él, a su vez, te lo cobrará según el número de cosechas anual: cuantos más años falten para el jubileo siguiente, más alto será el precio; cuantos menos, menor será el precio. Nadie perjudicará a uno de su pueblo. Respeta a tu Dios: Yo soy el Señor, vuestro Dios.*
- *La tierra no se venderá sin derecho de retracto, porque es mía y vosotros estáis de paso en ella como emigrantes y huéspedes. Daréis posibilidad de rescate a todas las tierras de vuestra propiedad. Si un hermano tuyo se arruina y vende parte de su propiedad hereditaria, le toca a su pariente más cercano rescatar lo vendido por aquél (fragmentos de Lv 25,1-28).*
- *Cada siete años harás la remisión. Así dice la ley: "Todo acreedor condonará la deuda del préstamo hecho a su prójimo, y no le apremiará, porque ha sido hecha la remisión del Señor". Es verdad que no habrá pobres entre los tuyos (porque te bendicirá el Señor en la tierra que te va a dar), a condición de que obedezcas al Señor, tu Dios, poniendo por obra este precepto que te mando hoy. Si se te vende tu hermano, hebreo o hebrea,*

te servirá seis años y al séptimo lo dejarás ir en libertad. Y no lo despidas con las manos vacías: cárgalo de regalos de tu ganado, tu era y tu lagar; le darás según te haya bendecido el Señor, tu Dios. Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que tu Dios te redimió; por eso te impongo yo esta ley (fragmentos de Dt 15,1-16).

- *No oprimirás ni vejarás al emigrante, porque emigrantes fuisteis vosotros en Egipto. No explotarás ni a viudas ni a huérfanos, porque si los explotas y ellos gritan a mí, yo les escucharé. Si prestas dinero a uno de mi pueblo, al pobre que habita contigo, no serás con él un usurero, cargándolo de deudas. Si tomas en prenda la capa de tu prójimo, se la devolverás al ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrirse y acostarse. No harás declaraciones falsas: no te conchabas con el culpable para testimoniar en favor de una injusticia. No seguirás en el mal a los poderosos, violando el derecho. No favorecerás al poderoso en su causa. Cuando encuentres extraviado el toro o el asno de tu enemigo, se los llevarás a su dueño. Cuando veas el asno de tu adversario caído bajo la carga, no pases de largo, préstale ayuda. Ni violarás el derecho de tu pobre en su causa (fragmentos de Ex 22,20-23,6).*

Cuarto punto: la esperanza mesiánica

Los judíos peregrinantes desde Egipto por el destierro, reciben –conquistan– finalmente la Tierra Prometida. Pero con ello no llega la sociedad nueva prometida por Dios para ellos y para todo el mundo. Dios suscitará un mesías –es decir, un líder consagrado–, que establecerá definitivamente en el mundo el Reino de Dios, la salvación universal, la sociedad justa y libre, basada en el conocimiento, reconocimiento y adoración del único Dios verdadero. Ésa es la esperanza que les anima en su caminar. La *esperanza mesiánica* empalma con las promesas hechas a Abrahán y después a Moisés, y se va desarrollando sobre todo con los profetas. El judaísmo vive colgado de la esperanza del Mesías.

La esperanza mesiánica es el reflejo y la expresión teológica y social de la gran esperanza humana que recorre y moviliza toda la historia de todos los tiempos. Los judíos han sabido expresarla, ponerla en primer plano y transmitirla a los cristianos. Pero unos y otros nos dividimos ahí mismo: porque los cristianos decimos que ya llegó el Mesías –que es Jesús– y que

es muy distinto del que los judíos esperaban: esa diferencia, basada en la cruz, es el núcleo de la religión cristiana; en cambio, los judíos, aunque consideran a Jesús el mayor o uno de los mayores judíos de todos los tiempos, no aceptan a Jesús como Mesías ni como hijo de Dios.

En tiempos de Jesús había una corriente llamada *apocalíptica*, que unía la esperanza del Mesías con la creencia en la acción directa de Dios, que transformaría el mundo de golpe, o casi de golpe, a través de grandes convulsiones cósmicas que purificarían la tierra a sangre y fuego, y destruirían a todos los pecadores y al pecado mismo, con lo cual Dios establecería su Reino definitivo en el mundo. Ya hemos dicho que Jesús y el evangelio son críticos frente a esta corriente: nunca marcan fechas, ponen en guardia contra cualquier indicación cronológica y explican en las parábolas el carácter lento y progresivo del Reinado de Dios, sus comienzos pequeños, su coexistencia con el mal, etc.

Quinto punto: la Ley, la Biblia

Los tres puntos anteriores se concretan en la Ley de Dios. En la religión judía, esta expresión significa mucho más que una normativa. Cuando los judíos hablaban de la Ley, se referían a la revelación de Dios, contenida en los libros sagrados. Por lo tanto, para un judío la Ley viene a ser la voluntad de Dios contenida en la Biblia. Algunos grupos –por ejemplo, los saduceos– aceptaban únicamente como sagrados los textos atribuidos a Moisés, los cinco primeros de nuestro Antiguo Testamento, que reciben conjuntamente el nombre de Pentateuco. Quizás por eso surgió una nueva locución –“la Ley y los profetas”– para significar la totalidad de la Biblia.

Aquí tenemos, pues, un punto concreto e importante. La religión judía cree en un Dios trascendente, distinto de cuanto podamos conocer los seres humanos, cuya representación estaba prohibida. Pero ¿en qué se materializan sus creencias? En una serie de escritos sagrados, agrupados en un volumen llamado Biblia que recoge su tradición religiosa de unos cuantos siglos. Ésa es *la Ley o la Ley y los profetas*. En esos escritos, diversos en géneros, estilos y épocas, está todo lo fundamental de la religión judía, desde la prohibición de fabricar imágenes

de Dios hasta las prescripciones sobre las abluciones; las grandes fiestas religiosas, las normas sociales sobre la lepra y otras enfermedades, la esperanza mesiánica, el Dios liberador, etc.

La Ley y los profetas representa el espíritu de la religión judía, su revelación y tradición religiosa. La Biblia es la plasmación escrita de la Ley. El respeto hacia la Biblia era absoluto.

Sexto punto: la liturgia

La experiencia religiosa judía estaba alimentada por una liturgia muy desarrollada, cuyos puntos principales eran los siguientes (y lo son todavía entre los judíos creyentes).

a) Tres grandes fiestas anuales.

- La principal era la *Pascua*, que conmemoraba la liberación de la esclavitud de Egipto. La palabra “pascua” significa “paso” y se aplica al paso de Dios por el pueblo judío que dio lugar a la liberación. El ritual de esta gran fiesta estaba centrado en el sacrificio del cordero pascual, que luego se comía en una cena religiosa. En ella, el jefe de familia recordaba la pasada opresión y la liberación. Busquemos Ex 12,1-14, donde se describe la celebración de la Pascua. Lógicamente, los cristianos aceptamos el significado profundo de este relato, pero no la muerte de los primogénitos de los egipcios, y menos a manos del ángel o enviado de Dios, puesto que también los egipcios eran hijos de Dios. En este relato, Egipto y sus primogénitos son el símbolo de la opresión y la esclavitud, de las que Dios nos libera. Tampoco es que nos libere Dios desde lo alto, sino que nos liberamos nosotros mismos con la fuerza movilizadora que nos viene de la fe en Dios. En este y en otros muchos puntos, aceptamos el Antiguo Testamento con la purificación de muchos elementos que no caben en el Evangelio de Jesús.
- Otra fiesta principal era *Pentecostés*, palabra griega que significa “cincuenta”. Esta fiesta se celebraba cincuenta días después de la Pascua y conmemoraba la tradición de la entrega de las Tablas de la Ley a Moisés. Era

al mismo tiempo la fiesta de las cosechas y servía para ofrecer a Dios las primeras cosechas, las primicias.

- La tercera era la *fiesta de las Tiendas o Tabernáculos*, que recordaba el tiempo en que los israelitas habitaron en tiendas durante su gran peregrinación por el desierto y celebraba al mismo tiempo el final de la cosecha.

En las tres fiestas, sobre todo en la de Pascua, todo buen judío intentaba ir a Jerusalén. La población de la ciudad se multiplicaba esos días por cinco o seis. Acampaban en tiendas de campaña y pasaban una semana de fiestas.

b) Un día semanal dedicado exclusivamente a Dios

Ese día era el *Sabbat*, último día de la semana, nuestro sábado. Comenzaba al anochecer del viernes hasta la misma hora del sábado. Celebraban una liturgia comunitaria en la sinagoga (casa religiosa del pueblo) y cada uno dedicaba el día particularmente a la oración y la lectura de la Biblia. Estaba absolutamente prohibido trabajar ese día y esta orden se cumplía escrupulosamente. Los fariseos extremaban esta norma hasta detalles increíbles, como vemos en los evangelios.

Séptimo punto: la circuncisión

Es un corte circular de una parte del prepucio a los niños varones, a los ocho días de nacer. Pudo ser inicialmente una medida higiénica. Luego se transformó en el signo religioso de pertenencia al pueblo de Dios, según se ve desde la tradición abrahámica (podemos buscar Gn 17,9-14). A los paganos los llamaban “incircuncisos”, palabra fuerte en el lenguaje de los judíos, que significaba idólatra e impuro –impuro ante Dios–, por lo cual los judíos no podían entrar en sus casas, y menos aún compartir con ellos la comida. También Jesús fue circuncidado al octavo día, como podemos ver en Lc 2,21.

La circuncisión fue causa de un conflicto gravísimo entre los primeros cristianos, que se dividieron en partidarios y contrarios a la misma. El fondo del problema estaba en exigir o no previamente a los paganos que se circuncidaran y se hicieran de religión judía. Para comprender mejor lo que significaba

para un judío comer en casa de un incircunciso y lo duro que resultó para los judeocristianos admitir en el cristianismo a los incircuncisos, podemos buscar Hch 10,1-11,48. En el capítulo 15 del mismo libro surge la solución al conflicto, después de largas discusiones. La superación de la circuncisión para los paganocristianos le costó a san Pablo palizas, persecuciones y grandes sufrimientos.

Octavo punto: el templo

El templo era el centro visible de la religión judía. El origen del templo está en Moisés, que, según la tradición descrita en el Éxodo, recibe de Dios órdenes detalladas para construir el primer santuario con toldos y maderas, como correspondía a un pueblo peregrino. Podemos buscar Ex 25 y 26. Las partes principales del templo están anticipadas en esas páginas: *a) el lugar santísimo*, donde se guarda el arca de la alianza, separado por una cortina de púrpura violácea y lino torzal que lleva bordados de querubines; *b) el altar*; *c) el atrio*; *d) el conjunto del edificio*, formado por tablones de acacia y toldos. A pesar de su provisionalidad, aquel santuario estaba hecho de materiales muy ricos, como correspondía a la casa de Dios. Detrás de esos "lujos", que a algunas personas pueden parecer hoy en día inadecuados, estaba el profundísimo respeto y veneración al único Dios vivo y verdadero, respeto que a veces nosotros no acentuamos.

Fue Salomón quien construyó el primer templo estable, templo de piedra, después del establecimiento y consolidación de los judíos en Palestina. Lo construyó antes que su propio palacio, con gran veneración, como podemos ver en 2 Cr 3-8. Era famoso por su grandiosidad. Fue destruido por Nabucodonosor, que saqueó Judea y llevó deportados a muchos judíos a Babilonia.

La reconstrucción después de la deportación fue la primera tarea a la vuelta del destierro, realizada con un entusiasmo indescriptible, como puede verse en Esd 3,1-13.

En tiempos de los Macabeos, siglo y medio antes de Jesús, el templo de Jerusalén fue saqueado y profanado con cultos idolátricos y prostitución, en un momento de invasión del helenismo en tierras judías por obra de Antíoco Epífanes, uno de los generales sucesores de Alejandro Magno. Muchos judíos ce-

dieron, abandonaron la Ley judía y adoptaron las prácticas paganas. Entonces se produjo el levantamiento de los más fieles, bajo el liderazgo de Judas Macabeo. El acto más importante, tras las primeras victorias, fue destruir el altar profanado, purificar el templo y restaurarlo (puede verse en 1 Mac 4,36ss).

Basten estas notas para mostrar que el templo era el corazón de la nación, centro espiritual y político de los judíos.

El templo, concentración del poder

En tiempos de Jesús, el templo concentraba el poder religioso, político y económico, acaparado por la clase dominante.

En el aspecto económico, era el centro principal de todo el país, con el comercio de objetos religiosos, la compraventa de animales para los sacrificios, el cambio de moneda, los tributos religiosos, etc. En él se guardaban las finanzas públicas y se aceptaban también depósitos privados. El historiador Flavio Josefo (siglo I de nuestra era) dice: "Allí se refugia toda la riqueza judía".

En lo político, el templo era la sede del sumo sacerdote primado y el lugar de reunión del Gran Consejo. Los romanos tenían una guarnición permanente en uno de sus edificios, pues se trataba de una construcción múltiple. Su enorme *peso religioso* se entiende con lo dicho anteriormente, sin mayores explicaciones. Todos los judíos tienen obligación de visitarlo al menos una vez al año. Es el único lugar donde pueden ofrecer los sacrificios prescritos por la Ley, el único donde el pueblo puede responder con fidelidad a Dios y vivir su alianza.

En la condena de Jesús probablemente tuvo mucho que ver su postura frente al templo. También en la lapidación de san Esteban, primer mártir cristiano, tuvo mucho que ver el templo (ver Hch 6,1-15; 7,51-60). Jesús fue muy crítico con el templo, y todo da a entender que se fue distanciando cada vez más de él y de sus sacrificios. Una corriente del primer cristianismo de Jerusalén, compuesta en buena parte de samaritanos, fue también completamente crítica con el templo. Jesús enseña que Dios es espíritu, y los verdaderos adoradores le adoran *en espíritu y en verdad*, sea en el templo, sea en cualquier otra parte: lo que importa es la verdadera adoración de Dios con la propia vida.

Pero tocar el templo era tocar lo más sagrado, y era también tocar el poder económico y político, enfrentarse a la clase dirigente. Le acusaron de hablar de la destrucción del templo (ver Mt 26,61). Su único acto de violencia física ocurrió en el templo, con un celo purificador como el de los Macabeos. Sus discípulos enseñaron que el verdadero templo es el espíritu y no los templos de piedra (ver todo esto en Jn 2,13-22; 4,22-23).

Sólo había un templo, el de Jerusalén, aunque los samaritanos habían levantado el suyo propio, como hemos visto. Pero cada pueblo tenía su casa religiosa de reunión y oración –la sinagoga– donde se leían las Escrituras y se celebraba la liturgia de los sábados. Eran también centros de asistencia caritativa y, en los lugares importantes, centros de enseñanza (no escuelas). En Lc 4,16-22 podemos ver una celebración sabática en la que interviene Jesús en la sinagoga.

Otras prescripciones

Había otras normas referentes a los alimentos, la comida –que tenía siempre cierto carácter religioso– las abluciones o limpieza de manos y pies, las purificaciones rituales, etc. Éste es uno de los puntos de enfrentamiento de Jesús con los fariseos, por las exageraciones de éstos en estas prescripciones que no eran del mismo rango que las fundamentales. Puede leerse con provecho sobre este particular Mc 7,1-23.

EL CLIMA AMBIENTAL DE JESÚS

Lugar de nacimiento

¿Dónde nació Jesús? Los evangelios dicen que en Belén, pero esto puede ser un apunte teológico para expresar que era el descendiente de David por antonomasia, es decir, el Mesías. La descendencia de sangre de David no parece un dato histórico riguroso, sino una cuestión teológica. En todo caso, si nació en Belén, fue un hecho puntual, porque Jesús vivió siempre en Nazaret, hasta el punto de que se quedó con ese sobrenombre: Jesús el Nazareno o de Nazaret.

Busquemos en el mapa Nazaret, en Galilea, un pueblo que no tenía la menor importancia. “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”, le replicó Natanael a Felipe. Y éste no tuvo más remedio que decirle: “Compruébalo tú mismo” (Jn 1,45-46). Así pues, no es ningún honor ser de Nazaret, ni tampoco ser de Galilea, una región a la que en Judea miraban por encima del hombro porque había en ella mucho incircunciso y se hablaba el arameo con un deje especial.

Profesión

Su padre era de los que tenían un oficio y, aunque en pobreza, ganaba para sobrevivir. Él aprendió el mismo oficio de carpintero, que englobaba todas las chapuzas de la construcción y del interior de las viviendas. Su oficio le llevó a tratar con personas de otros oficios que menciona en sus enseñanzas: habla de la viruta que se mete en el ojo; de los cimientos, que deben estar bien echados; de la siembra; de la vendimia; de la ampliación del granero; de la paga del trabajador. De la pesca aprendería con sus principales discípulos, porque él no era de pueblo costero como todos ellos, lo cual no deja de ser curioso.

Conocía la realidad nacional

Todo parece indicar que trató con mucha clase de personas. Especialmente *vio*, con sus ojos iluminados por la luz de Dios, a los *pobres*, al grupo social de los *contratados por días*, a los *mendigos*, a los *carentes de oficio*, de trabajo y de pan, y a tantos *ciegos y leprosos* que deambulaban por cualquier parte. Pronto conoció el hambre de la mayoría, los impuestos, la dominación romana, el colaboracionismo de los jefes religiosos, la generosidad de los resistentes y los zelotas.

Debió de reflexionar mucho sobre aquella realidad, y la sufrió en forma de compasión profunda. La compasión le vendría de lejos, probablemente de sus padres, y fue la fuente de su iluminación y de su compromiso total. Ahí estaba el Amor, que él tradujo luego con las palabras “Reino de Dios”. Fue esa luz la que le impulsó a hacerse primero discípulo de Juan Bautista y luego, cuando encarcelaron a éste, a lanzarse a la aventura profética que le llevó a la cruz. Y salió lo que nadie hubiera imaginado: la religión más grande de la historia.

Judío piadoso e Hijo de Dios

¿Sabía él que era el Hijo de Dios? Ésta es una formulación propia de la cultura griega que los cristianos acuñaron mucho tiempo después de Pascua. Jesús estaba limitado a las coordenadas de su espacio, tiempo y cultura. Lo normal es que nunca se definiera a sí mismo de esa manera. Era un hombre al que no le faltaba ninguna característica y limitación humana, excepto el pecado. Él vio a los pobres, *se le iluminó* lo del Reino de Dios y experimentó una fuerza que le desbordaba: era la fuerza de Dios, que llevaba dentro desde siempre.

Inicialmente fue un judío piadoso, como sus padres, educado en la escuela de la Biblia, habituado a escuchar su lectura y a recitar sus plegarias. Luego superó aquella revelación, porque en él había una experiencia mayor que todo el Antiguo Testamento, pues él mismo era la *revelación definitiva de Dios*, una revelación contracultural, opuesta a las expectativas del mesianismo judío y a nuestro sentido común. Pero inicialmente se educó en la Biblia, como los más piadosos israelitas.

Sus padres: alma judía

El alma judía se la formaron sus padres, piadosos israelitas. De su madre sabemos más que de su padre. Era una mujer profunda, que meditaba mucho. El evangelio de Lucas lo dice dos veces (podemos buscarlo en Lc 2,19; 51). Ella le enseñó las primeras palabras con canciones de la Biblia y le abrió el camino al descubrimiento de los pobres, como se desprende de su canto llamado *Magnificat* (Lc 1,46-56). Pero luego no le debió de entender. Es posible que estuviera entre los parientes que querían apartarle de aquella aventura por considerar que no estaba del todo en sus cabales. Y Jesús también debió de estar seco con ella (podemos ver estos dos datos en Mc 3,20-21.31-35). Fue duro para él. Pero él ponía la voluntad de Dios muy por encima de los lazos familiares. Pasó probablemente cierto tiempo hasta que María empezó a *ver*. En Hch 1,14 la encontramos entre los primeros discípulos.

La figura de su padre, José, ha quedado poco destacada entre los cristianos, quizás porque los evangelios hablan menos de él. Pero lo cierto es que el padre –aunque fuera adoptivo– era en el judaísmo el principal educador religioso de los hijos, el

que presidía la liturgia semanal del sábado y la fiesta anual de Pascua, el que explicaba a los hijos la historia pasada, que de esa forma se hacía presente, con el paso de Dios en cada familia y en todo el pueblo. José tuvo, en la educación de Jesús, mucha más importancia de la que le damos los cristianos.

Con gran entusiasmo

Este capítulo merece un estudio atento. Podríamos recibirlo y estudiarlo con gran entusiasmo, como una forma de conocer y amar más a Jesús. Si lo asimilamos bien, conoceremos mucho mejor los evangelios y le conoceremos mucho mejor a él mismo. Podríamos estudiarlo con espíritu religioso, como en clima de oración. Si lo hago así, él mismo vendrá adonde mí, como se unió a los caminantes de Emaús, y me dirá: “Pero ¿no me reconoces?”. Y como ellos diré después: “Mi corazón ardía, porque él ya estaba dentro de mí; lo que pasa es que yo no sabía que era él”. A partir de ese momento, mi vida puede ser más profunda y podré caminar por la senda del amor gratuito. Mientras no llegue ese encuentro personal con él, caminaré más bien por la senda del deber y la obligación. Todo será distinto cuando lo haya visto con el ojo interior.

TEXTOS BÍBLICOS

Lo mejor es buscar y leer los textos que se citan en este capítulo y en el anterior.

Conviene buscar y leer sin falta al menos los siguientes, que ponemos aquí en el orden en que aparecen en el tema: Jn 4,5-9; Lc 10,13-21; Mt 4,18-22; Lc 19,1-10; Mc 2,13-17; Lc 6,12-16; Hch 6,1-7; Ex 3,1-12; Gn 17,9-14; Hch 10,1-11,48; Lc 1,46-56.

Tres complementos del verbo “creer”

NOCIONES BÁSICAS: COMPROMISO MUTUO

Síntesis

En síntesis, la fe es una llamada de Dios y una aceptación del ser humano. Es una doble corriente:

- Dios nos llama a la plenitud de la vida con él.
- El ser humano recibe y acepta la llamada de Dios con toda su persona.

Tanto la llamada de Dios como la respuesta del hombre se realizan *en* Cristo Jesús.

- En él y por él me llama el Padre.
- En él y por él le respondemos nosotros. Pues al responder a Jesús con toda nuestra persona, respondemos a Dios.

Un compromiso mutuo

Dios se compromete con el ser humano a través de toda la historia y, sobre todo, de Jesús. Y el ser humano se compromete con Dios en totalidad, con toda su persona. La fe es, pues, un compromiso mutuo y total, de toda la persona con Dios.

Creer en Alguien

La fe no consiste en creer en *algo*, sino en creer en *Alguien*. Sin embargo, cuando pensamos que la fe es creer en ideas, en

verdades, damos la impresión de que creemos en algo más que en alguien. Cada vez que pensamos en ideas y verdades, en una convicción interior, en una fuerza interior, en enseñanzas espirituales, etc., estamos suponiendo que la fe consiste en creer en algo.

La fe es ante todo y sobre todo creer *en Alguien*, y ese alguien es Dios. Y como Dios viene a nosotros a través de Jesucristo, ese alguien es también Jesucristo. La fe es, sobre todo, *creer en Dios y creer en Jesucristo*, enviado de Dios.

En el apartado anterior, al hablar de compromiso, estaba implícita esta idea de creer *en Alguien*, porque compromiso mutuo sólo se da entre personas. Las verdades e ideas son el resultado de la fe en Dios. Son las enseñanzas contenidas en la fe.

La fe no está separada de la persona

Consideremos en la fe el polo humano, la parte del ser humano. Pues bien, a menudo hablamos de la fe como si fuera algo ajeno a la persona misma. Decimos: Fulano *tiene* mucha fe, Zutano *tiene* poca fe o no tiene fe, etc. Pero, si la fe es un compromiso personal, no podemos hablar con propiedad de *tener* fe. La fe parecería, según esa expresión, algo ajeno a la persona, algo exterior que se posee como se poseen otras cosas.

En realidad, no se tiene fe, sino que *se es* creyente o no creyente. Es decir, se es hombre-fe o mujer-fe, hombre-sin-fe o mujer-sin-fe.

La fe es oscura

El compromiso de la fe se parece al de la pareja casada. Pero ocurre que en la fe no percibimos a Dios con los sentidos. Por eso, la fe es oscura: es una opción que tomamos entre el "sí" y el "no", una opción al pleno sentido de la vida humana que encontramos en Dios. Optamos por creer que hay un sentido a la vida humana, un sentido que viene de Dios y está en Dios.

Por eso, la fe no se vive con la claridad de los argumentos científicos, sino con la oscuridad de lo que no se puede

demostrar. La oscuridad es en cierto modo consustancial a la opción de fe.

Pero esta oscuridad se vuelve claridad desde dentro de la fe. La fe no se demuestra *desde fuera*, como las leyes de las ciencias, sino que *se experimenta desde dentro* de ella misma, en la íntima convicción de la persona. Es, pues, oscura en su demostración previa o inicial, que nunca es total, pero clara desde la experiencia, o sea, *desde dentro* de la misma fe.

INICIATIVA DE DIOS

La iniciativa nace de Dios

En relación con esa oscuridad está el hecho de que la iniciativa viene de Dios. No es que yo vea la fe, la demuestre y me decida por ella. No hay tal demostración previa de la fe. Si la hubiera, Dios y la fe serían inferiores a nosotros mismos, porque los podríamos poseer. Las cosas son distintas: es Dios quien me llama, por muchos medios, a través de diversos hechos de la historia, sobre todo por medio de Jesús. Él tiene la iniciativa. Y yo, iluminado e impulsado internamente por esa llamada, doy mi asentimiento, que es compromiso de toda mi persona con Él y con su plan.

La oscuridad de la fe y la iniciativa de Dios están unidas entre sí. Yo no doy mi respuesta afirmativa con la claridad propia de las ciencias demostrativas, sino que doy mi respuesta con otro tipo de claridad, una claridad interior, una llamada que nunca es demostrable. En esa llamada que siento en mi interior, veo la llamada de Dios y doy mi respuesta afirmativa. La fe es oscura en ese sentido.

¿Qué parte tiene la razón humana en el acto de fe?

Dios no puede ser demostrado, y el Evangelio tampoco. Si Dios fuera demostrable, sería, como decíamos antes, menor que nosotros, puesto que lo habríamos demostrado. Y nuestro encuentro con Dios no sería fe, sino conocimiento científico. Somos creyentes porque primero viene Dios a nosotros y nos

llama. Por eso, nuestra respuesta es siempre un *reconocimiento* de algo que ya conocíamos sin saberlo; mejor dicho, no de algo, sino de *Alguien*.

Según eso, ¿qué parte toma la razón humana en el acto de fe?

Primero, por debajo de la fe, la razón humana aporta *indicios* de Dios. La razón no da el fundamento de la fe, que está en Dios, como hemos dicho. Pero la razón humana, que también es obra de Dios, nos da indicios de que hay Dios, de que hay un sentido a la existencia humana y un sentido pleno en Dios. Hasta aquí pueden llegar la razón y el esfuerzo humano, pero no más allá.

Segundo, después del acto de fe, después de mi decisión de fe, la razón, y con ella las demás potencias humanas, me ayuda a conocer mejor lo que Dios me dice y, por tanto, me ayuda también a dar una respuesta más afirmativa y plena a Dios, de forma creciente, puesto que la fe crece.

A esta segunda función de la razón humana con la fe, los teólogos la llamaron "*fides quaerens intellectum*", expresión que significa "fe que busca comprender", o sea, una fe que quiere ser "razonable" e ilustrada.

Después de estas nociones breves, estudiaremos la fe desde el polo humano, o sea, mirándola desde la respuesta del hombre. Siempre la acción de Dios es lo primero, pero ¿qué es la fe vista desde la respuesta del hombre? Esto es lo que vamos a exponer a continuación, con la exposición de los tres complementos del verbo creer.

TRES COMPLEMENTOS DEL VERBO "CREER"

Tres expresiones latinas

Los complementos que queremos explicar pertenecen a expresiones latinas que no tienen adecuada traducción a los idiomas modernos. Por ello, haremos un esfuerzo para los que no conocen el latín. Esperamos ofrecer una información clara. De todas formas, este apartado hay que leerlo con dete-

nimiento: será preciso no perder ni un solo detalle para comprenderlo todo.

En latín, "creer" se dice *credere*, con acento en la primera "e". Supongamos que el complemento de creer es Dios: por ejemplo, creer en Dios. Pues bien, en latín podemos emplear tres expresiones para decir "creer en Dios". Para comprenderlo mejor hay que tener en cuenta que la palabra "Dios" se dice en latín unas veces *Deum* y otras veces *Deo*, según queramos expresar una función gramatical u otra. Además, algunas palabras, lo mismo que en castellano, llevan preposición. Por ejemplo, una preposición es *in*.

Ahora ya podemos entender mejor que, en latín, "creer en Dios" se puede decir de tres maneras:

- "*Credere Deum*".
- "*Credere Deo*".
- "*Credere in Deum*".

Tres significados diferentes

Ahora bien, ¿qué ocurre con estas tres expresiones? Pues ocurre lo más lógico: que no significan lo mismo y que, por lo tanto, la expresión española "creer en Dios" pierde muchos de los matices que contienen esas tres expresiones latinas. Muchos cristianos de los primeros siglos hablaban latín o griego –en ambos idiomas las expresiones son parecidas– y, cuando compusieron esos tres giros, resumieron en ellos todo lo que sintéticamente puede decirse de la fe. Vamos, pues, a explicar esas tres expresiones.

Primera expresión: "Credere Deum"

Literalmente significa "creer Dios". Pero esto en español no tiene sentido. Además, en la expresión latina puede estar sobreentendida la palabra *esse*, que significa "ser", "existir". En consecuencia, la traducción española de "*credere Deum*" es "creer que hay Dios", "creer que Dios existe". Esta fórmula hace referencia al aspecto más intelectual de la fe, que es el *conocimiento*. Aquí entra, ante todo, la existencia de Dios y, en segundo lugar, las verdades (dogmas, etc.) del credo cristiano.

Se trata de una fe muy incompleta, porque uno puede creer que hay Dios –"algo tiene que haber", suele decirse– y, sin embargo, no sentirse implicado por esa fe en la propia vida. La verdadera fe cristiana tiene que implicar mi vida, influir en ella. Por eso hemos dicho que se trata de una fe muy incompleta.

Segunda expresión: "Credere Deo"

Esta expresión la podemos traducir como "dar crédito a Dios". Tiene un fuerte matiz de confianza. Dar crédito a alguien es confiar en él, bien por su bondad, bien por su capacidad; en general, por su fiabilidad. Por ejemplo, a un señor al que le prestamos dinero le damos crédito. A un señor que nos promete ayuda, le damos crédito.

Cuando damos crédito a Dios, nos apoyamos en su bondad, poder y fidelidad. Por ejemplo, damos crédito a las palabras y a la vida de Jesús. O sea, aceptamos que una vida como la que Él nos propone es la verdadera vida, la única que merece la pena. Otra vida no es vida, sino muerte. Es decir, le damos crédito a Jesús y, con él, a Dios. Como se ve, con esta segunda fórmula, la fe se parece a la confianza y empieza a implicar mi vida.

Dos tipos de realidades

Para entender mejor este segundo aspecto de la fe tenemos que pensar que hay dos tipos de realidades o cosas:

- Por un lado, están las realidades *objetivas*, ajenas a las personas; por ejemplo, las leyes matemáticas, físicas o lógicas, o también la geología, las composiciones químicas, o las leyes económicas y sociales. Si en estas realidades entran las personas humanas, es como *objeto* de conocimiento de leyes de la economía y la sociedad.
- Por otro lado, están las realidades *subjetivas*: la persona en cuanto persona –que es inobjetivable– y todo lo relacionado con ella: intimidad, convicciones, deseos, esperanzas.

Las realidades del primer tipo pueden medirse, clasificarse, sumarse, restarse, etc. Y por lo mismo, pueden demostrarse,

bien por principios o leyes, bien por comprobaciones experimentales. En cambio, las realidades subjetivas –es decir, la persona– *trasciende* las realidades objetivas, está más allá de todas ellas, y se resiste a toda medición, suma o clasificación, es decir, se resiste a cualquier tipo de *objetivación*. Lo único que puede medirse y comprobarse experimentalmente son los efectos exteriores de esas convicciones interiores, o sea, sus consecuencias prácticas constantes en la conducta. Así pues, lo personal e interior *no puede comprobarse experimentalmente, ni demostrarse*; solamente puede *mostrarse*, comunicarse.

Garantía subjetiva o personal

Pues bien, la fe entra en este segundo grupo de realidades. Puede haber *indicios* de que es Dios mismo quien nos ha hablado. Puede haber *indicios* de que en Jesús se nos ha mostrado la *plena realidad*, eso que llamamos Dios. Más aún: la intimidad de Dios nos la podían *comunicar* Jesús, los primeros creyentes y los demás creyentes según su propia experiencia, pero no nos la podrían *demostrar*.

Esto no es una insuficiencia de la fe o una inferioridad respecto de la ciencia. Lo que pasa es que, como ya hemos dicho, la fe pertenece a otro orden de cosas, al orden de la relación y comunicación interpersonal. Por eso, la fe expuesta en esta segunda expresión –"credere Deo"–, ya no es sólo intelectual; es un acto de confianza con Alguien, es *dar crédito* a las palabras y a la vida de Jesús y, con ello, a Dios. Ya sabemos que el *crédito* sólo se da a una persona y a lo que ella nos muestra por obras y palabras. Podrá y deberá haber *indicios* de que esa persona *merece* todo nuestro crédito. Pero nunca tendremos las demostraciones llamadas científicas. Por el lado intelectual, siempre quedará una zona de oscuridad.

¿Salto al vacío? Sólo indicios

En este sentido se ha dicho muy bien que la fe es un salto en el vacío. Lo es en el sentido de que no existe debajo el *suelo* de lo comprobable científicamente. En ese sentido, sí que es un salto al vacío. Pero no lo es en el sentido de que hay otra garantía, la garantía subjetiva o personal, que se experimenta en el interior, desde dentro, como decíamos antes.

Aquí es donde hay, desde el punto de vista de la razón, solamente *indicios*, no pruebas. Nunca tendremos pruebas científicas –o sea, exteriores a nosotros mismos– de que esa palabra que escuchamos en la Biblia o sentimos dentro es Palabra de Dios. Hay, pues, un salto, aunque se dé desde signos de credibilidad. Pero no hay un salto desde el punto de vista interior o subjetivo, porque experimento dentro de mí mismo, especialmente cuando hago la prueba, la verdad de lo que oigo, la verdad de aquello que creo; sobre todo, la verdad de Aquél a quien doy crédito.

Cuando decimos que la fe es experiencia y que hay que hacer la prueba, la cosa va por aquí: “*Credere Deo*”, dar crédito a Dios, y hacer la prueba.

Un ejemplo: la pareja

No debe extrañarnos mucho este modo de ser de la fe. Lo mismo les ocurre a otras muchas realidades, todas las realidades subjetivas, como el amor, una comunidad o un equipo de trabajo. Estas realidades humanas no podrían darse sin la fe de unos en otros.

Una de las principales realidades del ser humano, el matrimonio, se fundamenta en esta fe mutua, nunca demostrable, aunque haya indicios fuertes de fiabilidad. Se comprueba plenamente *desde dentro*, es decir, desde la experiencia que sigue al compromiso mutuo: en la convivencia se comprueba que el amor y la fidelidad presentidos son ciertos y tienen suelo firme. Pero el primer paso es de algún modo un salto, como en la fe. Por supuesto, esto es solamente una comparación, puesto que la fe en Dios y la fe en la pareja no son realidades idénticas, sino semejantes: en el caso del compromiso matrimonial, las personas se ven, es decir, se trata de una realidad más palpable.

Tercera expresión: “*Credere in Deum*”

La fe se quedaría manca si sólo tomáramos las dos formulaciones anteriores. Porque la fe tiene otro lado más, el de la total implicación personal, la decisión vital, el compromiso de toda la persona con Aquél al que damos crédito.

En efecto, la palabra *in* de la expresión “*credere in Deum*” significa precisamente *dirección hacia y hasta adentro*. Pero, en este caso, detrás de la preposición *in* no viene el nombre de una ciudad o de un lugar, como ocurre habitualmente, sino el nombre de un ser personal, el nombre de Alguien; sencillamente, Dios. Por lo tanto, aquí no se trata de una dirección local, de una dirección hacia un lugar, sino hacia Dios. Así pues, la expresión “*credere in Deum*” significa *tender hacia Dios* e implicar mi vida con él.

Un paso lógico

Esta tercera expresión es el paso lógico de las dos expresiones anteriores. Veámoslo.

- Primero, creo que hay Dios, o sea, creo que hay un sentido absoluto para mi vida y para el mundo.
- Segundo, le doy crédito. Confío en lo que me enseña Jesús, le creo, le doy crédito.
- Tercero, basándome en esa confianza, me entrego a él, decido hacer su voluntad y realizar su plan sobre mí y sobre el mundo.

Esta tercera expresión muestra la parte más personal de la fe. Estamos muy lejos de creer verdades o ideas que no influyan en nuestra vida. Estamos totalmente inmersos en el compromiso personal.

Tres pasos inseparables

En la práctica, nadie se detiene a hacer este seccionamiento o análisis de la fe. En la práctica, la fe es un todo sólido e inseparable. Este análisis se hace solamente en el laboratorio del estudio. En la práctica, los tres pasos son uno, y cada uno de ellos comprende los otros dos.

Hay, sin embargo, un caso en que se da el primer paso sin los otros dos. Es el caso de aquellos que dicen: “Algo tiene que haber”. Pero ese algo no les interpela, ni les da confianza, ni les atrae a la entrega y la acción. Es un algo que les sirve para explicar el mundo, pero no les implica personalmente ni les mueve a nada. Es llamativo que hablen de “algo” y no de

“alguien”. A lo más, piensan que es una especie de fuerza oscura o desconocida a la que tienen que aplacar y tener contenta. Esto no es fe, sino una creencia en fuerzas mágicas supra-humanas. Y, sin embargo, se parece bastante a la fe de ciertos bautizados que rinden pleitesía a ese algo supremo para tenerlo contento y evitar su castigo.

TODA LA PERSONA

La fe compromete a toda la persona

Para ciertos creyentes, la fe parece una parcela de su persona y su vida, un parcela entre otras. Son esos mediocres creyentes cuya fe tiene la primera de las tres expresiones anteriores y no es implicativa. Aunque hablen de Dios y hagan ciertos actos de culto, se quedan en el primer paso: “*credere Deum*”. Se quedan en la mente, sin que esa creencia –que es algo muy distinto de la fe– signifique nada o casi nada en su vida práctica. Pero la fe total y única, tal como la vamos experimentando, abarca toda la persona –no sólo la mente– y la compromete por entero.

- El primer paso –“*credere Deum*”– se refiere, como acabamos de ver, sobre todo a la *mente*, al entendimiento. Decimos “sobre todo” porque en la fe completa cada paso abarca los otros dos, como veíamos antes. La mente dice: “Creo que hay Dios”. Es, pues, un paso que me da un conocimiento básico de la existencia de Dios.
- El segundo paso –“*credere Deo*”– abarca, sobre todo, la zona del *corazón*. Es la confianza del que da crédito a Alguien. Nos fiamos de Dios, nos fiamos de que, aceptando su programa, no quedaremos defraudados, no nos equivocaremos, no fallaremos en nuestra búsqueda de sentido pleno.
- El tercer paso –“*credere in Deum*”– se refiere, sobre todo, a la *voluntad*. Creo que hay un Dios, me fío de Él y me decido por Él. En consecuencia, pongo manos a la obra para realizar su voluntad en el mundo y en mí mismo.

La fe abarca, pues, la cabeza, el corazón y la voluntad, es decir, toda la persona. Y no separadamente, sino unitariamente, de forma que la fe es algo unitario, sólido, es una sola pieza; no son tres pasos separables. Por eso abarca y compromete toda la persona. Por eso no hay zonas ni tiempos religiosos, sino que todas las zonas y tiempos humanos tienen dimensión religiosa.

Cuando no se toman las tres expresiones juntas

Los tres pasos se dan a la vez y son uno; los tres son necesarios, porque sólo la síntesis de los tres constituye la verdadera fe.

- *Cuando no se da el tercer paso*, se termina abandonando el segundo y el primero. Es decir, si uno no *vive prácticamente* la fe, acaba no dando crédito a Dios ni conociéndole. Y si uno no da crédito, ¿cómo va a dar el salto a la acción, al compromiso, a la propia transformación y a la del mundo?

- *Cuando no pasamos a la primera expresión*, la fe es puramente mental, como ya hemos dicho. Es una fe que no compromete. La fe de bastantes cristianos, como decíamos antes, sólo es la fe de la primera expresión: creer que hay Dios, creer verdades, dogmas, enseñanzas, etc., con la mente.

A esta fe se refiere la carta de Santiago (2,14-26) cuando dice que no basta la fe, sino que hacen falta obras. Dice que los demonios también creen que hay Dios, pero que no por eso son salvados. Éste es el motivo por el que se ha dicho durante mucho tiempo que hacen falta fe y obras. Pero cuando se habla así, más que de fe se habla de *conocimiento*. Si tomáramos la fe en su totalidad, no haría falta decir fe y obras.

- *También se da el caso de los que toman sólo las expresiones primera y tercera*, es decir, creer que hay Dios y tratar de comprometerse, sea en la ética personal, sea en la acción social, sea en ambas cosas. Dejan de lado el segundo paso, “*credere Deo*”, de creer con el corazón, fiarse de Dios y sentirle cercano, tener una fe caliente y afectiva. Todo esto les parece poco efectivo, senti-

mental y quizás femenino –en el sentido peyorativo que da la sociedad machista a esta palabra–. Como si en la misma vida humana el sentimiento no ocupara un lugar importante. Se toma la fe puramente como ética y como acción. Posiblemente, este *reduccionismo* es fruto del pobre mundo actual, que se queda en lo técnico y operativo.

La fe no se reduce a la ética personal y la acción

Algunos creyentes son presa de este último empobrecimiento. Reducen la fe a la ética personal y la acción, junto con la primera expresión, “creer que hay Dios”. Frente a tal empobrecimiento, hemos de decir que, en la fe, no basta la ética y la acción, sino que hace falta, además, darle a Dios crédito y confianza con el corazón.

Eso es lo que en el capítulo primero hemos llamado *fe caliente*. Tan necesarios como el conocimiento y la acción son la oración, la vivencia interior, la comunicación entre creyentes, la eucaristía, los sacramentos y todos los momentos de interiorización personal. Hace falta tener vivencia y gusto de la cercanía de Dios; hace falta una fe cálida y cariñosa con Dios; hace falta creerle, escucharle y hablarle afectivamente como en la oración íntima. Y sería una deformación no sólo de nuestra fe, sino también de nuestro mismo ser humano, el hecho de que esto se atribuyera únicamente a gente sentimental.

El abandono de la fe por parte de personas que la reducen a la ética y al compromiso es comprensible, puesto que llega el día en que se dicen: “Todo esto lo puedo hacer igual y mejor en el trabajo, en una ONG o en un partido político”. Esa línea de pura operatividad práctica es la expresión de un gran empobrecimiento que conduce a la reducción del ser humano al puro practicismo.

Conclusión: toda la persona

Es toda mi persona la que se compromete con Dios en el acto de fe. Es mi cabeza, con el conocimiento; mi corazón, con la confianza y el amor; mi voluntad, con mi decisión, mi entrega a Dios, mi ética personal y mi acción por el Reino de Dios.

La fe es un compromiso mutuo, como decíamos al principio: Dios conmigo y con nosotros, y yo con Dios. Es creer en Alguien y darle mi mente, mi corazón y mi voluntad.

Una fe que no sea implicativa –es decir, que no me implique a mí por entero– no es la verdadera fe cristiana. Es una fe a medias, sin incidencia real en mi vida, una fe descomprometida.

Ojalá que el conocimiento de los tres complementos del verbo “creer” –“*credere Deum*”, “*credere Deo*”, “*credere in Deum*”– nos ayude a entender mejor la fe y a tomarla con apasionamiento, con todo nuestro ser.

¿Crear en la Iglesia? Jesús, centro de la fe

DIOS ME HABLA: ESCUCHAR A DIOS

Don de Dios y respuesta del ser humano

En el capítulo anterior hemos expuesto la fe desde el lado del ser humano. Pero no debemos olvidar que la respuesta es posible porque previamente Dios nos ha visitado, nos ha amado y nos ha llamado. Lo sugería el comienzo de ese mismo capítulo.

La fe es un don de Dios. Nadie llega a este Dios por sus solas fuerzas. Un Dios demostrado y alcanzado por la fuerza humana, por nuestra razón, es un ídolo, siempre inferior al hombre mismo. Soy creyente porque Dios me ha ofrecido la fe. Pero ese ofrecimiento requiere mi respuesta consciente (la mente), amada (el corazón) y comprometida (la voluntad y toda mi persona). He ahí otras tres palabras que pueden ayudarnos a comprender lo que es la fe: una respuesta a Dios *consciente, amada y comprometida*.

¿Cómo se dirige Dios a mí?

Dios ha hablado a los seres humanos de mil maneras en la historia humana. Ha hablado más expresamente a través de la historia del pequeño pueblo de Israel y luego, sobre todo, a través de Jesús.

Hoy Dios nos habla, por supuesto, por la Biblia, pero también por los grandes hechos históricos que marcan nuevos espacios de solidaridad, libertad y justicia. Habla sobre todo por los pobres y su causa, que es la causa de humanidad y por

eso mismo la causa de Dios. Habla por todas las personas, creyentes y no creyentes, que hacen suya esa causa y luchan por una sociedad nueva. Sentimos que esos hechos –el hambre, las desigualdades, la injusticia, los marginados, las personas comprometidas, las victorias de la libertad y del amor– nos interpelan. Ahí está hablándonos Dios. Pero no siempre acertamos a ver su llamada en esas interpelaciones. Hay quien oye esa interpelación de forma anónima, la escucha y se compromete, pero no logra reconocer en ella la voz de Dios, como aquellas personas de la parábola del juicio final (Mt 25,31-46). Algún día le reconocerán y se sorprenderán: “¡Ah! Pero si eras Tú...”.

Dos biblias

Los cristianos tenemos en realidad dos *biblias*:

- la Biblia escrita, Palabra de Dios del pasado que vale para siempre,
- la biblia de los hechos del mundo y de nuestra propia vida.

Dios nos habla fuertemente por las dos vías y en ambas hemos de escucharle. Después, debemos discernir lo que nos dice y ponerlo en práctica. Para discernir bien los hechos del mundo y de nuestra vida, hemos de tomar como criterio la Biblia escrita, con sus grandes mensajes, sobre todo los evangelios y el Nuevo Testamento.

Las dos “biblias” unidas

¿Dónde le oímos a Dios? ¿Y qué nos dice Dios? Nos invita a mirar de frente la realidad –la nuestra y la de la sociedad–, a afrontarla, confrontarla con el evangelio, con Jesús, y luego tomar una postura consecuente. A Dios no se le oye sólo en la Biblia al margen del mundo, ni sólo en la liturgia, ni sólo en la oración. A Dios se le oye en la Biblia y en el mundo, y también en la propia vida. No separemos la Biblia y el mundo, la Biblia y la vida personal, porque fuera de la realidad –personal y social– no oímos a Dios.

Los no creyentes no saben muchas veces, como hemos dicho, que las interpelaciones del mundo, de los hombres y

mujeres, son las de Dios. Pero pueden llegar a intuirlo, quizás a reconocerlo, si nos miran a nosotros –que somos el pueblo de Dios– y ven que esas injusticias, sufrimientos y esperanzas de la gente, sobre todo de los pobres, son los nuestros, nos conmueven y nos ponen en movimiento. Pero si no ocurre esto, no verán a Dios y es posible que hasta renieguen de él. Por nuestra culpa puede extenderse la no creencia en el mundo. De todo esto ha hablado el Concilio Vaticano II (ver *Iglesia y mundo*, 1, 19).

Fue Jesús quien nos enseñó a oír y escuchar a Dios en la historia, como hizo él cuando afrontó con toda su alma aquella realidad como voz de Dios que pide ayuda en los seres humanos.

Conclusión: iniciativa de Dios

Es Dios quien nos llama, quien toma la iniciativa. Y lo hace de muchas maneras, por la Biblia y por las realidades del mundo, así como por nuestra propia historia personal. Él llama la primera vez cuando sentimos deseos de tener fe. Pero después de la primera conversión, a lo largo de toda la vida, Dios sigue tomando la iniciativa, nos llama sin cesar y nos invita a implicarnos del todo.

Porque, efectivamente, la fe no es algo que se posea de una vez por todas. Los creyentes somos, como hemos dicho antes, *hombres-fe* y *mujeres-fe*, y por eso la fe es, igual que todo lo humano, un *proceso* creciente. De lo contrario, se estanca y corre peligro de muerte, porque la fe estancada supone infidelidad al compromiso mutuo entre Dios y yo. Necesitamos una fe consciente, amada y comprometida.

LA FE Y LA IGLESIA

Los tres complementos no pueden aplicarse a la Iglesia

El esquema del credo tiene una estructura trinitaria y es sencillo: creo en Dios Padre; creo en el Hijo, Jesucristo; creo en el Espíritu Santo.

A continuación, vienen los artículos referentes a la Iglesia. Pero aquí nos encontramos con un dato muy revelador: no dice “*in Ecclesiam*”, sino solamente “*Ecclesiam*”, sin la partícula *in*. O sea, al referirse a la Iglesia, el credo solamente recoge la primera expresión. ¿Por qué ocurre esto? Porque la fe entera, con los tres pasos, sólo se puede tener con Dios. Por eso, el credo, al referirse a la Iglesia, significa: creo que hay una Iglesia (o comunidad convocada por Dios). Las otras dos expresiones quedan excluidas.

Los idiomas modernos carecen del recurso del latín para expresar los tres matices del verbo “creer”. Por eso se dice indistintamente: creo en Dios, creo en la Iglesia. Pero la fe con los tres complementos sólo puede ser fe en Dios. De la Iglesia sólo podemos decir: “*credo Ecclesiam*”, creo que hay una Iglesia.

“*Credere in Ecclesia*”

Sin embargo, existe otra expresión latina que no ha salido en el análisis del capítulo anterior. Es un cuarto complemento del verbo “creer” que no se puede usar en relación con Dios, sino solamente en relación con la Iglesia. Es la expresión “*credere in Ecclesia*”, sin la “m” final en la última palabra que salía en la expresión “*credere in Deum*”. ¿Y qué significa esta nueva expresión, válida sólo para la Iglesia? Significa algo así como “creer dentro de la Iglesia”, es decir, creer dentro de la comunidad de los creyentes.

Por lo tanto, al referirnos a la Iglesia, usamos estas dos expresiones.

- “*Credere Ecclesiam*”: creo que hay una Iglesia.
- “*Credere in Ecclesia*”: creo, tengo fe, dentro de la Iglesia.

¿Para qué esta nueva expresión latina?

La fórmula “*credere in Ecclesia*” subraya el carácter comunitario de la fe: creo dentro de la Iglesia, en comunión con la Iglesia. La fe es solamente fe en Dios: me fío de Él y me decido por Él. Pero esa confianza y decisión, que es completamente personal, se realiza plenamente dentro de la Iglesia. Es ella la que me conduce a la fe, la que me educa, me hace crecer

como creyente, me pone en situación de comprometerme en el mundo y de realizar la voluntad social y personal de Dios. La fe es comunitaria en su origen y en su desarrollo. Eso es lo que significa la expresión “*credere in Ecclesia*”.

Es la Iglesia la que debe oír la voz de Dios en el mundo, y, dentro de ella, cada comunidad y cada creyente. La Palabra de Dios que resuena en el mundo la oímos en el ámbito eclesial, incluso cuando estamos solos. Es la Iglesia la que ha recibido el encargo misionero de continuar la obra de Jesús; y dentro de ella, cada cristiano la recibe de Jesús, no de la jerarquía (Concilio Vaticano II: AA 3,1). Por eso los Hechos de los Apóstoles nos dicen que los que daban el paso a la fe se sumaban al grupo de los creyentes para formar la familia o comunidad de Jesús que nace de la fe (2,41).

Pero ¡cuidado! Cuando decimos aquí *Iglesia* no nos referimos a la jerarquía, sino a la Iglesia en conjunto. Téngase en cuenta esta observación al estudiar las dos expresiones anteriores.

JESÚS, CENTRO DE LA FE

Jesús y Jesucristo

Jesucristo es una palabra compuesta de “Jesús” y de “Cristo”. El segundo componente, “Cristo”, es la traducción al griego de la palabra hebrea mesías. Jesucristo significa, pues, Jesús Mesías.

No es lo mismo decir Jesús que decir Jesucristo. *Jesús*, a secas, es la palabra que se usa en la doctrina cristiana para nombrar al hombre Jesús (hijo de Dios, pero no descubierto todavía como tal) antes de la resurrección. En cambio, *Jesucristo* es la palabra que usamos para nombrar a Jesús Resucitado, descubierto y reconocido como Mesías de Dios.

En el lenguaje coloquial usamos indistintamente los nombres Jesús y Jesucristo, pero nos resulta más cercana la primera denominación, por lo cual es la que usamos habitualmente.

Nosotros creemos en Jesucristo

Los primeros discípulos no creyeron en Jesús; tuvieron admiración, inmensa ciertamente, y amor a Jesús, pero no fe. Empezaron a tener fe con y en la resurrección, cuando lo descubrieron como Mesías de Dios. La fe nace propiamente con la pascua, con la resurrección.

También nosotros, si queremos hablar con propiedad, hemos de decir que *creemos en Jesucristo*. Pues Jesús, Jesús de Nazaret, ya murió; y si está hoy con nosotros, está como resucitado, es decir, como Mesías descubierto, reconocido y proclamado, y por lo tanto como Jesucristo. O sea, hablando con propiedad, hemos de decir que nosotros creemos en Jesucristo. Sin embargo, no está mal usar la palabra “Jesús”, sino todo lo contrario, pues la palabra “Jesucristo” resulta más solemne, nos presenta a Jesús como resucitado y revestido de gloria; nos lleva fácilmente a dejar en segundo plano su peregrinación terrestre, tan humana, tan amorosa, tan conflictiva, tan sin ventajas y obligada a la búsqueda, como la de cualquiera de nosotros.

Éste es el motivo por el que hoy se ha hecho más corriente el uso del nombre “Jesús”. Queremos volver a Jesús en su historia humana porque nos es más cercano, porque no queremos separarnos de la tierra y de sus problemas y porque sólo desde esa historia terrena tan intensa, como fue su vida, podemos descubrir toda la riqueza humana, social, transformadora, y ahí mismo divina, que se encierra, y a veces ha quedado oculta, en el nombre “Jesucristo”.

Los tres complementos se aplican también a Jesucristo

Los tres complementos del verbo “creer” se usan también para Jesucristo. En las expresiones latinas, en vez de este nombre compuesto se emplea únicamente la segunda parte: Cristo. Se dice, pues:

- “*Credere Christum*”: creo que Jesús es el Cristo o Mesías de Dios.
- “*Credere Christo*”: le doy crédito a Jesucristo, me fío de él, me entrego.

- “*Credere in Christum*”: tiendo hacia Jesucristo, me decido por él, me comprometo con él.

¿Qué quiere decir esta aplicación de los tres complementos a Jesús Mesías o Jesucristo? Quiere decir que nuestra fe en Dios *pasa por Jesús* —él es la mediación de Dios, el mediador— y *se concreta en Jesús* y su Evangelio. Por eso decimos que la vida de fe es “conocer a Jesús, amarle, seguirle, proseguir su causa y darle a conocer a todos los que podamos”. Ahí está resumida la vida de fe, el compromiso por la justicia, la extensión de la fe, la oración, los sacramentos, la comunidad, todo.

No basta decir: “Creo en Dios”

Cuando uno dice “creo en Dios” o “no creo en Dios”, dice algo importante, pero insuficiente, porque no es concreto. Pues debajo de la palabra “Dios” se ocultan realidades muy diversas: desde el dios que exigía sacrificios humanos hasta Aquél que pone el amor al ser humano en primer plano; desde quien es concebido como factor de inmovilismo y autoritarismo hasta Aquél que se nos presenta como impulsor dinámico de la justicia, el progreso, la libertad, la solidaridad; desde el que está separado del mundo, más allá, exigiendo sumisión, hasta Aquél que está estrechamente ligado al mundo y pone en el mismo plano los dos mandamientos fundamentales como un solo amor.

Por lo tanto, es preciso determinar en cada caso el contenido de la palabra “Dios”. No contiene lo mismo la palabra “Dios” dicha por un cristiano que dicha por un mahometano, un hinduista o un budista. Y cuando un ateo dice “no creo en Dios”, habrá que preguntarle a cuál de esos dioses se refiere. Porque, aunque diga que se refiere a todos, se referirá especialmente a alguno. Más aún, se referirá al Dios que él conoció, más o menos bien, en su época de contacto con determinados creyentes.

Por lo tanto, en nuestro caso, puesto que buscamos la fe cristiana, tendremos que preguntarnos a qué Dios se refiere un cristiano cuando dice “creo en Dios”. La respuesta fundamental es la que ya sabemos. Lo expresa muy bien esta afirmación: *el cristiano es el creyente que cree en el Dios y Padre de Jesu-*

cristo, y no solamente en Dios de forma general. Esta afirmación tan sencilla es fundamental para nosotros.

Una postura insuficiente: primero Dios y luego Jesucristo

Muchas personas insisten en que hoy en día el problema central de la fe es Dios. Dicen poco más o menos lo siguiente: "Hasta hace poco, el problema central era cumplir o no cumplir. Pero de ahora en adelante hay un problema anterior a ése, que es creer o no creer, es decir, Dios".

A nuestro juicio, esta gente dice muy bien al afirmar que ahora lo que se plantea es el problema de base. Pero no está claro que el problema de base sea Dios a secas. Y eso por una razón muy sencilla: no se da un Dios a secas, sino que esa palabra necesita explicaciones y precisiones, como acabamos de ver. Dicho de otro modo: cuando decimos "Dios", hablamos de uno determinado, de tales y tales características. Por tanto, el problema de Dios es el problema de ese determinado Dios. Y en el caso cristiano, el que determina las características de nuestro Dios es Jesucristo. Luego el problema de la fe en Dios es el problema de la fe en Jesucristo y en su Dios.

Qué pasa cuando creemos primero en Dios y luego en Jesucristo

Consideremos el caso de los que primero creen en Dios y luego en Jesucristo. Hay que pensar que tendrán ya una idea bastante concreta de Dios. En tal situación, cuando después acepten a Jesucristo como Enviado, Mesías e Hijo de Dios, corren el riesgo de identificar a Jesús con el dios que ya tenían forjado en su mente. Por tanto, seguirán creyendo en el dios que ya tenían o, si son ateos, negando al dios que ya negaban. Seguirían teniendo un dios a su medida, un dios forjado por ellos mismos, tanto si lo afirman como si lo niegan.

Cuando ocurre esto, se producen dos gravísimos fallos:

- a) No modifican su idea de Dios; se quedan con la misma que tenían previamente.
- b) Moldean a Jesús a la idea que tenían previamente de

Dios; o sea, la moldean a su gusto. Por lo tanto, aunque parezca y hasta afirmen solemnemente que tienen fe cristiana, o la nieguen no menos solemnemente, lo que realmente tienen o niegan es un dios de fabricación casera: un dios forjado por ellos mismos. Puede ser el dios aristotélico (fabricante, ordenador o causa del mundo), el dios juez, el dios que no pinta nada o dios-idea, el dios cósmico, el dios estático o inmovilista garante del orden (desorden) establecido, el dios de la magia y las fuerzas esotéricas alienantes, etc.

Jesús hace una crítica implacable de todos los valores humanos, sean religiosos o no. El amor, la fidelidad, el perdón, el culto, la oración, la ley, la autorrealización, todo queda transformado por él. En esa crítica entra también la idea de Dios. Según Jesús, Dios es algo muy diferente de lo que nosotros hubiéramos creído, tal como aparece en todas las páginas del evangelio, directa o indirectamente.

Resumiendo: aunque uno empiece primero por creer en Dios y luego en Jesucristo, la fe en Jesucristo le corrige sus ideas sobre Dios, porque es Jesús el que nos enseña quién es Dios.

Dos situaciones diferentes

Supongamos que una persona llega al cristianismo desde una cultura teísta, desde un ambiente en el que se cree en Dios y se explica todo por medio de Dios. ¿Esta persona puede llegar a la fe en Jesucristo?

Este hombre o mujer deberá modificar fuertemente la idea que traía de Dios. Deberá incluso atravesar oscuridades semejantes a las de quien no ve nada. Porque la fe en Jesucristo le desmontará el edificio de sus ideas y le modificará su idea de Dios. Este hombre puede llegar a ser creyente cristiano con tal que se deje enseñar por Jesús y aprenda de él quién es Dios y cuáles son sus valores. Y tendrá que empezar por despojarse de su idea previa de Dios. Luego, cuando haya puesto su fe en Jesucristo, éste lo conducirá al Padre. Sin este desmonte no habrá fe auténtica, porque seguirán imperando sus ideas e ídolos.

En el polo opuesto está el caso del que se acerca al cristianismo sin ninguna idea clara de Dios. Ni afirma ni niega; simplemente, Dios no aparece en su universo mental o es una referencia que no implica su vida para nada. Pues bien, este hombre llegará al verdadero Dios con Jesús. Empezará por dar crédito a Jesús y luego al Dios de Jesús. Y tendrá que sufrir también el desmonte de sus ideas, valores y esquemas mentales. Jesús transformará su mente, su corazón y su conducta.

Esta transformación se da siempre en la verdadera fe. Y, además, se prolonga durante toda la vida. Es la conversión continua, que prosigue después de la primera conversión. Y ésa es la fe total en Jesús y en Dios.

El centro de la fe

Por lo que vemos, estas dos posturas diferentes se aproximan. Una y otra sufren la crítica y el desmonte de Jesús para llegar a la verdadera fe. Una y otra deben reconstruir su idea de Dios y el compromiso a partir de Jesús. No son, pues, dos posturas tan opuestas.

Algunos quieren llegar a ser creyentes sin estas crisis, pero esto no es posible. Cuando decimos que la fe es una muerte y una resurrección, nos referimos también a ese mundo interior de cada uno y no sólo a las cruces externas: muerte y resurrección de mi yo íntimo, riesgo existencial de quedarme en el aire, colgado de Jesús, porque nos fiamos de él.

Así pues, el centro de la fe es Jesús. Nosotros no creemos en Dios a secas, sino en el Dios de Jesús. Y realizamos el encuentro con Dios *por Jesús*. Por Jesucristo realizamos el "*credere Deum*", "*credere Deo*" y "*credere in Deum*". Entonces Dios ya no es simplemente Dios, sino que es nuestro *Padre-y-Madre*.

ANÁLISIS DE LA PALABRA "CENTRO"

Centro se opone a periferia

Cuando afirmamos que Jesús es el centro de la fe, decimos que todo lo demás, a su lado, es periférico y secundario.

Nosotros creemos en Jesucristo. Por él y sólo por él, creemos en unos determinados valores, un determinado tipo de vida, un determinado futuro humano. Por él y sólo por él, creemos en la solidaridad, la justicia, la causa de los pobres, el cambio social, el Reino de Dios. Por él y sólo por él, creemos en un determinado Dios, que no nos llama al culto, ni siquiera al culto más el compromiso, sino al compromiso culminado en el culto y la alabanza. Todo lo que no sea creer en Jesucristo es absolutamente periférico para nuestra fe.

Centro es el punto unificador

Cuando decimos "centro", decimos "punto unificador". En Jesús se unifica toda la fe cristiana. Si digo que la fe es un compromiso, he dicho sólo una parte. Y lo mismo si digo que la fe es un descubrimiento, una marcha hacia el futuro pleno, un tipo de vida, etc. Pero si digo que la fe es creer en Jesucristo –con los tres complementos aludidos–, lo he dicho *todo*.

El problema está en que en ese todo no se pierdan de vista las partes. Porque en Jesús se unifican todos los valores, todos los dinamismos y revoluciones humanas y humanizantes, todas las posibilidades. Al decir Jesús o Jesucristo decimos todo eso y mucho más. Decimos todo el Evangelio, todo el humanismo, toda la doctrina social de la Iglesia y mucho más; todas las esperanzas y aspiraciones humanas, toda la mística y toda la política, el cambio de corazón y el compromiso con los pobres y el mundo nuevo... Todo esto y mucho más.

Centro es concentración

En tercer lugar, "centro" significa *concentración*. Lo acabamos de ver, pero lo debemos resaltar. Todo el cristianismo se concentra en Jesús. El cristianismo es Jesucristo. Ser cristiano es *reproducir* la vida de Jesús en nuestro país, nuestro ambiente, nuestras circunstancias personales, históricas, económicas y culturales. Por eso, no se trata de copiar o imitar a Jesús, que vivió en otras circunstancias, sino de *reproducir* a Jesús en mi propia vida.

Ser cristiano es reproducir la vida de Jesús en las propias situaciones y circunstancias históricas, culturales, ambientales y sociopolíticas.

Centro es punto de referencia

En cuarto lugar, “centro” significa *punto de referencia*. Es una idea que viene de la mano de la anterior. Jesús es el punto de referencia del cristiano tanto en criterios como en actuaciones. Todos tenemos algún punto de referencia de nuestros criterios y actuaciones. Cuando vamos a juzgar un hecho o tomar una decisión, decimos o pensamos: “Mi grupo dice esto”. “Mi partido tiene esta línea”. “Mi familia piensa así”. “El padre, el filósofo, el teólogo, dice esto y lo otro”, etc. El punto de referencia es *la fuente* de nuestros criterios y actuaciones. Y todos tenemos algunos. A veces, los usamos conscientemente; otras, nos influyen inconscientemente. Pero siempre los tenemos.

Pues bien, *cristiano es aquel cuyo punto de referencia es Jesús*. Y si tiene varios puntos de referencia –puesto que todo hombre sensato utiliza sus lecturas y sus experiencias–, Jesús será el último y el definitivo. A la hora de juzgar y valorar, a la hora de tomar decisiones, el creyente cristiano hace referencia a Jesús. Jesús es su referencia *decisiva*.

Hacerse verdadero cristiano es lograr que, poco a poco, Jesús sea el punto de referencia *decisivo* de todo nuestro vivir. Cuando esto se va haciendo carne y uña de todo mi ser, entonces es cuando me estoy convirtiendo de verdad. Cuando espontáneamente, casi sin pensar, mi punto de referencia sea Jesús, entonces la fe cristiana se ha hecho vida de mi vida.

Centro es punto de partida y de llegada

El último significado de la palabra “centro” es *punto de partida* y de *llegada*.

Como punto de partida, la fe supone una nueva vida, y su punto de partida es Jesús. El cristiano parte de Jesús. Gracias a Jesús, hemos iniciado esta nueva vida. Por eso decimos que Jesús es nuestro *salvador*. Podríamos decir otras palabras semejantes, como “liberador”, pero el sentido de todas ellas es semejante, aunque la palabra “liberador” acentúa especialmente la dimensión social y estructural, mientras que la palabra “salvación” acentúa la dimensión personal. Por eso está bien usar ambas conjuntamente.

Jesús nos salva a nosotros y, por medio de nosotros, a la sociedad. Y nos sigue salvando poco a poco a lo largo de nuestra vida y de la historia humana. Nos salva de la injusticia personal y social, del pecado, del olvido de los pobres, de la vida vacía, de la inhibición ante la injusticia, del sinsentido, de la falta de rumbo, del egoísmo, de la insolidaridad, de la injusticia estructural en que está inmersa nuestra vida, del mal. El encuentro vivo con Jesús es un *nuevo comienzo*, una vida nueva, un nuevo nacimiento (Jn 3,1-8).

Y punto de llegada quiere decir que el creyente emprende una ruta cuyo final es Cristo Jesús, ser otro Jesús, en unión con él, por el Espíritu, como hijo del Padre y hermano del mundo. Su final es asemejarse a Jesús, reproduciendo su alma y su vida. Jesús es la meta de la fe.

“Credere in Christum”

Todos los significados de la palabra “centro” están contenidos en la expresión “*credere in Christum*”. Ese *in* que estamos subrayando significa tendencia firme, dirección decidida hacia Jesús, con una implicación y un compromiso de toda la persona. Ese *in* es un compromiso que no es un añadido a la fe, sino su entraña misma. Ese *in* expresa la marcha activa y militante, incluso con persecuciones (Mt 5,11-12), hacia el cambio social y personal, hacia la vida nueva, la sociedad nueva, el mundo solidario y fraternal.

Cristiano es el que se pone en movimiento (Jn 15,16) y tiende, lucha, con todo su ser, hacia la causa de Jesús, la causa de los pobres, el Reino de Dios; hacia Dios mismo, con todo el mundo y con Jesús a la cabeza (1 Cor 15,28).

TEXTOS BÍBLICOS

Los pasajes evangélicos no se sujetan estrictamente a la sistematización que hace esta catequesis. Pero en cualquiera de ellos encontramos implícitamente los tres complementos, junto con la experiencia de haber sido salvados (Dios toma la iniciativa). A continuación hay una lista de pasajes de fe to-

mados del evangelio de Juan. **Recomendación:** meterse en el personaje, contemplar a Jesús (*“credere Christo”*), tender a Él (*“credere in Christum”*).

- 4,39-42. La fe de los samaritanos. Atención al v. 42.
- 4,46-53. La poca fe del funcionario real. Atención al v. 48: Si no veis milagros, no creéis.
- 6,60-75. Le han querido hacer rey. Él ha rehusado y ha pedido fe. Muchos no le siguen. Atención al v. 67: ¿También vosotros queréis marcharos? Mal trago para Jesús.
- 9,1-39. Pasaje simbólico. Jesús cura la ceguera interior y nos hace ver la verdad de Dios. El pasaje refleja también la polémica, posterior a Jesús, de los judíos contra los cristianos. Igualmente, muestra la falsa idea de que las enfermedades vienen de los pecados de los padres o antepasados. Atención a estos puntos: Jesús aparece como centro de la fe. El que cree puede ser rechazado por el ambiente, por determinada gente (en este caso, por la sinagoga judía: v. 34-35). Acto de fe: v. 37.
- 20,11-18. Fe emocionada de María Magdalena (*“credere Christo”*). Atención al v. 16: María; al v. 16: Señor mío; al v. 17: Mi Padre y nuestro Padre.
- 20,24-31. Tomás quiere una fe demostrada y comprobada. Su incredulidad nos ayuda a creer. Atención al v. 28: Señor mío y Dios mío; al v. 29: Dichosos los que creen sin haber visto.

Capítulo noveno

Crear como adultos

Observaciones

Las siglas del Concilio Vaticano II que aparecen a lo largo de este capítulo son las siguientes.

- AA = *Apostolicam actuositatem*. Decreto sobre el apostolado de los seglares.
- AG = *Ad gentes*. Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.
- GS = *Gaudium et spes*. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.
- LG = *Lumen gentium*. Constitución dogmática sobre la Iglesia.

Las citas de los documentos papales aparecen con el título completo.

Adultos en la fe

La necesidad de insistir en una fe adulta viene exigida por la Biblia, la enseñanza de la Iglesia y los hechos de la realidad eclesial. Nos vamos a referir a la fe adulta en general, con un mayor énfasis en la adultez del laicado. No es que pensemos que el clero es psicológicamente más adulto que los laicos: no entramos en esa cuestión. Lo que ocurre es que, al hablar de la adultez cristiana, no podemos dejar de aludir a la situación de los laicos en la Iglesia. A la fe adulta le corresponde una posición adulta en la Iglesia, punto éste que depende no sólo de los laicos, sino también del clero.

Para nadie es un secreto que personas mayores que son plenamente adultas en su vida familiar y laboral parecen como niños en la Iglesia. Es propio de los niños vivir en dependencia de sus padres. Algo semejante ocurre con muchos laicos en la vida cristiana y eclesial. En realidad, la dependencia e inferioridad eclesial de los laicos ha sido una doctrina constante durante siglos en la Iglesia.

En el prólogo de su voluminoso libro *Jalones para una teología del laicado* (1953), el dominico P. Yves Congar cuenta la siguiente anécdota, que atribuye al cardenal Gasquet. Un catecúmeno pregunta a un sacerdote: “¿Cuál es la posición del laico en la Iglesia?”. El sacerdote responde: “Es doble: primero, ponerse de rodillas ante el altar; segundo, sentarse frente al púlpito”. El cardenal Gasquet añade: “Olvidó una tercera: meter la mano en el portamonedas”.

Los laicos antes del Concilio Vaticano II

La enseñanza sobre el laicado hasta el Concilio Vaticano II podría resumirse en estas dos afirmaciones: “El laico es un miembro de segundo orden en la Iglesia”. “Los laicos no tienen una función y vocación propias en la Iglesia”. Es comprensible que, con estas ideas, los laicos hayan permanecido en una especie de infantilismo eclesial. Lo malo es que podemos seguir todavía en esa situación en cierta medida, sobre todo en determinados países.

El siguiente texto del papa san Pío X es muy representativo de esa teología. “Dice la Escritura, y lo confirma la doctrina entregada por los Padres, que la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, administrada por la autoridad de los pastores, es decir, una sociedad en la que algunos presiden a los demás con plena y perfecta potestad de regir, enseñar y juzgar. Es, por consiguiente, esta sociedad, por la fuerza de la misma naturaleza, desigual. Comprende un doble orden de personas: los pastores y el rebaño, es decir, los que están colocados en los distintos grados de la jerarquía y la multitud de los fieles. Y estos órdenes hasta tal punto son distintos entre sí que sólo en la jerarquía reside el derecho y la autoridad para mover y dirigir a los demás socios al fin propuesto a la sociedad. Por el contrario, el deber de la multitud es aceptar ser goberna-

dos y seguir obedientemente la dirección de los pastores” (*Vehementer nos*, 1906).

Esta doctrina ha sido común y corriente hasta el siglo XX. Una carta de León XIII al arzobispo de Tours (1888) viene a decir lo mismo. Una proposición del Concilio Vaticano I, que no se aprobó por falta de tiempo, daba la misma enseñanza (1869). Y estaba reflejada en el Derecho Canónico anterior al actual (canon 682). Por eso ha escrito un autor: “En la eclesiología anterior al Vaticano II, el laico no tiene lugar ni interés. En los diccionarios de teología más completos de los años treinta, ni siquiera aparece el término. Cuando se le empieza a tener en cuenta, se le define por lo que no es: ni clérigo, ni religioso. La responsabilidad de la Iglesia radica sólo sobre los distintos grados de la jerarquía. En una larga tradición de la Iglesia se distinguen sólo tres órdenes: clérigos, monjes o religiosos y laicos. Y dada la identificación mayor entre los religiosos y los clérigos, se generaliza la división bipartita entre clérigos y laicos como dos órdenes de distinta valoración” (González Ruano, *Sois Iglesia*, Madrid, 1983, pp. 101ss).

La revolución del concilio: el pueblo de Dios

El Concilio Vaticano II dio un giro total a esta doctrina. ¿Cómo fue posible? Porque una serie de teólogos, a veces censurados por la autoridad, habían hecho estudios serios sobre la teología de la Iglesia. Uno de los principales fue el P. Yves Congar, antes citado.

Probablemente, el hecho más decisivo de todo el concilio fue el capítulo sobre el pueblo de Dios, colocado delante del de la jerarquía. El origen de esta denominación está en el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento la aplica a los cristianos, como nuevo pueblo de Dios, y la purifica de los resabios étnicos y nacionalistas. El concilio rescata esta denominación, que estaba casi olvidada en la teología. Este rescate se produce con una gran confrontación:

Había una posición conservadora que, siguiendo a la teología predominante desde hacía varios siglos, acentuaba la separación entre jerarquía y laicos, en beneficio de la primera.

El borrador de este grupo colocaba el capítulo de la jerarquía delante del de pueblo de Dios.

La otra posición, más bíblica, acentuaba el carácter comunitario e igualitario de todos los miembros de la Iglesia, por encima de las diferencias. Este grupo pretendía colocar el capítulo sobre el pueblo de Dios delante de la jerarquía.

La segunda posición, que empezó con desventaja, fue la que se impuso después de un amplio consenso en torno a la Biblia. Esta colocación supuso un cambio revolucionario respecto a la teología anterior. En él está incluido en germen todo lo que vino después sobre la adultez del laicado y su importancia en la Iglesia. Podemos ver en este hecho una acción especial del Espíritu Santo.

Implicaciones de la teología del pueblo de Dios

- a) Acentuación del *todo*, por encima de cualquiera de sus partes, sin enfrentamiento.
- b) Acentuación de la *igualdad* de todos los cristianos: somos iguales en lo fundamental.
- c) Acentuación de lo *comunitario* sobre lo particular: la vida cristiana, la salvación, la santificación y la misión son comunitarias y propias de toda la comunidad eclesial.
- d) Acentuación de la *universalidad* de la Iglesia en cuanto a razas, cultura, geografía, etc.
- e) Acentuación del *pluralismo* en la teología, la liturgia e incluso la moral en aquello que no vaya contra el recto sentido del ser humano. La Iglesia no sólo debe respetar, sino que debe promover todas las culturas, encarnarse en ellas, adaptarse a todas las situaciones, con fidelidad a Jesús y al Evangelio.

Para que nos demos cuenta de la importancia de este hecho, pensemos que sólo median 60 años entre la terminación del concilio (8 de diciembre de 1965) y las palabras de san Pío X citadas más arriba.

La dignidad del laico en la Iglesia

Al rescatar la teología del pueblo de Dios, el concilio ha puesto en su debido lugar a los laicos y les ha reconocido su dignidad, una dignidad tan alta como la de cualquier otro cristiano. Con los textos conciliares en la mano, podemos hacer las siguientes afirmaciones.

- a) *Tienen una vocación específica.* Hasta el concilio, los laicos eran los que no tenían vocación. Pero la tienen, y es una vocación tan peculiar que hay una parte de la misión de la Iglesia que sólo ellos pueden realizar. "Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo a través de ellos puede llegar a ser sal de la tierra". "El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... A los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Igual que la levadura, han de contribuir desde dentro a la santificación del mundo... A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales de tal manera que se realicen según el espíritu de Jesucristo", incluso "en las estructuras del mundo" (LG 33-b; 31-b; 36). (Nota: Entendamos por "temporal" la totalidad del mundo y su historia, con sus estructuras y su autonomía. Cf. GS 36.)
- b) *Son iguales a los demás cristianos en dignidad, llamada a la santidad y misión.* "El pueblo elegido de Dios es uno: común dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, gracia común de hijos, común vocación a la perfección, una sola salvación, una sola esperanza y una sola e indivisa caridad". "Es cierto que algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos para los demás como pastores, pero se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la dignidad y a la acción común para la edificación del Cuerpo de Cristo" (LG 32-c).
- c) *Reciben su misión directamente de Cristo* y no de la jerarquía. Los cristianos seculares obtienen el derecho y la obligación del apostolado por su unión con Cristo Cabeza (AA 33-a).

d) *Los laicos son necesarios para la Iglesia no porque disminuya el número de sacerdotes, sino por la misma naturaleza de la Iglesia.* “El concilio se dirige solícitamente a los cristianos seculares, cuya función es específica y absolutamente necesaria en la misión de la Iglesia” (AA 1-a). “La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres, en tanto no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los seculares. Por ello, ya en el tiempo de fundar la Iglesia hay que atender sobre todo a la constitución de un maduro laicado cristiano” (AG 21).

e) *Relaciones fraternales, francas y respetuosas entre pastores y laicos.* “Los seculares tienen a Jesucristo por hermano y, del mismo modo, tienen por hermanos a quienes han sido constituidos en el sagrado ministerio” (LG 32-c). “Los pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Señor, pónganse al servicio los unos de los otros, y al de los demás fieles, y éstos últimos, a su vez, asocien su trabajo con el de los pastores y doctores” (LG 32-c). “En la medida de su competencia, tienen el derecho, y en algún caso la obligación, de manifestar su parecer sobre las cuestiones relacionadas con el bien de la Iglesia... siempre con veracidad, fortaleza y prudencia, con reverencia y caridad”. “Procuren los seculares aceptar con prontitud y cristiana obediencia todo lo que los sagrados pastores establecen en la Iglesia actuando de maestros y de gobernantes” (LG 37-a-b).

f) *Promover la dignidad y adultez de los laicos.* “Los sagrados pastores reconozcan y promuevan la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Hagan uso gustosamente de sus prudentes consejos; encárguenles, con confianza, tareas en servicio de la Iglesia y déjenles libertad y campo de acción, e incluso denles ánimo para que ellos, espontáneamente, asuman tareas propias. Consideren atentamente en Cristo, con afecto paterno, las iniciativas, las peticiones y los deseos propuestos por los laicos. Y reconozcan cumplidamente la justa libertad

que a todos compete dentro de la sociedad temporal” (LG 37-c).

Personalidad adulta

Hemos hablado del cristiano adulto, referido sobre todo a su situación en la Iglesia. Pero la adultez en la fe es una cuestión más amplia que la posición eclesial o social. La fe adulta necesita el soporte de una psicología adulta y la provoca. Ésta no coincide con la edad ni con los estudios o el puesto que ocupamos en la sociedad. Y puede funcionar con una especie de compartimentos separados, de forma que una persona puede ser adulta en unos campos y adolescente en otros. En todos los casos, exige renunciaciones y sacrificios, porque hacerse adulto cuesta esfuerzo. No será, pues, ocioso que hagamos unas consideraciones elementales sobre la adultez personal en comparación con la personalidad adolescente. Es como una meditación en la que podemos encontrarnos con nosotros mismos.

- El adulto tiene criterios objetivos y sólidos sobre el bien, el mal, el prójimo, el mundo; el adolescente tiene criterios más bien subjetivos y poco sólidos.
- El adulto toma compromisos estables y tiene un amor estable; el adolescente no está en edad de eso: hoy dice “sí”, mañana “no” y corretea de un amor a otro.
- El adulto resiste bastante bien las dificultades; el adolescente tiene poco aguante.
- El adulto está en una estación más igual, invierno o verano; el adolescente está en tiempo de sol y lluvias: el mismo día puede tener sol, lluvia, nubes, calor y frío.
- El adulto es capaz de objetivar los hechos; el adolescente tiene dificultad para objetivar y tiende a lo subjetivo.
- El adulto sabe que el amor es placer y sacrificio, ambos lados, y los practica; el adolescente sólo ve el placer y no entiende que el amor sea también sacrificio.
- El adulto se guía por convicciones; el adolescente, por sentimientos.
- El adulto está definido ante la vida; el adolescente, no; y no tiene una personalidad vertebrada.

Fe adulta

La fe cristiana exige adultez. El adolescente no es adulto y tiene la fe propia de su edad. Pero hay adultos que tienen una fe adolescente y necesitan hacerla adulta. Hagamos una mediación sobre la fe adulta, de forma parecida a la anterior.

- El adolescente ama a Jesús sentimentalmente; el adulto tiene amor de sentimientos y obras.
- El adolescente, si se le van los sentimientos, se siente mal y quiere abandonar; el adulto sigue a Jesús con emociones y sin ellas.
- El adolescente tiene frescura en su fe y el calor de lo nuevo; el adulto está más convencido, pero puede caer en la fe fría.
- Al adolescente hay que ayudarlo a consolidar su fe con la convicción; al adulto hay que enseñarle a recuperar cada día el calor y la frescura de la fe.
- El adolescente deja de asistir a la misa o a la reunión de su comunidad por razones de poco peso; el adulto sólo deja sus actos religiosos por razones graves.
- El adolescente se guía por su adhesión al responsable, de forma que el cambio del mismo le crea dificultades; el adulto se adhiere a Jesús y no decae por el cambio de responsable.
- El adolescente está en los grupos cristianos para recibir; el adulto está para dar y recibir.
- El adolescente sigue en el grupo solamente si es de su gusto y se encuentra bien; el adulto sigue siempre, aunque la comunidad ande floja y, en un momento dado, le agrade menos.
- El adolescente trabaja por los pobres por la satisfacción que eso le da; el adulto trabaja por los pobres por amor y por deber moral.
- El adolescente, cuando no tiene ganas, no hace las cosas; el adulto hace lo que debe hacer con ganas y sin ellas.

Visión adulta de la realidad

El creyente adulto tiene una visión de la realidad que podemos calificar como cristiana y adulta. Nada mejor que hacer la comparación con la visión infantil para captar lo que significa tener una visión adulta de la realidad, como nos pide el Evangelio

La visión infantil de la realidad ve la superficie de los hechos: guerras, pobres, subida de precios, delincuencia, accidentes, suburbios, etc. Los hechos se le presentan aislados y desconectados unos de otros. No hace distinción entre desgracias naturales y sociales porque no sabe detectar las causas de los desastres. Recibe las noticias de forma plana, sin cuestionarlas, compararlas y analizarlas. Las cosas son así porque Dios las quiere así o por la suerte: "Es triste -piensa-, pero es natural que sean así". Para él, Dios es un factor directo de la historia. Él ha hecho que mi padre muera o que esta persona sea rica y la otra pobre. Él tiene sus designios y hay que aceptar lo que Él quiere. La persona de visión infantil puede llegar incluso a dar gracias por sus riquezas como bendiciones de Dios, sin pararse a pensar si son fruto de la injusticia y la explotación o causa de las mismas.

Por ello, carece de recursos mentales para hacer un análisis básico de la realidad. Desconoce lo que son las estructuras sociales y las consecuencias positivas o negativas de las mismas; no se da cuenta de que están por encima de la buena o mala voluntad de las personas concretas y de que nuestro pecado está en no trabajar para que cambien las estructuras malas. En la misma línea, carece de criterios éticos: por ejemplo, un empresario, gerente o jefe de personal que explota a sus obreros pero es amable y da limosnas le parece bueno.

Como consecuencia de todo ello, no hay que esperar que afronte la realidad como lo hizo Jesús. Se resigna cómoda o incómodamente a lo que parece ser voluntad de Dios o efecto de la suerte. Lo más que se puede esperar de él es que tenga mucho sentimentalismo ante los pobres y las desgracias humanas y que haga caridades. Pero de afrontamiento de la realidad, con denuncias, acciones, compromisos y organización, nada, y, además, puede verlo como algo peligroso y malo.

El creyente de *visión adulta* tiene fe, y fe profunda, pero sabe que Dios no es un actor directo de la historia, aunque es el Creador que lo sustenta todo. Por ello, no utiliza a Dios para explicar los hechos, sino el razonamiento de causas y efectos. No espera milagros y cree muy poco en ellos, si es que cree algo. En cuanto a la diversidad de los hechos, no los ve aislados, como una suma de casos, sino conectados entre sí, como una red, con sus causas y sus efectos. Y lejos de quedarse en la superficie, penetra hasta las raíces y procura ver por debajo los hilos que mueven los hechos sociales. Cuando le llega una información –sea de un amigo, de la prensa o de la televisión–, la recibe con espíritu crítico, es decir, con reflexión y análisis de la misma; compara los datos, las informaciones, y observa incluso los titulares de la prensa y la colocación de las noticias.

En resumen, la persona de visión adulta de la realidad no es una ingenua: sabe que no hay “Ejes del Mal” ni “Ejes del Bien”, ni que existen tierras prometidas o paraísos terrenales, y detecta los intereses económicos –petróleo, minas, riquezas naturales– que hay debajo de muchas guerras, por encima de las ideologías y la propaganda.

Por supuesto, este creyente adulto tiene criterios éticos, tanto individuales como sociales, y no se resigna ante la realidad como si fuera una fatalidad o una supuesta voluntad de Dios, salvo cuando es un caso individual irremediable –por ejemplo, una enfermedad incurable con proximidad de la muerte–, sino que está dispuesto y preparado para el afrontamiento, como Jesús, incluso el afrontamiento organizado. Efectivamente, él sabe bien que, para que las cosas cambien, es necesario organizarse, actuar, luchar y estar dispuesto a sacrificios personales por el bien común.

Éste es el cristiano adulto que nos piden el Evangelio y la doctrina social de la Iglesia.

Presencia adulta en la Iglesia

Los seis puntos del Concilio Vaticano II señalados en las páginas 141-143 marcan la línea de una transformación hacia la adultez en la vida eclesial. Constituyen el mejor programa de renovación de la Iglesia en línea de igualdad fraternal, tal

como quería Jesús, según aquellas indicaciones revolucionarias del evangelio de san Mateo: “Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar ‘maestro’, porque uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8). “El mayor de vosotros será el que sirva a los demás” (Mt 23,11).

La puesta en práctica de esta línea eclesial requiere mucho valor, porque hacen falta fuertes cambios, que no se harán sin esfuerzo, compromiso y sacrificio, a menudo con incomprendimientos, contrariedades y sospechas. *El primero* es el cambio de mentalidad no sólo del clero, sino de los mismos laicos, que a menudo profesan una veneración infantil al clero y no son conscientes de sus propios derechos y obligaciones. *El segundo* es el cambio de los hábitos de actuación para llegar a una responsabilidad compartida o corresponsabilidad, como quiere el concilio. *El tercer cambio* ha de darse en la legislación, en la medida en que mantenga formas indebidas de dependencia del laicado y actividades no específicas reservadas al clero; y con este cambio, la transformación de las estructuras de poder, incluso en el campo económico. Muchas veces se piensa que el famoso *espíritu de servicio* –actitud y vida de servicio– que se pide a los sacerdotes consiste en la bondad y disposición de ayuda. No es poco esa disposición, pero los principios del concilio y del Evangelio van más lejos, porque exigen no sólo disposición y vida de servicio, sino además *estructuras de servicio* aptas para fomentar la Iglesia fraternal de Jesús y para que pueda pedirse cuentas a los dirigentes que actúan incorrectamente. Esperar hasta después de la muerte para hacer un juicio de la actuación de los dirigentes eclesiales es propio de épocas pasadas.

Presencia adulta en la sociedad

La Iglesia pide insistentemente la presencia activa de los cristianos en el mundo. Toda la enseñanza social de la Iglesia, antes y después del Concilio Vaticano II, está escrita para dar criterios y orientaciones a sacerdotes y laicos, y líneas de acción a éstos últimos, en orden a la construcción de un mundo más justo. El concilio, refiriéndose a la política, afirma que “la Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del ser humano, se consagran al bien de los asuntos públicos y aceptan las cargas de este oficio”; y añade que “los cristianos

todos deben tomar conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; [y que] en virtud de esta vocación, están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común (GS 75-a y d, respectivamente).

No hay ninguna clase de restricción para la participación comprometida y militante de los laicos en la sociedad civil, en orden a su transformación. El concilio (LG 34, 35, 36) aplica a los laicos los tres ministerios de Cristo –sacerdote, profeta, rey–, señala que les corresponde un lugar destacado en la construcción cristiana del mundo y, en consecuencia, les pide lo siguiente:

- a) que consagren el mundo a Dios con su acción;
- b) que, como testigos de Cristo, hagan brillar la fuerza del Evangelio en la vida familiar y social;
- c) que no escondan la esperanza cristiana en su interior, sino que la manifiesten, incluso en las estructuras de la vida secular, en una constante renovación y un continuo forcejeo con los dominadores de este mundo tenebroso, (con una referencia impresionante a Ef 6,12);
- d) que conozcan la íntima naturaleza de la realidad;
- e) que trabajen para que los bienes de este mundo se desarrollen y sean bien distribuidos, para el progreso universal en libertad y para que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia en la justicia, la caridad y la paz;
- f) que coordinen sus esfuerzos para sanear las estructuras y ambientes del mundo.

La importancia que da el concilio al compromiso social de los laicos se ve también en el siguiente párrafo del Decreto de Laicos: “Es preciso que los laicos tomen como obligación suya la restauración del orden temporal y que, conducidos por la luz del Evangelio y por la mente de la Iglesia, y movidos por la caridad cristiana, obren directamente y en forma concreta en dicho orden; que cooperen unos ciudadanos con otros, con sus conocimientos especiales y su responsabilidad propia, y que busquen en todas partes y en todo la justicia del Reino de Dios.

Hay que establecer el orden temporal de forma que, observando íntegramente sus propias leyes, esté conforme con los principios superiores de la vida cristiana, adaptándose a las variadas circunstancias de lugares, tiempos y pueblos. Entre las obras de este apostolado sobresale la acción social de los cristianos, que el santo concilio desea que se extienda hoy a todo el ámbito temporal, incluso a la cultura” (AA 7-e).

Y para enfatizar la necesidad de la acción por parte de los laicos, el mismo decreto llega a decir que “así como en la complejidad de un cuerpo vivo ningún miembro se comporta de una forma meramente pasiva, sino que participa también en la actividad y en la vida del cuerpo, así en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, ‘todo el cuerpo crece según la operación propia de cada uno de sus miembros’ (Ef 4,16). Y es tanta la conexión y trabazón de los miembros que el miembro que no contribuye según sus propias capacidades al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo” (AA 2-a).

Frente a esta insistencia del concilio, vemos actualmente un laicado predominantemente intraeclesial; instituciones y comunidades católicas que consideran el campo político, el sindical y la huelga como peligrosos y negativos –casi como demonios– y que apartan sistemáticamente de ellos a su gente, a pesar de lo que dice el concilio (GS 75-a-d; 68). Y cuando no los apartan, los orientan hacia la derecha, a veces a una derecha poco menos que reaccionaria que, lejos de impulsar la transformación social que quieren el concilio y la doctrina social de la Iglesia, llega incluso al golpe de Estado, apoyada por gente cristiana católica.

Así tenemos un laicado doblemente infantilizado en su vida cristiana: por su incapacidad para abandonar el refugio eclesial y salir al mundo y por su dependencia clerical. ¿Cómo van a afrontar los laicos las causas de los males sociales, tal como les pide el concilio (AA 8-e), si ni siquiera están presentes en los correspondientes campos sociales? No acabamos de entender que la misión de la Iglesia no es sólo la salvación de las almas, sino también la transformación de la sociedad por medio del compromiso de los laicos, y que esa transformación es una gran ayuda para la conversión de las personas (LG 36-b) y la salvación de las almas, por emplear una terminología anterior al concilio.

Tenemos una presencia intensa de los laicos en las sacristías y las iglesias, mientras que es escasa, casi nula, en sindicatos, partidos políticos y otras plataformas sociales. Las consecuencias de esta realidad son fuertes: por un lado, sólo se oye la voz de la jerarquía en cuestiones sociales, de forma que, cuando se dice la palabra "Iglesia" se entiende solamente la jerarquía, con la consiguiente reducción del laicado a la no existencia; y por otro, los documentos conciliares y papales se quedan en escritos y pronunciamientos porque faltan los laicos cristianos que los lleven a la práctica. En un mundo lleno de injusticias y problemas, donde tantas personas además mueren de hambre cada día y tantas otras malviven, es urgente la organización y acción de los laicos en favor de la justicia, la verdad, el amor y la solidaridad. Ése es el laicado adulto que necesitamos.

Signos de adultez

En los dos apartados precedentes hemos hecho varias críticas sobre la presencia de los laicos en la Iglesia y en la sociedad. Sin embargo, es preciso destacar algunos aspectos positivos, sobre todo dos. El primero es el gran número de grupos laicales que han surgido en la Iglesia después del Concilio Vaticano II: en algunos países, es una verdadera eclosión. El segundo es que en varios grupos importantes –como los Carismáticos, el Sistema Integral de Nueva Evangelización (Sine), que se ha extendido bastante en América Latina, y otros– los laicos conducen los retiros, dirigen las reuniones y atienden a la formación de los nuevos miembros con una extraordinaria dedicación. En esas y otras actividades actúan con seguridad y decisión, como verdaderos responsables de sus comunidades.

Las críticas que pueden hacerse son las que se han señalado en esos apartados: presencia cristiana predominantemente intraeclesial y casi inexistente en la sociedad. A las cuales habría que añadir que, frecuentemente, aun en los casos de actuaciones autónomas, suele bastar una palabra del sacerdote para que esos mismos laicos se vuelvan sumisos, incluso en cuestiones completamente secundarias en las que quizás ellos saben más que el cura. En tales casos, las culpas pueden andar por ambos lados: los unos quieren tener gente sumisa a su

servicio; los otros están acostumbrados a vivir en dependencia y veneración. Ciertos grupos, movimientos e instituciones se encargan de aupar al clero lo suficiente –sobre todo en el Sur– como para mantener esta situación.

Oración adulta

Hemos de reconocer que el compromiso social de los laicos cristianos lleva consigo el peligro de descuidar la espiritualidad y la oración. Pero aceptemos también que ese peligro no es menor en los laicos dedicados a actividades eclesiales, que muchas veces oran poco y a veces ni siquiera saben hacerlo. El problema de la espiritualidad y la oración está presente en todos los estamentos y grupos de la Iglesia y es una cuestión que necesita refuerzo constantemente. Hechas estas observaciones, demos a continuación algunas sugerencias sobre la oración adulta.

La autonomía del mundo está reconocida por la Iglesia en la Constitución Iglesia-Mundo (GS 36) y repetida en otros documentos del mismo concilio (por ejemplo, ver Decreto de Laicos, AA 7-b). Cuando oyen hablar de este punto y de la visión adulta de la realidad, muchas personas se preguntan: "¿Para qué sirve la oración, si Dios no es un factor de la historia humana y no hace nada?".

Varios problemas graves subyacen bajo esta pregunta: sobre Dios, sobre el mundo, sobre la oración, problemas que denotan falta de adultez e infantilismo religioso.

El problema sobre Dios consiste en creer que Él es un actor inmediato y directo de lo que ocurre en el mundo, y esto es falso. Dios es el Creador del mundo y lo está sosteniendo permanentemente, dándole su consistencia, de tal manera que sin Él volvería a la nada, porque la creación es continua. Pero, al mismo tiempo, Dios ha creado un mundo autónomo, adulto, que funciona con sus propias leyes. Y Dios no es un actor directo en el mundo; no anda cambiando sin más ni más las leyes de la naturaleza y haciendo milagros en cualquier momento. Aunque hoy se hable mucho de ellos, los milagros físicos son rarísimos, infinitamente más raros de lo que pensamos. Más aún, la esperanza en milagros es un estorbo para hacer la voluntad de

Dios y transformar la sociedad, porque nos dejan quietos, aguardando el prodigio, en vez de enfrentar los problemas y luchar por solucionarlos, que es lo que Dios quiere de nosotros.

El problema sobre el mundo está relacionado con el anterior y consiste en no asumir la autonomía del mundo, que se mueve por sus propias leyes y no por la acción de Dios. Con ello se le ve a Dios como el “solucionario” y, por decirlo osadamente, como una especie de “supermercado”. Pero Dios no es un solucionario de nuestras limitaciones ni es un supermercado. Y respeta la autonomía del mundo, que Él mismo ha establecido. Es, como veíamos más arriba, la visión infantil de la realidad.

El problema sobre la oración consiste en que ésta aparece viciada en esa pregunta en tres aspectos:

- a) en el predominio de la oración de petición, y petición a un Dios solucionario, que es prácticamente una oración idolátrica, máxime cuando oramos a imágenes, que no son nada más que recordatorios del Dios único y de sus santos;
- b) en el predominio de la petición de bienes materiales, con olvido de los bienes espirituales, que son los que debemos pedir, como se ve en la comparación de dos textos paralelos sobre la oración de petición: Mt 7,11 y Lc 11,13;
- c) en no saber hacer otras oraciones mucho más importantes que la petición, como la acción de gracias, los actos de fe, de amor, de ofrecimiento, de adoración y, en general, la meditación. La oración de petición es la más pobre de las oraciones, y frecuentemente falsa, cuando no idolátrica.

Hagamos una oración adulta, tratando con Dios como adultos, con una visión adulta del mundo. No temamos que esa oración sea fría: puede ser muy amorosa. Desde ahí podemos avanzar hacia una espiritualidad más profunda y más adulta.

Lectura adulta de la Biblia

La lectura infantil de la Biblia está a la orden del día, y esto lo puede comprobar cualquier persona mínimamente sensata en conversaciones con evangélicos y con ciertos católicos. Recuerdo a unos fervorosos católicos de un importante grupo

eclesial que decían enfáticamente: “Pues si Dios, en la Biblia, mandó matar, era bueno matar”. Un pastor evangélico, para ponderar el valor religioso y humano de la Biblia, escribía en un periódico de El Salvador (lamento no haber tomado nota) que la Biblia es un libro de historia y hasta de ciencia, y para esto último aducía una cita de Isaías referente a la redondez de la tierra. Nada digamos de los casos en los que se dice que Fulano de Tal ha leído muchas veces la Biblia y se la sabe toda; sin enterarse de que la ciencia bíblica es compleja, difícil y larga, y que los mejores biblistas se gastan la vida en su estudio para ser especialistas solamente de uno o unos pocos libros. El cristiano adulto podrá ser ignorante –habrá muchas cosas que no sabe–; lo que no debe ser es *tonto*.

La lectura infantil de la Biblia suele tener rasgos como éstos: dar a toda la Biblia el mismo valor, sin conocer que la Biblia no es un libro, sino muchos libros, escritos en tiempos y circunstancias diferentes, para destinatarios distintos; entresacar una frase de la Biblia de su contexto y usarla para demostrar o mostrar una enseñanza; dar el mismo valor al Antiguo Testamento que al Nuevo; desconocer que hay una historia de la salvación y de la revelación de Dios, que se ha manifestado progresivamente; tomar textos y frases al pie de la letra; desconocer que hay géneros literarios muy diferentes, etc.

La lectura adulta de la Biblia tiene en cuenta puntos como éstos: que la Biblia son muchos libros diferentes, escritos en situaciones diferentes, para destinatarios diferentes; que usa géneros literarios diferentes, como parábolas, himnos, exhortaciones, narraciones, etc.; que tiene una progresividad en la revelación de Dios y que, por ello, hay que mirar más el Nuevo Testamento que el Antiguo y leer éste críticamente con las gafas del Nuevo; que no está compuesta de libros históricos, aunque sí tiene una visión historicista, progresiva y lineal de la realidad; que no son libros de ciencia ni de historia, sino de revelación, y que la verdad de la Biblia es sólo la verdad de la revelación de Dios. En resumen, que no se puede leer la Biblia literalmente ni al margen del contexto, la situación, los destinatarios y la intención del escritor sagrado.

Éstas son solamente algunas de las cosas que han de tenerse en cuenta. El cristiano adulto, aunque no tenga muchos estudios, ha de aprender a hacer una lectura adulta de la Biblia.

Sin desconocer la razón humana

Una antigua frase del catecismo decía: “La fe está sobre la razón, pero no contra ella”. ¿Qué significa esta frase? La primera parte –fe sobre la razón– no denota superioridad, sino que nos comunica que la fe propone enseñanzas y prácticas que no se deducen ni se alcanzan sólo con la razón. La segunda nos dice que ninguna de las enseñanzas y prácticas propuestas por la fe, cualquiera que ésta sea, puede ir contra la razón.

Sin duda, habría que resucitar esa afirmación del catecismo, a la vista de los atentados religiosos contra la razón que se dan todavía hoy en día. Citemos entre ellos los castigos religiosos que producen mutilaciones; las muertes por no llamar al médico –basándose en una supuesta asistencia milagrosa de Dios– o por evitar remedios médicos como la transfusión de sangre, etc. Pero también es preciso mencionar aquí, aunque no produzca esos efectos criminales, el desconocimiento de la razón, que es también obra de Dios. Ese desconocimiento se da en muchas personas e instituciones que, cuando llegan a ciertos estados de *fervor psicológico*, menosprecian la razón. Y decimos *fervor psicológico* para no confundirlo con el verdadero fervor religioso.

¿Qué hay debajo de ese desconocimiento o negación de la razón humana? Hay un infantilismo religioso que no se atreve a mirar de frente la realidad y actuar en consecuencia; que oculta los datos de la realidad –salud, limitación humana, injusticia, opresión, falta de libertad, conquistas injustas– con coberturas religiosas para no enfrentar esa realidad. Y hay, más al fondo todavía, un desconocimiento o negación del Dios Creador en beneficio del Dios Salvador, puesto que el Dios Creador es el autor de la razón. Ahora bien, cuando se niega al Dios Creador, se niega también al Dios Salvador, por más que se afirme y se grite: Jesús, mi salvador; Gloria a Dios, etc.

El cristiano adulto no debe negar ni desconocer la razón humana. Al contrario, ha de adoptar para su vida religiosa estas dos máximas:

- La fe está sobre la razón, pero no contra ella (la del catecismo).
- Cualquier práctica religiosa que vaya contra la razón es falsa y debe ser perseguida.

Diez convicciones adultas para tiempos de crisis

En tiempos de cambio, como los actuales, la cristiana o el cristiano adultos necesitan algunas convicciones sólidas. Proponemos las diez siguientes.

1. El valor absoluto de la persona, por encima de lo más sagrado, como nos enseña Jesús (Mc 2,27; ver también Gn 1,26-31; Sal 8 y toda la Enseñanza Social de la Iglesia; por ejemplo, Vaticano II, GS 12-22). Valor absoluto quiere decir que es el fin de todo lo que existe y todo lo que se hace, y que no es un medio para nada. Persona, en singular, quiere decir todas y cada una de las personas.
2. Valor absoluto de la vida humana, de toda vida humana, desde antes de su nacimiento; valor absoluto del adversario, el enemigo, el deficiente, el prisionero, el enfermo, incluso el criminal, en cuanto persona humana.
3. Los derechos humanos de todas las personas, proclamados por la ONU y Juan XXIII (*Pacem in terris*). Derechos humanos que nos obligan en conciencia a luchar por ellos, incluso con sacrificios y renunciaciones personales, mientras no los tengan todos los seres humanos.
4. Jesucristo como nuestro salvador, verdadero hombre y verdadero Dios, que resume la vida cristiana en dos mandamientos, el segundo de los cuales es el *test* o criterio para ver si cumplimos el primero.
5. La opción preferencial por los pobres, tan repetida por el papa Juan Pablo II (por ejemplo, *Iglesia en América* 58-b; *Novo Millennio ineunte* 49-b). Opción preferencial que debe practicarse en todos los campos: el culto, la caridad, la teología, los nombramientos de obispos y otros cargos, la catequesis, la economía, la política, la cultura, los planes de desarrollo, etc. “La Iglesia pretende que no haya en absoluto marginados” (*Iglesia en América* 58-a).
6. El principio de que “el fin no justifica los medios”; y no los justifica nunca porque en los medios están contenidos los fines.
7. El principio de que los bienes del mundo son de todos los seres humanos; la propiedad privada es un medio

para que todos tengan bienes suficientes; cuando esto no ocurre, la propiedad privada está mal organizada y necesita una reforma total, empezando por los que más tienen (ver, por ejemplo, Vaticano II, GS 69-72).

8. La convicción de que la verdadera democracia es la democracia con justicia social. "No hay democracia verdadera y estable sin justicia social" (*Iglesia en América* 56-d). Por lo tanto, el verdadero desarrollo es el desarrollo solidario que da preferencia a los pobres; sin justicia social, no hay para los pobres ni democracia ni desarrollo.
9. El principio de que el salario justo mínimo es el salario familiar. Esto lo está diciendo la Iglesia desde 1931 (*Quadragesimo anno* 71; también *Octogésima adveniens* 14).
10. La unión sexual es correcta cuando está ligada al amor estable, al amor comprometido, a un compromiso público –que en el cristiano es el sacramento–. Son tres condiciones.

Textos bíblicos sobre la adultez cristiana

Todo el Evangelio es una invitación a ser adultos, con la fe de la cabeza, el corazón y las obras; con la fe eclesial; con el centramiento en Jesús y su seguimiento; con el amor a Dios y al prójimo; con la opción preferencial por los pobres; con el afrontamiento de la realidad como Jesús. A continuación ponemos una lista de citas, más la transcripción de dos pasajes y un breve comentario de otro.

- Casa construida sobre roca (Mt 7,21-27). La roca es Cristo. Esa fe genera obras de salvación.
- La confesión pública de la fe (Mt 10,26-39).
- Ser libre frente a la familia, los parientes, los amigos (Mc 3,20-21.31-35).
- Vivir alerta, siempre despiertos (Mc 13,32).
- Un ciego no puede guiar a otro ciego (Lc 6,39).
- No temer a los que pueden matar el cuerpo pero no el alma (Lc 12,4-7).

- No abandonar a Jesús en los momentos de crisis (Jn 6 60-69).
- No abandonar la comunidad en tiempo de crisis y creer sin milagros (Jn 20,24-29).
- Libertad cristiana: vivir del Espíritu, del amor y el servicio, no de la ley (Gal 5,13-26).
- Mantenerse firme en tiempos de crisis (2 Tim 4,1-8).

La adultez del Bautista (Mt 11,7-12)

⁷ Cuando se marcharon, Jesús se puso a hablar de Juan a la gente: "¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ⁸ ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo están en los palacios de los reyes. ⁹ ¿Qué salisteis entonces a ver? ¿Un profeta? Sí, y más que un profeta. ¹⁰ Éste es de quien está escrito: Yo envío mi mensajero delante de ti; él te preparará el camino. ¹¹ Os aseguro que entre los hijos de mujer no ha habido uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él. ¹² Desde que apareció Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia y los violentos pretenden apoderarse de él.

No ser niños que se dejan llevar por cualquier viento (Ef 4,13-15)

¹³ Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta que seamos hombres perfectos, hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo. ¹⁴ Así que no seamos niños caprichosos, que se dejan llevar por cualquier viento de doctrina, engañados por esos hombres astutos que son maestros en el arte del error. ¹⁵ Por el contrario, viviendo con autenticidad el amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza, Cristo.

La parábola del hijo pródigo

Es sin duda uno de los textos más sugerentes sobre la adultez cristiana. Este hijo no es adulto, porque ha malgastado la hacienda y viene a casa dispuesto a ser solamente un siervo. Nos recuerda el pasaje de Romanos sobre la filiación: "Vosotros no

habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor” (Rom 8,15). Y también la referencia de la primera carta de Juan: “En el amor no hay temor” (1 Jn 4,18), que nos indica que la adultez cristiana nace del amor. El pródigo no es adulto, efectivamente, pero el Padre lo hace adulto en un instante, al ponerle el mejor vestido, las sandalias y el anillo de los nobles. Tampoco el hijo mayor es adulto, porque trabaja por una recompensa y no considera suya la hacienda del Padre. Pero también a él lo hace adulto el Padre cuando le replica: “Este hermano tuyo”, y le dice: “Tú estás siempre en casa y todo lo mío es tuyo” (Lc 15,22.31-32).

Índice

PRESENTACIÓN	5
PRÓLOGO	7
<i>Capítulo primero</i>	
¿QUÉ ES UN CRISTIANO?	13
El símbolo del pez	13
Preguntando a los antiguos	13
Lo esencial	14
Un posible <i>test</i>	15
De la admiración a la fe	15
¿Y qué es la fe?	15
Admiradores y simpatizantes	16
Partidarios	17
Resumen hasta ahora	17
Seguidores	18
Cabeza, corazón, voluntad	18
Fe en la persona de Jesús	18
Antes que las enseñanzas	19
Fe fría y fe caliente	19
Cabeza, corazón, voluntad	20
Tres componentes que forman unidad	21
El centro de la fe	21
Volviendo ahora a lo del pez	21
Jesús me ha salvado	22

Hoy en día, lo mismo	23
Mi Salvador	23
El cuerpo y la vida	24
¿Qué es un cristiano?	24
Textos bíblicos	25
Jn 15,1-16	25
Lc 5,27-32	26
Jn 1,31-51	27
<i>Capítulo segundo</i>	
LA VIDA DE FE	29
Dimensiones de la vida de fe	29
Varias direcciones	29
Cuatro dimensiones principales	29
Primera dimensión: fe comunitaria	29
Personal y comunitaria	29
La comunidad de Jerusalén	30
Jesús, centro de la comunidad	30
Necesidad de comunidades vivas	31
Segunda dimensión: celebrar y orar	32
Orar juntos	32
Celebraciones: la eucaristía	32
El marco comunitario	33
Tercera dimensión: el prójimo	33
¿Quién es mi prójimo?	33
Hacerse prójimo	34
La elección de los personajes	34
La parábola del juicio final	35
Cuarta dimensión: la justicia	35
Preferencia de Jesús por los pobres	35
No basta hablar de amor	36
Invitación a los jóvenes	36

Hacia una fe adulta	37
No os sorprendáis si el mundo injusto os odia	37
Fe adulta	37
Dichosos si sufrís algo por el Evangelio	37
Invitación a la fe auténtica	38
Una plegaria	39
Textos bíblicos	40
Hch 2,41-47	40
Mt 25,31-46	41
<i>Capítulo tercero</i>	
CONOCER A JESUCRISTO	45
Fe en Jesucristo	45
El centro del cristianismo	45
Lo más importante de la vida	45
Dos formas de conocer a Jesús	46
Objetivo de esta catequesis	46
Actitudes para trabajar sobre esta catequesis	47
Rasgos de Jesús	47
Rasgos falsos y verdaderos	47
Sobre el amor universal de Jesús	48
Sobre la dulzura y la misericordia de Jesús	48
Sobre la sabiduría y el poder de Jesús	49
Sobre los milagros de Jesús	50
Sobre el crecimiento de Jesús	52
Sobre el carácter y la personalidad de Jesús	53
El eje y motor de Jesús	54
Pregunta sobre el centro de Jesús	54
El Reino de Dios	54
¿Qué significa, en el lenguaje de Jesús, "Reino de Dios"?	55
No una sociedad teocrática	55
En el centro, los pobres	56
Pasión por el Reinado de Dios	56

Textos bíblicos	57
Lc 8,22-25.....	57
Mt 4,1-11.....	58
<i>Capítulo cuarto</i>	
VERDADERO HOMBRE, VERDADERO DIOS	63
Hijo de Dios	63
Jesús ¿era Dios? Dos soluciones fáciles, pero incorrectas.....	63
La solución difícil.....	64
Un gran misterio salvador.....	65
Hijo de Dios crucificado.....	66
Dos datos.....	68
El mayor escándalo.....	68
Cuatro conclusiones	69
Los títulos mesiánicos quedan completamente transformados.....	69
Dios es distinto de lo que creíamos.....	70
El ser humano también es distinto de lo que creíamos.....	71
Para acabar, volvamos al centro.....	72
Textos bíblicos	73
Lc 15,1-7.....	73
Lc 13,10-17.....	74
Lc 8,19-21.....	76
<i>Capítulo quinto</i>	
EL PAÍS DE JESÚS	79
Deseos de Jesús	79
El entusiasmo de Fernando.....	79
Deseos de Jesús.....	80
Tres regiones principales	81
Mirando al mapa.....	81
Samaría.....	82

Judea.....	82
Galilea.....	84
Clases sociales	84
Situación general: una pobreza de hambre.....	84
Primer grupo: la clase alta.....	85
Segundo grupo: suficiencia ajustada.....	85
Tercer grupo: sin oficio.....	85
Cuarto grupo: los mendigos.....	86
Un grupo aparte: los esclavos.....	86
Otro grupo aparte: los recaudadores.....	86
Conclusión.....	87
Ocupación romana y autonomía judía	87
Dominación romana.....	87
La lucha contra los romanos: los zelotas.....	88
Nacionalistas.....	89
Colaboracionistas.....	89
Gobierno judío.....	89
Grupos sociales	90
Una sociedad plural.....	90
Saduceos.....	90
Los fariseos.....	91
Maestros de la ley.....	92
Los esenios.....	92
Los judíos de la Diáspora.....	92
<i>Capítulo sexto</i>	
LA RELIGIÓN EN EL PAÍS DE JESÚS	95
La religión que recibió Jesús	95
Importancia.....	95
Primer punto: Dios.....	95
Segundo punto: el pueblo de Dios.....	96
Tercer punto: legislación solidaria.....	97

Cuarto punto: La esperanza mesiánica.....	98
Quinto punto: la Ley. La Biblia	99
Sexto punto: la liturgia.....	100
Séptimo punto: la circuncisión.....	101
Octavo punto: el templo.....	102
El templo, concentración del poder	103
Otras prescripciones.....	104

El clima ambiental de Jesús	104
Lugar de nacimiento	104
Profesión	105
Conocía la realidad nacional	105
Judío piadoso e Hijo de Dios.....	106
Sus padres: alma judía	106
Con gran entusiasmo.....	107

Textos bíblicos	107
------------------------------	-----

Capítulo séptimo

TRES COMPLEMENTOS DEL VERBO "CREER"

Nociones básicas: compromiso mutuo	109
Síntesis	109
Un compromiso mutuo	109
Creer en Alguien	109
La fe no está separada de la persona	110
La fe es oscura	110

Iniciativa de Dios	111
La iniciativa nace de Dios.....	111
¿Qué parte tiene la razón humana en el acto de fe?.....	111

Tres complementos del verbo creer	112
Tres expresiones latinas	112
Tres significados diferentes.....	113
Primera expresión: "Credere Deum"	113
Segunda expresión: "Credere Deo".....	114

Tercera expresión: "Credere in Deum"	116
Tres pasos inseparables.....	117
Toda la persona	118
La fe compromete a toda la persona.....	118
Cuando no se toman las tres expresiones juntas.....	119
La fe no se reduce a la ética personal y la acción.....	120
Conclusión: toda la persona.....	120

Capítulo octavo

¿CREER EN LA IGLESIA?

JESÚS, CENTRO DE LA FE	123
Dios me habla: escuchar a Dios	123
Don de Dios y respuesta del ser humano.....	123
¿Cómo se dirige Dios a mí?	123
Dos biblias.....	124
Las dos "biblias" unidas.....	124
Conclusión: iniciativa de Dios	125

La fe y la Iglesia	125
Los tres complementos no pueden aplicarse a la Iglesia.....	125
"Credere in Ecclesia"	126
¿Para qué esta nueva expresión latina?	126

Jesús, centro de la fe	127
Jesús y Jesucristo.....	127
Nosotros creemos en Jesucristo	128
Los tres complementos se aplican también a Jesucristo.....	128
No basta decir: "Creo en Dios"	129
Una postura insuficiente primero Dios y luego Jesucristo	130
Qué pasa cuando creemos primero en Dios y luego en Jesucristo	130
Dos situaciones diferentes	131
El centro de la fe.....	132

Análisis de la palabra “centro”	132
Centro se opone a periferia.....	132
Centro es el punto unificador	133
Centro es concentración.....	133
Centro es punto de referencia.....	134
Centro es punto de partida y de llegada	134
“Credere in Christum”	135
Textos bíblicos	135
<i>Capítulo noveno</i>	
CREER COMO ADULTOS	137
Observaciones	137
Adultos en la fe	137
Los laicos antes del Concilio Vaticano II.....	138
La revolución del concilio: el pueblo de Dios.....	139
Implicaciones de la teología del pueblo de Dios	140
La dignidad del laico en la Iglesia.....	141
Personalidad adulta	143
Fe adulta.....	144
;Visión adulta de la realidad	145
Presencia adulta en la Iglesia	146
Presencia adulta en la sociedad.....	147
Signos de adultez.....	150
Oración adulta	151
Lectura adulta de la Biblia.....	152
Sin desconocer la razón humana	154
Diez convicciones adultas para tiempos de crisis	155
Textos bíblicos sobre la adultez cristiana	156